

LA ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

AÑO 25.

NUM. 297.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

SETIEMBRE 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EL "CRITICÓN," DE BALTASAR GRACIÁN

Desde hace algún tiempo se observa en los editores un movimiento de reacción hacia los clásicos de nuestra literatura, reacción que, indudablemente, debe corresponder a otra en los gustos del público. Muchas son las casas editoriales, no sólo propias, sino extranjeras, que se dedican a publicar nuevas ediciones de antiguos escritores de nuestro siglo de oro. Ya inició esta empresa el malogrado Bernardo Rodríguez Serra, dando a la luz pública libros tan apreciables como *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado; *El héroe y el discreto*, y *El oráculo*, del mismo Gracián, cuyo *Criticón* nos presenta hoy la casa Renacimiento, en edición que sabe hermanar el buen gusto con la economía.

En este reverdecer periódico de nuestros viejos laureles, entra por mucho las exigencias bibliográficas de cada generación. A más de que la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra está anticuada por muchos conceptos, es hartamente enojoso leer un libro aparejado a estilo de hace cincuenta años, como lo sería recibir en nuestra casa a una persona vestida a la moda del año cuarenta. Los libros, como todo lo demás, entran por los ojos, y el aderezo exterior, en ellos como en los hombres, decide a veces de su éxito y de su porvenir. Sé de un autor cuyas obras le disgustan enormemente cuando las lee manuscritas en su propia letra, que es muy mala, y no le sa-

tisfacen hasta que las ve impresas en tipo claro y elegante; entonces le parecen mejores.

Vengan, pues, ediciones modernas de nuestros clásicos, que así parecerán más nuestros. Porque es achaque general el juzgar de las cosas por su apariencia, y decidir de nuestras antipatías y simpatías atendiendo antes al fondo que a la forma.

No obstante, bueno será dejar sentado que esta invasión de obras antiguas no obedece al acaso ni al puro capricho de los editores. Hace tiempo, y nótese esta circunstancia, bajo las apariencias de novísimos derroteros y de emancipadoras tendencias, se opera un movimiento de vuelta a las fuentes de nuestra literatura.

Como los extremos se tocan, a fuerza de blasonar de modernos e independientes y de romper con la tradición por todos lados, volvemos a ser antiguos y tradicionales. Dicho sea esto en honor de nuestros dos siglos *xvi* y *xvii*, que de tal modo y por tan encontrados caminos vienen a ponerse delante del mismísimo siglo *xx*, que se declara sumiso y devoto seguidor suyo.

No es que el nuestro carezca de enjundia y orientación propia, todo lo contrario. Somos más lo que somos, buscando lo que fuimos. Hay en esto algo de la curiosidad al sentirnos viejos, por saber lo que hacíamos cuando mozos. Pero hay también, que en los laberínticos derroteros del gusto viene a darse, a veces, después de mucho caminar, tan cerca del punto inicial, que parece que no nos hemos movido. ¿No volvemos los envidiosos ojos, después de haber andado tantos siglos, a la Grecia inmortal, considerándola como polo de naciones, maestra de la humanidad y ejemplo de todo? Pues así volvemos ahora a nuestro dorado siglo, a aquella edad de hidalgos y de pícaros, de opiniones exaltadas y de honores vidriosos, de lances plebeyos y de empresas honradas, manifestando especial predilección por la literatura picaresca, maestra en el vivir y encinta de enseñanzas morales como ninguna. Porque es de advertir que aquella gente tan traída y llevada por la fortuna, tan maltre-

cha e injuriada por la vida bajo su capa desvergonzada y maleante, no era otra cosa que un hato de desvalidos de la suerte que luchaban por acomodarse a las adversas condiciones de la sociedad en que vivían. La *picardía* de los pícaros revelaba todo un estado social, era engendrada forzosamente por la *picardía* de los poderosos, de la gente honrada, de los alcaldes y regidores, de los escribanos y de los justicias, y hasta de los príncipes y de los reyes, que no tenían escrúpulo en el oprimir ni límite en el cohechar. «El forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni amparo de ese asen primero»—dice Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*.

La vida picaresca es lo que ahora llamaríamos un fenómeno de adaptación. En la malicia de los pícaros no tenía tanta parte un natural torcido como la injusticia y el despotismo ambiente en que se movían. La mentira y el engaño y el embeleco eran recurso corriente y moliente, y a ellos había que acudir en ciertas capas sociales en las que la verdad, peligrosa siempre, era mortal de necesidad.

Y volvemos a nuestro tesoro, no ya por lo mucho que nos habíamos apartado de él, sino porque queremos juzgar lo de entonces con nuestro criterio de ahora. De tales revisiones está la Historia llena. A cada legua de camino nos paramos a examinar el paisaje, que ha cambiado, más que por la variación de las cosas, por el nuevo punto de vista.

El juicio de las obras no se completa sino en el tiempo. Cada edad tiene su manera de aquilatar, y en la rotación de los siglos, a cada vuelta del gusto, el sol de la verdad nos da una cara. «La Revelación—decía un gran ingenio con quien tuve la fortuna de hablar en cierta ocasión—se nos va dando paulatinamente.» Y es cierto, porque cada generación tiene su verdad o, más bien, su parte de verdad. Cotejando ésta con las anteriores, como en juego de paciencia, la humanidad va construyendo lentamente el edificio del saber. Menguada es la parte de cada obrero, y no tiene sentido sino acumulada e incorporada al conjunto.

Baltasar Gracián ofrece una fisonomía singular en el carácter general de su tiempo. Aun siendo innegable el aire de familia que le une a todos sus contemporáneos, puede jactarse de no haberse dejado arrastrar por los excesos de la imitación y de la moda. Bien estudiado, le hallamos a igual discreta distancia del misticismo que de la picardía. El primero era har- to nebuloso y soñador para un cerebro que vivía de realidades psicológicas, que buscaba lo concreto de nuestro espíritu, y la segunda, plato demasiado fuerte para un paladar delicado como el suyo. Puestos los ojos en la vida, la descifraba como un juego de paciencia, y a fuerza de exactitud en el medir, de perspicacia en el mirar y de consecuencia en el deducir, no le quedaba espacio para concepciones teológicas ni afirmaciones dogmáticas. Habla, sí, de la virtud, pero como pudo hablar de ella el filósofo pagano. Su concepción aristotélica de la virtud le hace huir constantemente de los extremos, y su psicología es un continuo estira y afloja entre contrarios, un eterno buscar el término medio, una mensuración de conceptos. Con ellos está dicho que se aleja propiamente de todo misticismo y asceticismo que, como concepciones heroicas de la virtud, pronto dan en el exceso y en el desequilibrio. «Son las pasiones—dice en *El Oráculo*, los humores del ánimo, y cualquier exceso en ellas causa indisposición en la cordura». «No hay más dicha ni más desdicha que prudencia e imprudencia.» «Todo lo demasiado es vicioso.» «Gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse.» «Nunca apresurarse ni apasionarse.» «La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos.» «Saberse atemperar. No se ha de mostrar igualmente entendido con todos; ni se han de emplear más fuerzas de las que son menester.» «No rendirse a su vulgar humor. Hombre grande el que nunca se sujeta a peregrinas impresiones. Es lección de advertencia la reflexión sobre sí; en conocer su disposición actual y prevenirse; y aun ladearse al otro extremo para hallar entre el natural y el arte el fiel de la sindéresis.»

¡Qué lejos este prudente equilibrio de los arrebatos del es-

píritu místico, que no se satisface sino con monstruosas abnegaciones y aberraciones suicidas! (1)

De verdadero arte de vivir pueden reputarse las reglas que en su *Oráculo* da acerca de la vida y del modo de conducirse en ella. Producto de una sabia experiencia y de una sutil observación, engarza sus máximas en un estilo por tal manera acónico y lapidario, que parece como si quisiera hacerlas más manuales y portátiles, acomodándolas así para un empleo rápido y oportuno.

El fin que revelan estas reglas es, más que trascendental y teológico, mundano y práctico. No se trata ahora de ganar el cielo sino de vivir mejor entre los hombres, con la más diestra economía de adversidades y desdichas. Es, pues, un fin profano y mundanal el que mueve la pluma del escritor, de cuya condición sacerdotal no nos acordamos sino cuando vemos su figura ensotanada en la primera página del libro.

En efecto; las máximas de Gracián nada tienen de místicas, y estoy por decir que ni de cristianas.

Si la concepción religiosa del mundo estriba esencialmente en ver y estimar todas las cosas a través del concepto de lo absoluto y en sentirlas con el sentimiento de lo inmanente, Gracián estaba muy lejos de pensar y sentir de este modo. Baste, para no insistir en este punto, comparar alguna sentencia del Kempis con otras del jesuíta aragonés. Dice el primero: «No eres más bueno porque te alaben, ni más vil porque te desprecien; lo que eres, eso eres.» Y el segundo: «...tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás»... «Que hasta el saber es nada si los demás no saben que tú sabes.» «Consiste el crédito en el recato, más que en el hecho, que si no es casto sea cauto.» «Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Saber y saberlo mostrar, es saber dos veces: lo que no se ve es como si no fuera.»

Hecho es éste de la contradicción de escritores eclesiásticos con el verdadero dogmatismo religioso, para cuya calificación y comprensión no concibo mejor acierto que trasladar ín-

tegras las palabras de Arturo Farinelli en su estudio crítico sobre Baltasar Gracián, publicado primero en la *Revista crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas*, y luego en la edición Serra de *El héroe y el discreto*. Dice así:

«El atrevimiento de los pensamientos de Gracián y su sagacidad escudriñadora, que muchas veces le pone en contradicción con la Iglesia, con los dogmas del catolicismo absoluto, no extrañan en los siglos XVI y XVII, por cuanto del regazo de la Iglesia misma salían los hombres de juicio más libre y sutil, de atrevidas ideas; no sólo los heterodoxos españoles, entre quienes hay pensadores verdaderamente geniales y profundos, sino también otros que la Iglesia amparaba y bendecía, y que, por su reflexión, por la práctica extremada en las cosas del mundo, se levantan muy alto sobre los prejuicios religiosos de la época, y son precursores de la sabiduría de posteriores siglos. Bajo la capa del clérigo búscase al clérigo en vano. La práctica religiosa estaba muchas veces en contradicción con la teoría expresada en los escritos.»

Sobre el pesimismo de Gracián mucho se ha dicho, y el favor que le otorgó Schopenhauer ha contribuido a catalogarle con esta significación; cuando, a mi entender, sólo con violencia de la verdad, podríamos definirle como pesimista sistemático.

En Gracián, como en todo escritor, un análisis acucioso ha de separar forzosamente, a un lado, lo propio suyo, el elemento original, que estará más en la expresión general de un temperamento, de un modo de ver, que en tal o cual pensamiento; y a otro, lo que en el trabajo natural de formación de estilo aprehendió del caudal común de ideas, dichos o sentencias, de tópicos, obligados e impuestos por el contagio de la convivencia literaria.

En este sentido, ciertas expresiones útiles al satírico o moralista de oficio, como la de que en el mundo es recompensado el vicio y desconocida la virtud, la verdad muda, la mentira

trilingüe, la vanidad de todas las cosas, etc., ni son exclusivamente propias de Gracián, pues con harta frecuencia las encontramos en Quevedo, Calderón y otros, y más parece que el escritor aragonés las allegó como pasto de su estilo, queriendo dar un engarce nuevo a joyas que corrían muy traídas y llevadas en el comercio de las letras; ni, por otra parte, sirven para caracterizarle como un llorón de oficio a la manera de Heráclito, de Leopardi, de Byron o de Schopenhauer.

El que, sin haber leído otra obra de Gracián, abre el *Criticón*, no pensará habérselas con ningún descontento del mundo en que vive, al leer la narración de Andrenio, prosado himno a las magnificencias del universo, espectáculo de prodigios que bastaría a suspender y maravillar el ánimo más templado, si la costumbre no apagase el asombro. «Fáltanos la admiración comúnmente a nosotros, porque falta la novedad, y con ésta la advertencia. Entramos todos en el mundo con los ojos del alma cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento y a la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no dejan lugar a la admiración.» Genial intuición, en que se hermanan el filósofo y el poeta sobre el embotamiento en que el hábito nos sumerge, impidiéndonos saborear el deleite que las cosas diarias, la menor de ellas supremo prodigio, producirían en nosotros si las mirásemos con ojos de pensador y de poeta. «A la manera que, el que paseando por un deliciosísimo jardín, pasó divertido por sus calles sin reparar en lo artificioso de sus plantas ni en lo vario de sus flores, vuelve atrás, cuando lo advierte y comienza a gozar otra vez poco a poco y de una en cada planta y cada flor, así nos acontece a nosotros, que vamos paseando desde el nacer al morir, sin reparar en la hermosura y perfección de este universo.»

Primero es el sol, espejo divino, gran monarca de la luz, que, con soberana majestad, va señoreándose de todo el hemisferio, que está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazón del lucimiento y manantial perenne de luz. Todo lo baña, alegre e ilustra, fecunda e influye. Que le hace

recordar el dicho del filósofo de que había nacido para ver el sol. Luego son las estrellas coronando el cielo de luminarias. La noche serena, á quien hay que celebrar por sabia, ya por lo que se calla, ya por lo que se piensa en ella. Símbolo del saber fue en la discreta Atenas la nocturna lechuza. No es tanto la noche para que duerman los ignorantes, cuanto para que velen los sabios. Y es la luna presidenta de la noche, substituta del sol, con quien se reparte el mando. Si él hace el día, ella la noche; si el sol cumple los años, ella los meses; calienta el sol, y seca de día la tierra; la luna, de noche, la refresca y humedece; el sol gobierna los campos, la luna rige los mares; de suerte, que son las dos balanzas del tiempo.

Celebra luego y admira la fecundidad de la tierra, centro de hermosas variedades, con la ventaja de que al mirar al cielo sólo empleaba la vista; mas aquí todos los sentidos no le bastan. Coge una rosa, contempla su belleza, percibe su fragancia, alarga la otra mano a una fruta, empleando, además, el gusto: ventaja que llevan los frutos a las flores.

Y así celebra igualmente la diversa multitud de criaturas que presentan tanta pluralidad con tan rara diversidad, que ni una hoja de una planta ni una pluma de pájaro se equivoca con las de otra especie. No todos los frutos se sazonan juntos, sino que se van dando a la vez según la variedad de los tiempos y necesidad de los vivientes. De suerte que, acabado un fruto entra otro, entreteniéndose todo el año con abundancia y regalo. Encomia a las aves solas, a quien se ha concedido el privilegio de cantar entre los demás animales. Quizá como vecinas al cielo, se les pega el entonar las alabanzas divinas.

Repara Critilo que entre todas, así aves como fieras, siempre es más galán y más vistoso el macho que la hembra, apoyando lo mismo en el hombre, por más que lo desmienta la femenil inclinación y lo disimule la cortesía, anticipación que tomó en cuenta el célebre misógino de Dantzig para desarrollarla con el éxito de su gran popularidad.

Y por fin admira el mar, el agua, el fuego, los ríos, los

montes y la subordinación de tanta y tan varia multitud de criaturas en tan admirable concierto, que sin embarazarse unas a otras, antes bien, se dan lugar y se ayudan entre sí; llegando por este camino al reconocimiento de un Criador tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí, que aunque todos sus divinos atributos se ostentan, su sabiduría en la traza, su omnipotencia en la ejecución, su providencia en el gobierno, su hermosura en la perfección, su inmensidad en la asistencia, su bondad en la comunicación, y así de todos los demás; que así como ninguno estuvo ocioso entonces, ninguno se esconde ahora: con todo eso, está tan oculto este gran Dios, que es conocido y no visto, escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca.

Obsérvese cuánta medida guarda este arrebató de lirismo teológico, y cómo se eleva el autor a las alturas de la metafísica sin perder el pie de la observación positiva y de la argumentación racional. No es su Dios un Dios claro y evidente, sino que se recata detrás de ciertas sombras, y como prueba de su existencia, no nos podemos resistir a publicar la que él propone, muy digna de medirse y aun de eclipsar a las que de antiguo baraja la filosofía:

«Es muy connatural en el hombre — dice — la inclinación a su Dios como a su principio y su fin, ya amándole, ya conociéndole. No se ha hallado nación (1), por bárbara que fuera, que no haya reconocido la Divinidad; grande y eficaz argumento de su divina esencia y presencia. Porque en la Naturaleza no hay cosa de balde ni inclinación que se frustre; si el imán busca al Norte, sin duda que le hay donde se quiere; si la planta al sol, el pez al agua, la piedra al centro y el hombre a Dios, Dios hay, que es su norte, centro y sol, a quien busque, en quien pare y a quien goce.»

¿Cuánto mayor alcance y probabilidad no tiene esta argumentación, encerrada dentro de la experiencia positiva,

(1) Hoy la experiencia confirma lo contrario.

atenta a las leyes generales del universo, que no aquella otra especulativa y metafísica que se quiebra de puro sutil, rechazada por el mismo Santo Tomás y que por entonces ofrecía a la admiración de los franceses Descartes, remozando, si bien no mejorando, la de San Anselmo? (1)

Decimos, pues, que quien estas loas ha compuesto de la Naturaleza y del mundo, no es pesimista declarado. Aun después de conocidas todas las diatribas contra los hombres y sus engaños, contra la vida y sus trampas, diatribas que no eran distintas ni más numerosas que las que corrían en boca de todos los grandes decidores de agudezas de su tiempo, no encontramos ese amargo saborete de disgusto que dejan los libros de los grandes pesimistas, pues la agilidad de pensamiento y la universalidad de concepción de Gracián le hace acudir tan pronto a lo bueno como a lo malo, al héroe como al discreto, reconociendo dos artes de vivir. El mundo, con su variedad infinita de lances y de casos, no puede menos de atraer e interesar al que todo es sutileza para comprenderle, y sólo ha de parecer vulgar y despreciable al que le mira cansado, enfermo

(1) No es de presumir, sin embargo, que desconociera las obras de Descartes, o que no simpatizase con alguno de sus procedimientos discursivos, pues leemos en la pág. 12 (edición Renacimiento): «¿Qué es esto?—decía.—¿Soy, o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, sér tengo.» Que no es, como el lector apreciará, sino la equivalencia, en bella locución castellana, del *Cogito, ergo sum*. El *Discurso del método* había visto la luz en 1637; y como la primera parte del *Criticón* no se publicara hasta 1650, de sobra había espacio para que el célebre principio del pensador francés llegase a conocimiento de Gracián, bien por lección directa, bien en alas de la fama. Más difícil es determinar si la frase que aparece en la pág. 37: «¡Dichoso tú!, que te criaste entre las fieras, y ¡ay de mí!, que entre los hombres, *pues cada uno es un lobo para el otro*, si ya no es peor el ser hombre», está tomada de los escritos filosóficos de Hobbes, cuyo *Leviatán* apareció en Francia en 1651, es decir, un año después de la publicación del *Criticón*, o de su inventor, Plauto; aunque la concordancia de fechas da mucho en qué pensar, pues bien pudiera suceder que la de 1650 para el *Criticón* no fuese exacta.

o de mala gana. La raíz del pesimismo está en la sensibilidad, que no en el intelecto, cuando aquélla dañada y éste obscurecido. Quien todo lo ve y penetra, a todo halla explicación, que es como decir justificación.

Hay entendimientos tan puros, tan clarificados, que sólo ven las cosas intelectualizadas, y no se mueven sino por la lógica, y a ella atienden y no a los afectos. Sutiles como linceos, son balanzas de precisión del ingenio. Juzgan sin pasión y nunca se sujetan a vulgares impresiones. Son hombres cerebros, nacidos sólo para discurrir, en quienes el resto del cuerpo parece refractario a toda destemplanza de humores. Siempre se les encuentra en el fiel, y esto sorprende. En ellos, el discurrir y el ingeniar es tan connatural como el roer en los ratones o el rumiar en los bueyes, bien que no la rumia filosófica de que habló Nietzsche, que supone una regurgitación de conceptos, sino ese penetrar inmediato, ese rápido chispear, ese poder instantáneo para seguir al que habla y anticiparse a su discurso, y prevenir las intenciones y descubrir las tretas de malicia y las locuras disfrazadas. En una palabra, los discretos.

Pues uno de éstos era Gracián. Compárese la extensión de los dos tratados *El héroe* y *El discreto*, y se verá que el segundo excede al primero en triple dimensión. Más tuvo que decir de éste que de aquél. Y aun cuando pinta al héroe, descubre sus artes, y así le apostrofa: «¡Oh varón cándido de la fama! Tú que aspiras a la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más.» «Atienda, pues, el varón excelente a violentar sus pasiones, cuando menos *a solaparlas con tal destreza*, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad.» Su tratado lo es de tretas para el aprendiz de heroicidad.

Mas si el héroe es el corazón arrebatado que no pone medida en la hora del sacrificio; si su sér lo constituyen la sinceridad y el desprendimiento, el desdén de toda cautela y el me-

nosprecio de toda prudencia, ¿a qué tanta treta y tanto primor, tanta medida y tanto artificio, tanta ocultación y tanto comedimiento? Y es que Gracián aplaudía en el héroe, más el ingenio que el genio, más la destreza que la fuerza, antes el concepto que el valor, mejor el juicio que el ímpetu. «Más triunfos le consiguió a Hércules su discreción que su valor. Más plausible le hicieron las brillantes cadenillas de su boca que la formidable clava de su mano: con ésta remedia monstruos, con aquélla aprisionaba entendidos, condenándoles a la dulce suspensión de su elocuencia, y al fin más se le rindieron al tabano discreto que al valiente.»

Juzgo necesarias estas referencias a sus demás obras, porque el *Criticón* no es todo Gracián, ni quizá lo más gracianesco, aun cuando se lea con más gusto por ser su obra más artística y literaria. Quien quiera conocer al autor, no se contente con ella, y acuda a *El oráculo*, a *El discreto* y a *El héroe*, que, tanto por la forma como por el fondo, son lo más característico. A veces, la obra más bella de un escritor no es la que mejor le define. La más abundante en semillas no suele ser la más acomodada al gusto general, como aquí sucede. Cuide la crítica no dejarse extraviar por el prejuicio de lo bello, aunque parezca paradoja. Ha de ser más bien una historia natural de los ingenios, que los catalogue por órdenes y familias. Lo bello pronto degenera en convencional si no se renueva. En todos los siglos, la crítica no vió la belleza nueva, por estar a ciegas con la belleza pasada. He aquí el secreto de todas las decadencias. La imitación es el nacimiento de arte, pero es también su muerte.

Disgusto, aborrecimiento, náusea del mundo, dice Farinelli que produjo en Gracián el continuo ponderar y escudriñar en los destinos de nuestra limitadísima naturaleza humana. Mas yo no veo sino gusto creciente en la lectura del libro del mundo, hondo conocimiento de la vida y estimación equilibrada de sus pros y sus contras, y a la postre, reglas para vivir, mientras que el pesimismo sólo las da para morir; sólo

sabe echarse en el surco del Nirvana, arrojándose aturdido y alucinado por los despeñaderos de la desesperación. Esa náusea del mundo, ese disgusto, ese tedio no permiten el obstinado estudio del mecanismo moral del hombre, que, como paciente anatómico, hace Gracián, desmontando cada una de sus piezas, ponderándolas y aquilatándolas. Y, lo que es más, dando alientos para la vida, puesto que a la *malicia* del mundo opone la *milicia* de las buenas voluntades, la cruzada de los varones esforzados. Bien es cierto, que más adelante, dice Farinelli, contradiciéndose manifiestamente, que «contrariamente a Schopenhauer, Gracián no tiene sistema filosófico determinado, escuela ninguna; no quiere más que demostrar, en sus esparcidas observaciones, en sus máximas y reglas de vivir, su gran experiencia, su milagrosa práctica de la vida, su prudencia, capacidad y sabiduría.»

Un crítico inglés admite la posibilidad de que la primera *crisi* del *Criticón* sugiriese a Daniel de Foe la idea de *Robinson Crusoe*; pero, sin ir tan lejos, ¿no asombra la rara semejanza de toda aquella fábula con el dramático episodio de Segismundo en *La vida es sueño*, otro símbolo del hombre primitivo a quien la vida de la naturaleza va revelándose en toda su grandeza admirable, y sugiriéndole consideraciones poéticas y filosóficas de la índole de las que oímos en boca de Ardenio, cuyo nombre, por cierto, no nos parece derivado o imitado del Aurelio de Fernán Pérez de Oliva, ni del enamorado Ardenio de Ledesma, como quiere Farinelli en la nota a la pág. 233, sino que, tanto éste como el de Critilo, me parecen haber sido formados por el autor simbólica o alegóricamente de las raíces griegas *άνήρ*—hombre, es decir, hombre inculto, primitivo, en oposición a Critilo de *κρίσις*—crítica, juicio, o sea el hombre suficientemente cultivado para juzgar o discernir, como también de aquí el nombre de *crisi* que da a los varios capítulos en que divide su obra, y en último término, el de *Criticón*, que la abarca toda designando su carácter. Opinión que confirman también los demás nombres que aparecen

en el diálogo, como el de Sofisbella, Felisinda, Falsirena, etc.

Costumbre era ésta de poner nombres griegos a los interlocutores de tratados filosóficos y morales, seguida durante mucho tiempo antes, y que se demuestra con sólo recordar los diálogos entre Philon y Sophia de León el Hebreo, a principios del siglo XVI.

Cuando Critilo cuenta sus desdichas, confiesa que lo que le acarreó de males la riqueza, le restituyó en bienes la pobreza, pues en ella halló sabiduría, que hasta entonces no había conocido; desengaño, experiencia, salud de cuerpo y alma. Con lo que prueba que muchos de los que el hombre cree males, son bienes disfrazados, y que no todo es mal en el mundo. Y es que el mundo hay que mirarle, no por donde le suelen mirar todos, sino, al contrario de los demás, por la otra parte de lo que parece. Sobre esto insiste Gracián repitiendo a menudo la advertencia: «Como el mundo anda al revés, el que le mira por aquí le ve al derecho, entendiendo todas las cosas al contrario de lo que muestran.» Regla utilísima que no lleva camino de perder su eficacia. Mientras llega la era de la verdad, si es que llega, no sólo es acertado pensar de las cosas y de las personas lo contrario de lo que grita su apariencia, porque la simulación es arma general en la lucha por la vida, sino encubrir las propias intenciones confesando lo contrario; lo que recuerda aquella ingeniosa definición de la frase: «el signo que sirve para ocultar el pensamiento», que Talleyrand, dignamente entroncado con los Gracián y los Rochefoucauld, formuló donosamente.

Obra de filosofía artística denomina D. Julio Cejador al *Criticón*, en el hermoso prólogo con que nos introduce en su lectura, y a fe que es singular acierto la dicha frase, puesto que tanto tiene de filosofía como de arte este libro, que sin duda su autor dedicó a mayor número de lectores que los demás suyos en que más atiende al discurso que al gracejo, al pensar que al reír. Pero aun así dista leguas enteras del «culteranismo y gongorismo que carcomían y tronzaban el recio y frondoso

árbol de la literatura», por su honda crítica moral, fundada en la observación exacta y perspicaz y no en el juego de palabras, en la ingeniosidad del pensamiento y en la fantasmagoría del retruécano; defectos a que, sin estar de ellos completamente limpio nuestro autor, es ajeno en la casi totalidad de su obra.

Fecunda e ilustre tarea es determinar las fuentes que alimentaron el caudal filosófico y moral del gran jesuíta, así como el influjo que pudo ejercer en la cultura literaria de su tiempo y de tiempos posteriores, enriqueciendo con su tesoro propio el de otros grandes ingenios de Francia, Alemania, Inglaterra e Italia. La erudición acomete esta ardua empresa, en la que tiene ocasión de lucir su suficiencia. Mas sin negar que el autor del *Oráculo* haya bebido en muy distintas fuentes, con lo cual no hubiera hecho sino lo que todos hicieron desde que hubo plumas en el mundo, creo que es regatear su personalidad y menoscabar su originalísimo ingenio, pintarle tomando de aquí y de allá, mas por satisfacer vanidades de copiosidad erudita. En todo siglo hay cierto número de ideas que están como flotando en el ambiente, y que todo el que entonces vive las ingiere y asimila aun a pesar suyo. Pero esto, que es común a todos, es tara que hay que restar, más bien que sumar, en el análisis de lo que constituye la personalidad de un escritor. De lo contrario, se obscurece aquello mismo que se pretende iluminar y se esconde lo que se quiere sacar a luz. Aun cuando un autor se acrecienta y enriquezca con las ideas de los que antes que él escribieron y pensaron, en la selección que de ellas hace, y en la forma como las entiende y confiesa, se muestra a sí mismo, a veces, más que en lo que él pudiera obrar y pensar por su propia cuenta. Eterno trabajo de selección, el pensamiento colectivo vive de transmitirse unos a otros lo que adquirieron vaciándolo cada cual en su propio molde, configurándolo cada uno en su propia estructura.

¿Quién duda que la ciclópea labor del Renacimiento influyó en España poderosamente, pues las naciones no están aisladas? España llamaba a su suelo, como gran señora del mundo

a los artistas extranjeros: a los pintores, para que retrataran a sus soberanos; a los arquitectos, para que construyesen sus templos, y a los escultores, para que cincelasen las suntuosas tumbas de sus príncipes. Mas en las obras de unos y otros ponía ella misma mucho de su parte: sus figuras, su cielo, sus campos, sus tradiciones, su gusto propio y la grandiosidad de sus monumentos. Pues más aún en lo puramente literario, en donde sin desdeñar las preciosas importaciones, los inapreciables hallazgos de los humanistas, sostuvo su propio genio y su originalidad más que ningún otro pueblo, constituyendo una literatura gigantesca de la que quizás no haya ejemplo superior en la Historia, sino en el pueblo griego, mientras las otras naciones, Francia, Italia misma desvirtuaban y aniquilaban su carácter original bajo la balumba de autores resucitados, y ante el prestigio de las formas greco-latinas que conquistaban rápidamente la supremacía ahogando las propias y espontáneas energías y a veces, hasta corrompiendo las costumbres.

»Los progresos de las luces en el siglo xv—dice Sismondi (1)—no eran efecto del progreso de la nación italiana en la vida de la civilización; las obras de Guarini, de Valla, de Fildelfi, de Poggi y de Ficini, no eran el producto de la reflexión, de la meditación y de la imaginación de los italianos, sino del obstinado estudio de una antigüedad que no tenía relación con el tiempo presente, de la adopción de ideas, de razonamientos, de imágenes y de leyes poéticas que habían sido concebidas por otras naciones, para otras lenguas y para otras costumbres; de la absoluta preferencia que se daba a la memoria sobre todas las demás facultades de la mente humana; y en fin, de la sujeción servil del gusto individual a los modelos y a la autoridad literaria. Acaso este destierro absoluto de impresiones naturales y verdaderas, de pensamientos originales, del gusto particular de cada individuo en una nación, hizo mayor

(1) *Historia de las repúblicas italianas.*

daño a las letras en Italia y en toda Europa, que provecho los modelos griegos y romanos con toda su sublime belleza. Pero, sobre todo, en la política del siglo veremos cuán servil se nos muestra el carácter que, por culpa de aquella manía de erudición, contrajo el pensamiento. Nuestro oficio de historiadores nos conduce a investigar cuáles fueron las virtudes públicas de los escritores del siglo xv, y vemos que carecían de toda elevación de ánimo, de nobleza, de amor a la patria, de sentimientos políticos.»

Y a continuación refiere que la entrada en Florencia del emperador Federico III, puso a contribución los ingenios de aquellos pretendidos oradores y políticos. Carlos Marsupini, que había sucedido a Leonardo Bruno de Arezo en el puesto de secretario de la república, recibió el encargo de arengar al emperador. El discurso fue en lengua latina y le compuso en dos días; su erudición sagrada y profana, así como su estilo, causaron la admiración de los oyentes. Pero ni el consejo, ni el mismo orador habían pensado en el fin político de aquella ceremoniosa arenga. El emperador hizo que respondiese a Marsupini su secretario Enea Silvio Piccolomini, luego Papa con el nombre de Pío II. Este, más político que filólogo, y amaestrado en las disquisiciones del concilio de Basilea a no hablar a humo de paja, hizo en su contestación algunas preguntas que exigían una réplica; pero Marsupini, que no estaba preparado, no supo decir una palabra, y tuvo que responder Gianozzo Manetti para sacar del apuro a Marsupini.

Tales eruditos, hablando siempre de elocuencia, esterilizaron su siglo en la oratoria misma que hubiera debido salvar la república. Instrumentos de la tiranía, no se exigía de ellos que sus ceremoniosos discursos fuesen expresión de un interior convencimiento; por lo que justificaban sin escrúpulo toda clase de actos con bellas frases ciceronianas. Eran, no magistrados públicos, sino retóricos sin alma, que no se cuidaban de la rectitud de sus juicios ni de la verdad de sus pensamientos, sino de su estilo, gloriándose a veces de sostener lo mismo el

pro que el contra para mostrar sus talentos de oradores y de sofistas.

Más afortunada España en este punto, no sepultó su genio nacional bajo la inmensa balumba de infolios clásicos. Supo conservarse independiente, hasta tal punto que se ha discutido si entre nosotros hubo o no Renacimiento. Y no es que ignorase o incomprendiese lo que en las artes plásticas llamaban los Mezenas españoles *la obra del romano*, tan admirada y estimada por los poderosos, que arrancaban a Italia sus mármoles y sus artistas para construir sus edificios, templos y tumbas en los que esculpieron su nombre los Aprile, los Gazzini, los Torrigiani. Y en literatura, harto demuestran nuestras grandes obras literarias, desde el *Quijote* hasta la más insignificante, la expectación que despertaba Italia, en cuyo mismo suelo bebieron el humanismo nuestros capitanes, conquistando su tierra sin dejarse conquistar enteramente por su gusto.

Como no es tampoco que España dejase de contribuir con su propio esfuerzo a la magna obra de restitución del perdido haber clásico. Puesto que en el siglo XII, en que verdaderamente se inicia un primer Renacimiento (1), Toledo y su célebre arzobispo D. Raimundo, constituyó una escuela de letras clásicas en que se empezaron a traducir las grandes obras maestras de la antigüedad, con aplicación y perseverancia pasmosas.

Así, pues, España no se queda rezagada, sino que se anti-

(1) En la monumental obra del Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, titulada *Historia de la Filosofía española*, tomo II, puede verse una detallada descripción de los trabajos realizados por la escuela de Toledo y de los hombres que los dirigieron, entre los que descuellan Domingo Gundisalvo y Juan Hispalense, cuyas obras, especialmente las del primero, influyeron notablemente en la cultura filosófica de la Edad Media. Merced a dichos trabajos—dice el citado autor,—no sólo los libros de Aristóteles, sino los de los principales filósofos musulmanes y judíos, fueron divulgados por el Occidente, influyendo de modo considerable en el escolasticismo del siglo de oro.»

cipa. Y parece luego como si cumplida su misión de cultura se dedicara a cultivar su propio terruño, a trueque de ser llamada nación bárbara, como lo fue por los franceses por no tomar parte en aquel galimatías clásico de los Corneille, de los Boileau y demás greco-latinizantes, de cuya nefasta influencia, si pudimos librarnos hasta el siglo xvii, no así en el xviii, en el que penetró helándolo y esterilizándolo todo.

Si Feijóo se quejaba del olvido en que habían caído nuestros ingenios, ¿cuánto más motivo no hubiera para avergonzarse de la persecución que sufrió Calderón de la Barca durante el reinado de Carlos II, en que se llegaron a prohibir las representaciones de sus autos sacramentales, «en nombre de la religión y del buen gusto».

Pero volvamos a nuestro asunto.

Hemos dicho que Gracián sigue a Aristóteles, a quien llama el más grande filósofo del mundo, tanto en la estimación de lo que sea la virtud, la cual dice consistir en un prudente término medio, como en la definición filosófica de Dios, a quien, usando también de la terminología del Estagirita, denomina «primer móvil divino a quien viene a reducirse por sus gradas toda la universal dependencia del universo». Pero tales definiciones y conceptos son incidentales y muy escasos en el libro, que en su totalidad está consagrado a la sátira moral, como anuncian los títulos de las crisis: «La entrada del mundo», «Estado del siglo», «La fuente de los engaños», «Moral anatomía del hombre», etc. En este último sirve de punto de partida la célebre sentencia: «Conócete a ti mismo», cuya consideración le lleva a afirmar que ninguna de todas las cosas criadas yerra su fin, sino el hombre.

El analizar cada una de las partes del cuerpo, es pretexto para un rasgo de humorismo, como el de que «si los ojos tienen aquella tan importante cortina de los párpados, que verdaderamente están muy en su lugar para negarse cuando no quieren ser vistos o cuando no gustan de ver muchas cosas, ¿por qué los oídos no han de tener también otra compuerta, y

esa muy sólida, muy doble y ajustada, para no oír la mitad de lo que se habla?»

Cierra la segunda parte de uno de los capítulos más atinados y escrupulosos en la calificación del bien y del mal comunes. Lleva por título «Cargos y descargos de la fortuna», y es una de sus más hermosas alegorías morales. El hombre y la mujer acuden a Dios: el uno le pide la sabiduría y la otra la belleza, que les es concedido. Mas, picada la fortuna porque no acudieron a ella, les es contraria, declarándose contra el saber y la belleza. Desde este día, aseguran que los sabios y entendidos quedaron desgraciados: todo les sale mal, todo se les despinta; los necios son los venturosos, los ignorantes favorecidos y premiados. Desde entonces se dijo: «Ventura de fea. Poco vale el saber, el tener los amigos y cuanto hay, sino tiene un hombre dicha, y poco le importa ser un sol a la que no tiene estrellas.»

Páginas enteras llenas de tan sangrante y dolorosa realidad, constituyen otros tantos cargos contra la fortuna, pero al final ésta pide las balanzas y se justifica diciendo:

«Venid acá, necios inconsiderados; si todo lo diera a los sabios, ¿qué hiciérais vosotros? ¿Habíais de quedar destituídos de todo? Qué había de hacer una mujer si fuera necia, fea y desdichada? ¿Desesperarse? ¿Y quién se pudiera averiguar con una hermosa, si fuera venturosa y entendida? Y si no, hagamos una cosa. Traigan acá todas mis dádivas, vengan las lindas: si tan desgraciadas son, truequen con las feas. Vengan los discretos: si tan descontentos viven, truequen con los ricos necios, que todo no se puede tener.

Fue luego pesando sus dádivas y disfavores, coronas y cetros, riquezas, oro, plata, dignidades y venturas. Y fue tal el contrapeso de cuidados a las honras, de dolores a los gustos, de descrédito a los vicios, de achaques a los deleites, de pensiones a las dignidades, de ocupaciones a los cargos, de desvelos a las riquezas, de trabajos a la salud, de crudezas al regalo,

de riesgo a la valentía, de desdoro a la hermosura, de pobreza a las letras, que cada uno decía:

¡Démonos por buenos!

Leyendo estas líneas acude a la memoria Emerson, en uno de cuyos estudios, *Compensación*, pone de relieve este equilibrio de la naturaleza, la cual nivela los males con los bienes como por efecto de una ley de igualdad y de composición natural. Cada cosa lleva aneja su contraria, por lo que no encontramos en la tierra bien ni mal absolutos. Los grandes pesimistas no vieron esta verdad o no quisieron verla. Pintaron el mundo como el reinado del mal, y el dolor como único patrimonio de nuestra naturaleza, esperando el único alivio a nuestra atormentada existencia, los unos del cielo, los otros de la nada. Así Schopenhauer hubo de incurrir en la alucinada y errónea afirmación de que sólo el dolor es positivo, no siendo el placer sino la ausencia del dolor.

Concluyente en este punto es la advertencia que Júpiter hace a la Fortuna, en el *Arte para ser dichoso*, de «El discreto», harto de oír las quejas que diariamente alzan contra ella los mortales:

«¿Qué es esto?, oh Fortuna, dijo Júpiter, que cada día han de subir a mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más a muchos, y a todos, imposible; también me consta que a los más les va mal porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres, nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y, al contrario, en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso o el pesar.»

A lo cual ella responde:

«Supremo Jupiter, una palabra sola quiero que sea mi descargo, y es esta: si él es un asno, ¿de quién se queja?»

Respuesta que fue muy reída, y que sugirió a Jove las palabras que siguen:

«Infeliz bruto, nunca vos fuérades tan desgraciado, si fuérades más avisado. Andad y procurad ser, de hoy en adelante, despierto como el león, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengañense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia.»

Es Gracián el más original moralista que cuenta nuestra literatura de todas las edades. Mientras hoy leemos con esfuerzo las obras de afectados y pomposos escritores que hicieron de la ética asunto de enojosas predicaciones y de austeridades inhumanas, él entendió la moral no tanto como la imitación obligada de un tipo ejemplar sino como el estudio de la variadísima máquina psicológica y la definición de las leyes que la rigen. Él en España y La Rochefoucauld en Francia, son verdaderos precursores en cuanto emancipan la moral de mil prejuicios acumulados por las falsas concepciones religiosas y metafísicas, y estudian los verdaderos resortes que mueven nuestra conducta y determinan nuestros actos y afectos. El último trozo copiado pone bien de manifiesto dicho determinismo: en el mundo no hay dicha ni desdicha; es decir, no hay fortuna ni desgracia, no hay hado; nuestra prudencia y nuestra imprudencia, nuestra ignorancia y nuestras pasiones mal dirigidas, son lo que determinan nuestro destino en el mundo, la suma de dolores más o menos grandes que hayamos de sufrir en el curso de nuestra vida. En nuestras manos está la suerte.

Si todo lo supiéramos, todo lo podríamos; la ignorancia engendra nuestra infelicidad y nuestra dependencia.

Todo ello no lo aprendió en los libros, sino en la experiencia cotidiana, en ese gran libro del mundo donde quería él que se leyera y del cual los nuestros no son sino parciales copias e infelices traducciones. Compuso con la observación un gran tratado del difícilísimo arte de la vida considerando como corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo como

solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño.

Y no tengo inconveniente en suscribir las últimas palabras con que termina D. Julio Cejador su hermosísimo prólogo:

«Baltasar Gracián es el más grande pensador de la raza hispana y uno de los más grandes pensadores de la humanidad. Leed el *Criticón* y lo veréis.» Pero añadiré por mi cuenta: no olvidéis sus demás obras, pues el *Criticón* podrá ser su obra más bella, pero no la más profunda.

EDUARDO OVEJERO Y MAURY

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(Continuación.)

Cuarto periodo.—1860 a 1868.

TEATRO DEL PRÍNCIPE

Seguía en Enero de 1860 de primer actor D. Manuel Catalina, y como es lógico suponer, hizo que viniera de primera actriz D.^a Matilde Díez, cuya circunstancia quizá perjudicase a ésta, pues como aquel reunía muy limitadas condiciones dentro del arte a que se había dedicado, los escritores dramáticos no podían confiarle todo género de papeles, contando con que, como director, había de desempeñar siempre el de protagonista, y, por lo tanto, el éxito de las obras tenía que aparecer más dudoso de lo que en condiciones generales ofrece este linaje de producciones. Además, el trabajo de Matilde se deslucía teniendo al lado un galán que no sabía dar realce a los papeles, cualquiera que ellos fuesen, sino que necesitaba, para salir medianamente airoso, comedias o dramas en que hubiera tipos especiales ajustados a su carácter. Julián Romea era el galán que Matilde necesitaba, y el Destino, quizá aconsejado por Apolo, los unió en matrimonio; pero las diferencias de genio les separaron, en perjuicio del arte escénico.

Matilde hizo su primera salida el 12 de Marzo de 1860, con

La escuela de las coquetas, obra en que estaba inimitable, dicho sea sin intención malévola.

Abril.—*Por derecho de conquista*, comedia nuevamente arreglada para Matilde por el actor D. Manuel Catalina. Al imprimirla, el traductor puso algunos datos biográficos suyos, con su retrato en busto, por lo que los periodistas le tomaron el pelo, y uno dijo en una gacetilla:

Si llega este caballero
a escribir original,
dará su retrato entero
de tamaño natural.

Los infieles, comedia en tres actos, de Narciso Serra y Luis Mariano de Larra. Está inspirada en un *vaudeville* de Paul de Kock.

La luna de miel, de Coupigni, escrita con sensatez, como todo lo de este autor, pero con poca novedad. Muy bien estuvieron Manuel Catalina y la Pepita Hijosa.

Lo empresa del Príncipe tronó, y con motivo de la clausura del teatro, Catalina y Matilde publicaron sendos comunicados en la Prensa, echando la culpa a la empresa, a los autores y al público; pero es lo cierto que no había en Madrid, con tres compañías cómicas, una que se pudiera llamar completa. Teodora con Valero, Matilde con Catalina y Romea con la Berrobiano. Ni Valero ni Catalina eran buenos galanes, cada uno por su especial condición, y la Berrobiano distaba todavía mucho de ser una primera dama. Con estas tres parejas había elementos para formar una buena compañía; pero nada más; así es que el público demostraba su protesta no acudiendo al teatro, y carecían de razón los comunicados de Matilde y de Catalina. Cada palo que aguante su vela.

En la temporada de 1860 a 1861 aparecen en este teatro Teodora, la Alvarez, la Marín, la Boldún, Perico Delgado, tres Calvos (José, Rafael y Ricardo), Mariano Fernández, Pastrana, Casañer y Alisedo.

1861. Enero.—Para conmemorar el natalicio de Calderón se representó *Bien vengas mal si vienes solo*. Hartzenbusch escribió una loa que no es tal, sino un ingenioso juguete de costumbres, algo inverosímil, que acaba con unas décimas a Calderón. Se titulaba. *Derechos póstumos*, y lo representaron la Elisa y la Pilar Boldún, la Lorenza Campos, José Calvo, Mariano Fernández y Juan Casañer.

Abril.—*El peor enemigo*, de Marco, por Teodora, Balbina Valverde, la Adela Zapatero, Delgado, Mariano y Pastrana.

El sol de invierno, de José Marco. Tenía gracia y buena factura.

Abril.—Aniversario de la muerte de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*, de Ventura de la Vega, y *La hija de Cervantes*, loa de Hartzenbusch.

Genio y figura, un acto, de la Balmaseda.

Mayo.—*Francisco Pizarro*, de Ferrer del Río, por Teodora, Delgado, Pastrana, Casañer y los tres Calvos.

El tanto por ciento, comedia en tres actos, de Adelardo López de Ayala. Gran éxito. «Es una producción—decía Fernández Cuesta—que eleva a su autor a una gran altura, por lo bien trazado y sostenido de los caracteres, por la idea filosófica de la obra, por la profusión de grandes pensamientos de que está sembrada, y por el desembarazo y naturalidad de la acción, en que nunca decae el interés, consiguiendo suspender y arrebatarse al espectador.»

El Museo Universal de 16 de Junio trajo el retrato y la biografía del autor.

Setiembre.—Compañía dramática italiana, bajo la dirección de Carolina Santoni, marquesa de Zambecasi, trabajando de primer actor Filipo Prospero. Hicieron *Medea*, *Francesca da Rimini*, *María Stuarda* y *María Giovanna*.

La Santoni había nacido en 1824, y se dedicó al teatro desde muy joven, abandonando la escena cuando se casó con el marqués de Zambecasi; pero habiendo perdido éste su fortuna, tuvo la esposa que volver a su antigua profesión para mante-

nerse. Cuando vino a Madrid había contraído segundas nupcias.

Octubre.—La compañía española estrenó *La pasión y el deber*, de Sánchez de Fuentes, obra muy moral en que se distinguieron la Boldún y Pizarroso.

Frutos amargos, en tres actos y en prosa, de Manuel Ortiz de Pinedo. Jugaba como recurso del argumento un aderezo de brillantes, y cierta aristocrática dama, cedió uno a la empresa, para este objeto, asegurándose que la joya estaba valorada en 20.000 duros.

Para inaugurar la temporada habían hecho *La jura en Santa Gadea*, por Teodora y Perico Delgado, que era el mejor intérprete que ha tenido la obra.

Noviembre.—*Nativa*, tres actos, de Emilio Alvarez.

Estaban en este teatro Teodora, la Concepción Marín, la Amalia Martínez y las dos Boldún (Pilar y Elisa).

La primera vez que parece se dispuso de propio intento la representación del *Tenorio*, en 2 de Noviembre, pues el día 1.º no había función, fue el año 1861. En la misma noche se ejecutó en *Novedades*.

1862. Marzo.—*Gabriela de Vergi*, drama trágico de José María Díaz. Bien escrito. Decían de él, que como autor dramático *no era manco*. Le faltaba la mano izquierda.

Bailaban en este teatro la Rosa Espert y Antonio Vadillo.

El 27 de Setiembre de 1862 fue un día de luto para el arte escénico, por el fallecimiento de Fernando Osorio, quien seguramente hubiera llegado a ser uno de los primates, quizá el más perfecto y general de nuestros actores. Cuenta Javier Ramírez (1), en un sentido artículo necrológico, cuya lectura recomendamos al lector, que en los últimos momentos decía a D. Joaquín Arjona: «¿Es posible que me muera a los treinta y dos años? ¡Ay, maestro! Es preciso hacer algo para no morir.» Y como fiera encerrada en la jaula, tendía los ojos vidriosos por la alcoba, sediento de vida en su horrible desesperación.

(1) *La América*, 12 Diciembre 1862.

Allí estaban alrededor del lecho su madre, su esposa Emilia, Arjona, Romea, Javier Ramírez, Larra, el escritor Juan de la Rosa, Emilio Mario (su discípulo), D. Eduardo Palou (su confesor) y Benavente (su médico).

Romea, conmovido, abandonó la estancia sin hablar, estrechando al moribundo sobre su corazón. Causaba profunda pena contemplar aquel hombre que se moría en la plenitud de la vida, cuando acariciaba su mente las más halagüeñas ilusiones.—¡Arriba el telón!—decía extendiendo las manos en un momento de delirio.—Dame la trusa... Es una de las comedias que hay mejor escritas en castellano. Sus últimas palabras fueron:—¡Virgen Santísima! ¡Madre! ¡Emilia! ¡Benavente!—dirigiendo así su despedida a la religión, al cariño y a la ciencia. La hemotisis cortó rápidamente la vida de un sér que parecía predestinado a empuñar el cetro del arte, y los que le vieron morir recordaron, en sus demostraciones de angustia, los ademanes del actor cuando representaba *La culebra en el pecho*.

La temporada de 1863 a 1864 hubo poca novedad; sin embargo, se estrenó *El amor y la Gaceta*, de Serra, quien, a pesar de hallarse enfermo, escribió esta obra con la frescura y lozanía de sus mejores tiempos. Después representaron *El amor de los amores*, arreglo de D. J. P. Coll (Juan Catalina) y preparaban *Los milagros del amor*, por lo que decía un periódico que si la empresa no salía bien librada aquel año, podría exclamar: ¡Ay, amor, cómo me has puesto!

La obra de la temporada fue el estreno, en Febrero, de *Venganza catalana*, de García Gutiérrez, drama admirablemente desempeñado por Matilde, Juan Catalina y Mariano Fernández, que hizo, aunque corto, un papel serio. Pizarroso estuvo regular; Manuel Catalina y Pastrana, insoportables.

Un crítico, que indudablemente era enemigo de Manuel Catalina, decía de este actor: «Estirado, inflexible en la figura y en la voz, con su eterno y monótono martilleo, para Catalina no hay situaciones cómicas ni dramáticas; todas las de-

clama del mismo modo, pañuelo en mano y arrojando grupos de palabras tan premiosas y difíciles como el engranaje de una rueda dentada enmohecida por la humedad.» En esto hay exageración manifiesta para los que le hemos conocido; pero existe un fondo de verdad.

La obra gustó mucho; fué a verla *todo Madrid*, y los muchachos nos aprendíamos las tiradas de versos para recitarlos a los compañeros en los claustros del Instituto cuando estábamos esperando la hora de entrar en clase.

Mayo.—*Intrigas de tocador*, de Ortiz de Pinedo, y *Aventuras imperiales*, de Fernández y González, en que salía un Carlos V enamorado, hecho por Manuel Catalina.

Este, aunque se quejaba, en público y en privado, de los escasos rendimientos del teatro, deseaba seguir con la empresa prorrogando el contrato con el Ayuntamiento.

Se suscitó una polémica en la Prensa, defendiendo unos, y atacando otros, la gestión de este actor al frente de la compañía que actuaba en el coliseo del *Príncipe*. Se le pusieron enfrente trece periódicos de bastante circulación, entre los que se contaban *La Iberia*, *Las Noticias*, *La Discusión*, *El Clamor Público* y *El Contemporáneo*, y en honor de la verdad, la reputación artística de Catalina no quedó a buena altura, reconociendo todos, sin embargo, sus excelentes prendas de caballeridad.

A pesar del fracaso sufrido con el proyecto del Conde de San Luis, referente a la reorganización del teatro, Eduardo Asquerino trató de hacer revivir aquella idea, y el 16 de Marzo de 1864 convocó en su casa una reunión de intelectuales, que acordaron gestionar el auxilio del Gobierno para realizar el pensamiento iniciado, como hemos visto, por Patricio Escosura en 1839, y llevado a la práctica con triste resultado, diez años después. Olózaga, Benavides, Ros de Olano, el Marqués de Molins, Leopoldo Augusto de Cueto, Ventura de la Vega, Rodríguez Rubí, Bretón, Hartzenbusch, Ayala, García Gutiérrez, Carlos Luis Rivera, Alfredo Adolfo Camús, Piquer,

Arrieta y otros, abogaron por la construcción de un gran *Teatro Nacional* en el solar del derruido convento de las monjas Vallecas, en la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros. Aquella noche reinó en la reunión mucho entusiasmo; hubo dulces, copitas de Jerez, con sus correspondientes brindis, cigarrillos habanos; se recitaron poesías, se derrochó el ingenio que en abundancia lo tenían los asistentes, y quedó en la memoria de todos un grato recuerdo de la velada; pero nada más.

El proyecto no era nuevo; en 1861 lo había presentado al Gobierno un tal D. Miguel Vicente Roca sin encontrar apoyo; y más tarde, en 24 de Marzo de 1864, dirigió el mismo señor una solicitud a la Reina pidiendo el solar indicado de las Vallecas para construir el *Gran Teatro Nacional* y explotarlo durante cierto número de años (no fija término), pasando luego el edificio a ser propiedad del Estado. Llamó la atención que el proyecto se presentase a nombre de D. Miguel Vicente Roca y otros capitalistas, cuando todo el mundo ignoraba que el interesado poseyese esta circunstancia. No le hicieron caso.

1864, otoño.—*Dar tiempo al tiempo*, de Calderón. Catalina tenía por costumbre comenzar la temporada con una comedia del teatro del siglo xvii, *Las hijas de Elena*, de Rafael García Santisteban. *Las cañas se vuelven lanzas*, de García Gutiérrez, muy interesante. En ésta hacía Catalina el papel de un capitán vestido a la Federica. Matilde, superior en todas.

1865.—*Quando de cincuenta pases*, comedia en tres actos, de Bretón; *La espada y el laúd*, de Palou y Coll; *Mañana*, de Coupigni; *El laurel de la Zubia*, de Antonio Hurtado, en un acto, episodio del reinado de Isabel la Católica, y *El toisón roto*, drama de este último autor.

Estas obras fueron bien recibidas, porque todas tenían condiciones aceptables; pero en el buen éxito cupo la parte principal a Matilde, que ponía a contribución con entera buena fe su talento y sus condiciones de maestra.

Por fin, D. Manuel Catalina se quedó sin el teatro, y se le dieron a D. Miguel Vicente Roca, que reformó el decorado,

quedando el local, según decían entonces, muy elegante. Empapeló las paredes, alfombró los pasillos de los palcos, pintó los antepechos, puso *portiers* de *reps*, y forró las butacas de terciopelo de Utrech. Y nos pareció aquello precioso. Formaban la compañía Romea, Valero, Teodora, la Palma, la Salvadora Cairón (esposa de Valero), la Berrobianco, la Dardalla, la Hijosa, la Valverde, la Espejo y la Felipa Orgaz; Florencio Romea, Pizarroso, Mariano Fernández, José María Dardalla, Zamora (esposo de la Dardalla), Morales (esposo de la Hijosa), Alfredo Maza, Ricardo Calvo y Ramón Benedí. Apuntadores: Enrique Solís y José Castellote. Primeros bailarines: Agustín Maldonado y Concepción Hernando. Director de orquesta, Oudrid. Pintores: Ferri y Busato.

Inauguraron el año cómico el 27 de Setiembre con el *Alcalde de Zalamea*, que habían hecho los de la *Zarzuela*, refundido por Ayala, encargándose Valero del *Pedro Crespo* y Romea del *Don Lope*. No se ha visto comedia mejor representada en los fastos del teatro español. La noche en que asistimos nosotros estaba ronco Valero, a causa de un catarro pertinaz, y tuvo que declamar a media voz, consiguiendo, a pesar de esto, arrancar frecuentemente frenéticos y entusiastas aplausos. El público guardó durante la representación un silencio respetuoso que conmovía. Era una demostración de cariño al gran actor.

La unión de Romea y Valero en el *Alcalde de Zalamea* representó un triunfo para el empresario. Veamos lo que años después decía el propio D. Miguel Vicente Roca respecto a esta temporada:

«Las categorías hicieron entonces que Romea, que era primer actor y director como Valero, no pudiera trabajar nunca con éste; sólo lo conseguí, ¡Dios sabe a costa de cuántos disgustos!, en tres ocasiones durante una temporada de ocho meses. Las categorías hicieron que los directores trajeran a la compañía los actores de su devoción, y por ende, cada director repartía los papeles a los suyos, por más que en el otro bando

hubiera quien pudiese desempeñarlos mejor. En suma, las categorías hicieron que en una compañía monstruo, es decir, en dos compañías, se estrenaran aquel año menos obras que se han estrenado nunca en el Teatro Español; porque los primeros actores directores encontraban más cómodo hacer su repertorio, con lo cual fácilmente se comprende cuánto ganarían con aquella *reunión* de artistas eminentes los autores dramáticos y el arte escénico.»

Estas mismas dificultades, con otras de diferente género, mataron, como hemos visto, el proyecto del Conde de San Luis, y serán siempre el obstáculo de todo empresario que quiera reunir eminencias en una compañía dramática. El mal está en la naturaleza humana, pues surge en el teatro desde el siglo xvii, sin que haya desaparecido ni un solo día. Por eso hemos elogiado la modestia, o amabilidad, de Joaquín Arjona, que se prestó a desempeñar papeles secundarios con Julián Romea, cuya superioridad era muy discutible, pues cada uno tenía género distinto, y papeles que se avenían mejor con sus condiciones de actor; advirtiéndole que Romea era un buen mozo y el pobre D. Joaquín tenía corta estatura y poco agraciado semblante.

Octubre.—*La mujer de Ulises*, pieza en un acto, de Eusebio Blasco, por la Hijosa, la Valverde, Mariano y Zamora. La ejecución, admirable. Pareció la obra un poco escandalosa: hoy la calificaríamos de inocente.

Las querellas del Rey sabio, de Eguílaz.

En toas partes cuecen jabas, pieza del género andaluz, de Sanz Pérez, para que se luciera el viejo Dardalla. Ya no estaba de moda esta literatura. Gustaban más los juguetillos, como *El ramillete y la carta*, hecho por Romea, y *El maestro de escuela*, por Valero.

Noviembre.—*Diego Corrientes*, de José Gutiérrez de Alba, por Dardalla y la Cairón: ésta era una actriz mediana, pero de buen deseo, y no ponía obstáculo para hacer ningún papel.

Durante la epidemia colérica que padeció Madrid en el mes

de Octubre, el teatro del *Príncipe* y el *Real* fueron los únicos que no suspendieron sus funciones. Mariano hizo *Los polvos de la madre Celestina*, y con sus chabacanas consiguió distraer al escaso público que concurría al *Príncipe*.

El 20 de Noviembre se cantó el *Te Deum*, y el 27 se estrenó *Los soldados de plomo*, comedia en tres actos, de Luis Eguílaz, por la Palma, la Berrobiano, los Romea y Morales, obteniendo un éxito satisfactorio.

18 de Diciembre.— Estreno de *Juan Lorenzo*, de García Gutiérrez. Metió mucho ruido, porque el censor, Narciso Serra, no quería dar el pase al drama, por ciertos atrevimientos políticos que en la obra se notaban. Esta es buena, pero sólo se sostuvo seis días en el cartel.

1866.— Enero.— *El patriarca del Turia*, comedia en tres actos, de Luis Eguílaz, desempeñada por Valero.

24 de Febrero.— *La muerte de César*, tragedia en cinco actos, obra póstuma de Ventura de la Vega, por Teodora, la Valverde, Romea, Valero, Florencio Romea, Pizarroso, Zamora, Morales, Mariano Fernández, Maza, Pardiñas, Benedí y 18 actores más. Al final leyó Romea tres décimas de Ricardo Vega, dedicadas a la memoria de su padre, que arrancaron grandes aplausos; las actrices sacaron a Ricardo al escenario; acto emocionante; lágrimas de Romea y de las señoras que había entre la concurrencia. La interpretación de la tragedia dejó mucho que desear, porque ya los actores no podían formar concepto de la manera como tenía que representarse. En la tragedia todo es convencional, bajo una base armónica en que hasta el tono de voz de los personajes debe sujetarse a un diapasón convenido; así es que el público no quedó satisfecho. Teodora, Valero y Pizarroso fueron los únicos que interpretaron su papel; los demás, incluso D. Julián, se desviaron del camino que debían haber seguido. Romea quiso representar a Julio César con la naturalidad del protagonista de *La cruz del matrimonio*, y se equivocó, a juicio de los más entendidos en la materia. Para cohonestar su interpretación escénica, escri-

bió luego un folleto, titulado *Los héroes en el teatro*, que está muy bien escrito y que mereció la aprobación de todos; pero el público siguió diciendo que no le había gustado la manera de hacer el papel de César en la tragedia de D. Ventura de la Vega.

Después se representó *Bienaventurados los que lloran*, comedia en tres actos, de Larra. Aquí sí que gustó D. Julián y le aplaudimos con entusiasmo, para hacerle olvidar el mal rato que le había dado la frialdad del público en *La muerte de César*.

El empresario tuvo que modificar su compañía en la temporada siguiente: la Palma, la Berrobiano, la Felipa Díaz, los Romeas, Pedro Delgado, Pizarroso, Zamora, Mariscal, y el viejo Dardalla para hacer su género andaluz. Contrató a la famosa bailarina Petra Cámara y a su marido Guerrero.

Como Rossi había representado *Sullivan*, no a gusto de todos, Romea, que dominaba la obra, la sacó a relucir a primeros de Octubre, poniendo de su parte cuanto pudo, y podía mucho, para superar al italiano, lo que consiguió, aun a juicio de los más descontentadizos. Entusiasmo indescriptible, flores, palomas, versos. Romea no podía competir con Rossi en *Otello* ni en *Hamlet*; pero en *Sullivan*, no había duda, le superaba.

Octubre 12.—Perico Delgado se presentó con *La jura en Santa Gadea*. Triunfo completo.

El poeta D. José Zorrilla había estado ausente de España mucho tiempo, corriendo aventuras por América. Cuando volvió a su país se le recibió con cariño, porque es el poeta más popular del siglo XIX, y la empresa del *Príncipe* quiso aprovechar el acontecimiento para proporcionarse algunas entradas, lo que consiguió poniendo en escena *El cuento de las flores*.

Zorrilla llegó a Madrid el 15 de Octubre, a las nueve y media de la mañana, y fueron a esperarle a la estación del Norte, porque venía de Valladolid, más de 500 personas, con las que entró en Madrid a pie, no aceptando el coche que le tenían preparado. Fue un espectáculo que presenció mucha gente,

pues Zorrilla vino a parar a la plaza de San Ginés, donde se hospedaba. Aquella noche se le dió una serenata por una banda militar; era la moda entonces.

El cuento de las flores, estrenado en 25 de Octubre de 1866, era un apropósito en dos partes, o dos actos, escrito por don José Zorrilla para tener ocasión de recitar en público las poesías que últimamente había compuesto, y que los aficionados de Madrid aún no conocían. En la primera parte se presenta una decoración de sala bien amueblada, con un telón de gasa interpuesto entre la escena y el espectador, como para hacer ver o figurar que la acción se desarrolla en el mismo escenario del teatro tras el telón de embocadura. El director de la compañía se lamenta, ante una de las actrices, de que Zorrilla le ha recomendado, con objeto de que ejecuten una función, a varias jóvenes desconocidas y misteriosas llamadas Hortensia, Margarita, Sensitiva, Rosa, Flor de Lis, Camelia y otras, que en aquel momento, hora de comenzar, cuando el público está ya impaciente, aún no se han presentado. Por fin, tras incidentes, quizá poco interesantes, aparece Sensitiva, y manifiesta en nombre de sus hermanas o compañeras, que no solamente no concurrirán al teatro aquella noche, sino que abandonan al poeta porque es viejo, y las flores buscan la juventud;

se fue su primavera; se van sus flores.

En este compromiso llaman al poeta, y le obligan a que entretenga al público, lo que acepta gustoso aquél. Entonces se abría el telón de gasa, y adelantándose al proscenio, comenzaba Zorrilla a recitar versos que el público aplaudía con verdadero entusiasmo. La segunda parte de *El cuento de las flores* tenía pocos lances.

La interpretación fue irreprochable: el papel de *Sensitiva* lo hizo la Dardalla; *Don Diego de Noche*, Elisa Boldún, y *la Actriz*, Carmen Berrobiano, acompañándolas en la ejecución Romea y Alisedo.

30 Octubre.—Se puso en escena, con doble intención, *Don*

Juan Tenorio, porque estaba Zorrilla en Madrid, y porque era época de representar la obra. La interpretaron la Cándida Dardalla y Perico Delgado, ambos con mucho acierto. El autor, que se hallaba en el teatro, recibió una ovación (1).

A fines de año estrenaron *Hoy*, de José Marco; *Oros, copas, espadas y bastos*, de Larra, con buen éxito; *Quien siembra vientos*, de Ortiz de Pinedo, y *La paz de la aldea*, escrita en francés por Victoriano Sardou, con el título de *Nos bons villageois*, y traducida por Narciso Escosura, hermano de don Patricio, tantas veces citado en estas *Crónicas*.

La estadística de estrenos presenta una baja considerable desde 1855, en que subió la cifra a 155, cuando en 1866 no pasó de 78, como puede verse por el estado siguiente:

Estrenos de 1866.

TEATROS	Originales.	Traducidas	TOTAL
Príncipe.....	12	3	15
Circo.....	12	8	20
Zarzuela.....	11	13	24
Variedades.....	5	7	12
Novedades.....	4	3	7
TOTALES.....	44	34	78

1867. Enero.—*De París a Sariñena*, comedia en tres actos, de un joven principiante, D. José Aparici, que obtuvo espontáneos aplausos.

El jugador de manos, drama en tres actos, arreglado del francés por Enrique Gaspar. Lo representó Delgado porque Romea estaba enfermo.

(1) Estos días hicieron en el teatrillo de *Buenvista* la comedia de Zamora *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, por una compañía cuyos nombres ocultaba modestamente el cartel.

A cadena perpetua, del actor D. José María García. No se le confunda con el gracioso y popular Pepe García.

Perico Delgado hizo *La carcajada*, y gustó mucho.

El que nace para ochavo, pieza en un acto, de Pelayo del Castillo. Gran éxito.

El autor fue llamado al palco escénico a mitad de la obra, y tres veces a la conclusión.

El amor constipado y *El vecino de enfrente*, piececitas de Eusebio Blasco. Aplaudidas.

El pobre Romea, que cayó enfermo a fines de 1866, seguía mal. Marchó con su compañía a Barcelona, y estando representando allí *De potencia a potencia*, le dió un ataque de la enfermedad que padecía, y tuvo que meterse entre bastidores, suspendiéndose la función. En Abril le trajeron a Madrid, y en Junio fué a tomar los baños de Alhama.

Por Real orden de 1.º de Octubre de 1867 se dispuso, con ocasión de un incidente ocurrido en provincias, que «cuando una autoridad o jefe militar debía presidir una función, de cualquier especie que fuera, se la esperase para dar principio al acto, aunque hubiera pasado la hora señalada».

La presidencia de la autoridad en los espectáculos públicos tenía su precedente en una Real orden de 14 de Febrero de 1818, en que se previno que los Capitanes generales y Presidente de las Cancillerías y Audiencias continuasen disfrutando, sin interés, el palco de distinción en los teatros de los pueblos de su residencia. Cambiando las costumbres, otra Real orden de 10 de Octubre de 1851 suprimió la presidencia de la autoridad en toda clase de representaciones teatrales; pero en tiempo del Conde de San Luis se restableció esta presidencia por Real orden de 15 de Marzo de 1854. La Revolución de 1868 acabó con una costumbre que ya tenía estado legal, pero que era contraria al espíritu moderno.

Catalina se quedó otra vez con el teatro para la temporada de 1867-1868, y contrató a Matilde, la Palma, la Zapatero, la Lombía, la Dansant, la Chafino, la Espejo y la Elisa Boldún;

los dos Romeas, los dos Arjonas, Juan Catalina, Oltra, José Olona, Mariano Fernández y Pastrana. Nuestro D. Julián continuaba mal y sin poder tomar parte en las representaciones; pero «mientras se restablecía, anunciaba el cartel, contribuiría con todos sus conocimientos al mejor éxito de las obras, ya dirigiendo algunas, ya auxiliando a la empresa con sus consejos». Triste papel le reservaba el destino al pobre viejo. Se puso la butaca a 18 reales.

Inauguraron la temporada con la comedia de Moreto *De fuera vendrá*, en la que hizo Arjona, de una manera inimitable, el papel del *Alférez Aguirre*. Para comenzar la función se representó un apropósito muy bien escrito por Antonio Hurtado, con el título de *Las gradas de San Felipe*.

Quien debe, paga, comedia en tres actos; de Núñez de Arce.

Las circunstancias, comedia de costumbres, en tres actos y en prosa, de Enrique Gaspar.

La voz del corazón, drama en un acto y en verso, de Hurtado. Matilde representó a la perfección el tipo de una lugareña vieja y ciega.

1868.—*Sheridan*, comedia en tres actos, de Francisco Luis de Retes.

Los solterones y Miss Susana, arreglos del francés, por Narciso Escosura.

Cien leguas de mal camino, comedia de Julio Monreal.

Marzo.—*La levita*, lindísima comedia de Enrique Gaspar, representada por Matilde, Elisa Boldún, los Catalinas y Oltra.

Un revistero tuvo la curiosidad de formar una relación de los espectáculos públicos que había en Madrid el año 1868, y la cabida de espectadores o concurrentes que cada uno podía tener. Véase la relación:

Teatros principales.

Real	2.404
Rossini.....	2.570
Novedades	1.778
Zarzuela	1.766

Circo (Bufos).....	2.148
Príncipe.....	1.358
Príncipe Alfonso.....	2.500
Variedades.....	700
	<u>15.224</u>

Teatros de segundo orden.

Paul.....	400
Capellanes.....	700
Buenvista.....	200
Infantil.....	285
Musas.....	260
Tabernillas.....	163
Esmeralda.....	150
Quevedo.....	400
Máiquez.....	200
	<u>2.758</u>

Cafés-teatro.

Recreo.....	700
San Marcial.....	200
Lozoya.....	150
Calderón de la Barca.....	150
Maravillas.....	100
Artistas.....	100
Embajadores.....	150
San Fernando.....	150
Marsella.....	200
Industria.....	150
España.....	120
San Francisco.....	160
Sur.....	100
Amistad.....	100
Novedades.....	60
	<u>2.590</u>

Otros espectáculos.

Plaza de Toros.....	9.960
Plaza de los Campos Elíseos.....	3.500
Baile de Apolo.....	900
Idem de Pozas.....	100

Juego de pelota del Ariel.....	300
Circo Gallístico de Recoletos.....	300
Idem de Santa Bárbara.....	255
	15.315

En total sumaba la relación 35.887 personas que se podían divertir durante un día en que funcionasen todos los espectáculos o entretenimientos.

El 29 de Setiembre aún no había comenzado la temporada cómica del *Teatro del Príncipe*, y como esta es la fecha en que terminan nuestras *Crónicas*, pues la revolución política que entonces se verificó produjo el destronamiento de Isabel II, tenemos que cerrar el período con el triste acontecimiento de la muerte de D. Julián Romea, acaecida el 10 de Agosto, en la villa de Loeches, adonde había marchado en busca de un alivio para la enfermedad que padecía. Trajeron su cuerpo a Madrid y fue depositado en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, de la parroquia de San Sebastián, dándole sepultura el día 14, a las siete de la tarde, en el Cementerio de la Sacramental de la misma parroquia, sito en las afueras de la Puerta de Atocha.

El entierro salió de la iglesia después de las siete de la tarde, presidido por el ministro de Hacienda D. Manuel Ossorio, el ministro de la Guerra general Mayalde, D. Luis Nacarino Bravo, D. Agustín Perales y el presbítero D. Miguel Sánchez. Llevaron las cintas de la caja mortuoria Rodríguez Rubí, Arjona, Saldoni y Miguel de los Santos Alvarez. La comitiva pasó por delante del Teatro del Príncipe, cuyos balcones estaban enlutados, y desde los cuales arrojaron coronas y flores sobre el carro fúnebre varios actores y actrices a quienes, por la distancia en que nos encontrábamos, no pudimos reconocer.

El féretro iba cubierto con el manto de la Orden de Carlos III, y varias coronas. Acudió mucha gente; hacía un calor sofocante.

A Romea le quería mucho el público de Madrid, y su muer-

te fue muy sentida. El, Valero y Mariano Fernández, eran los actores predilectos.

Nuestro amigo Eduardo Inza publicó en *Los Sucesos* del 15 de aquel mes un artículo necrológico muy sentido.

El trágico italiano Ernesto Rossi, que estaba dando representaciones en *Prado Catalán*, de Barcelona, dirigió la palabra al público el día 12, al terminar la comedia *Súllivan*, enalteciendo la memoria de Julián Romea. Entre otras cosas, dijo:

«El artista dramático, menos afortunado que el poeta o el músico, el pintor o el arquitecto, no puede dejar tras sí un testimonio viviente, inmarcesible de su breve y fugaz gloria; réstale sólo el consuelo de quedar en el pensamiento de los que le han oído y admirado, y de que su nombre pase de boca en boca, de padres a hijos, de generación en generación, como ejemplo digno de ser imitado por los que se dediquen a tan difícil arte.»

Y tenía razón. De Romea sólo queda para los que le conocieron, el recuerdo, ya vago y confuso, de la naturalidad con que representaba las comedias y dramas de costumbres. Valero le superaba en los papeles de carácter, de época; pero quedaba muy inferior en los galanes de levita; bien es verdad que a Romea le favorecía su elegante figura. En las prenderías, entre cuadros viejos, suele hallarse una estampa que representa a Julián Romea en el traje de Súllivan; el retrato tiene bastante parecido en la cara y en el cuerpo, de modo que da una idea aproximada de cómo era aquel actor.

Bretón de los Herreros y Julián Romea, completándose uno a otro, influyeron poderosamente en el gusto del público, haciéndole modificar el concepto que de las representaciones dramáticas tenía, impresionado por los melodramas, más o menos caracterizados, de la escuela romántica que tanto partido tuvo en los primeros años del reinado de Isabel II. Bretón y Romea marcaron en el teatro un nuevo rumbo, cuyos efectos, ya se comenzaron a sentir con ventaja para la literatura dramática, en el período que cierra el ciclo de estas *Crónicas*, y quedó enton-

ces determinado que el objeto primordial del teatro había de ser el estudio de las costumbres.

TEATRO REAL

Ya en esta época, la ópera era imprescindible en las diversiones públicas de la capital, y hasta se consideraba como persona de mal gusto la que no tenía, en más o en menos, afición a la música. La clase media se declaró abiertamente partidaria de la ópera, merced a la baratura de la localidad, pues costaba entonces una peseta cualquier asiento del último anfiteatro, llamado por mal nombre *Paraíso*, excepción de la delantera, que tenía el para nosotros exorbitante precio de medio duro. Al *Paraíso* acudían los músicos, los alumnos del Conservatorio, los estudiantes y los aficionados que contaban con pocos recursos, formando un conjunto que, si no reunía condiciones absolutas de competencia, podía decidir, con algún acierto, el éxito de los cantantes y el de las óperas nuevas.

Pocas de éstas se pusieron en escena durante los años de 1860 a 1868. He aquí la relación:

1860. 27 Marzo.—*Le tre nozze*, de Allari.

1861. 7 Enero.—*Simone Bocanegra*, de Verdi.

5 Marzo.—*Un ballo in maschera*, de Verdi.

20 Noviembre.—*Giuditta*, de Peri.

21 Diciembre.—*Martha*, de Flotow.

1862. 31 Diciembre.—*Zampa*, de Herold.

1863. 21 Febrero.—*La forza del destino*, de Verdi.

5 Abril.—*Pietro de Medici*, de Poniatouski.

1865. 6 Abril.—*Il Profeta*, de Meyerbeer.

14 Octubre.—*L'Africana*, de Meyerbeer.

1867. 10 Octubre.—*L'Ebreca*, de Halevy.

Los cuatro grandes éxitos que tuvieron las empresas en este último período fueron: *Un ballo in maschera*, *Martha*, *La forza del destino* y *La Africana*. La primera ópera fue muy del agrado del público. Los aficionados de Madrid tenían, ya lo hemos

visto, predilección marcada por Verdi, y acudían con verdadera complacencia a escuchar sus obras. Esta tuvo buena interpretación por la Julienne, la Sarolta y la De-Meric, que cumplieron con su deber; Fraschini, que tenía una hermosísima voz, aunque poca expresión; Giraldoni, Bonehé y Manfredi, que no descompusieron el cuadro.

«*Un ballo in maschera*—dice Carmena—es superior a *La Traviata*, aunque inferior a *Rigoletto* e *Il Trovatore*. Indudablemente, Verdi se ha preocupado, al escribir esta ópera, en modificar su estilo, templando algo la manera, un tanto brusca, con que acometía ciertas situaciones, dulcificando la expresión en muchos motivos, y hasta conteniéndose en el empleo del metal a que tan aficionado se ha mostrado siempre. No lo ha conseguido del todo, ciertamente, y en prueba de ello podemos citar el primer final, vulgar, ruidoso e indigno de poner término a un acto no escaso en bellezas, algunas de primer orden; pero, dados los aciertos que abundan en la partitura, no dudamos en colocarla dignamente entre las buenas de su autor.»

Más completo fue el desempeño de *Martha*, por la *Lagrange*, que, aunque algo decadente, era una maestra en el arte; la De-Meric, muy graciosa; Bettini, algo amaneradito, pero con facultades para dominar su papel, y Cotogni, que no desmerecía de sus compañeros.

La ópera gustó mucho. Un revistero dedicaba estos renglones en *El Contemporáneo*:

«Simpática por su género y su estilo, esta obra es hoy una de las más populares en Alemania, siendo generalmente bien recibida en casi todos los teatros de otros países.

»Para juzgar del valor intrínseco de esta ópera, es preciso tener muy presente que gran parte de la originalidad que se encuentra en sus aires, consiste en lo poco familiarizado que está nuestro público con la música popular alemana, y que la forma de las melodías y la manera extraña y nueva de revestirlas con las galas de la instrumentación, como asimismo gran

parte de los efectos de ésta, son formas y efectos comunes a otras muchas obras y autores que no conocemos en Madrid, donde sólo se oye hoy la música italiana, y la misma música italiana que, por decirlo así, oyeron nuestros padres en los tiempos de Rubini.

»De todos modos, la *Martha* es una de esas obras ligeras, en las que la ligereza no excusa al arte; en sus melodías hay espontaneidad, y si bien, ya porque no lo requiere su género, ya porque Flotow, aunque inspirado algunas veces, no es un genio de primer orden, su música no es profunda y verdaderamente clásica en ninguna ocasión, siempre será oída con gusto por los inteligentes.

»Para éstos, como para todas las personas de buen gusto, entre la *Giuditta*, con sus inmensas pretensiones de grande ópera trágica, y la nueva obra, que sólo pide un puesto en el rango de las operetas semiserias, no cabe vacilación de ninguna especie.»

El estreno de *La fuerza del destino* era esperado con anhelo; así es que el teatro se halló completamente lleno de espectadores, haciendo salir a Verdi muchas veces a la escena, donde le arrojaron multitud de ramos de flores, coronas y poesías. La Lagrange estuvo muy inspirada; Fraschini, como siempre: buena voz, pero nada más; Giraldoni hizo lo que pudo, porque se hallaba convaleciente de una enfermedad. Las decoraciones, pintadas por Ferri, gustaron mucho. Asistió la familia real. Fraschini, que usaba barba corrida, no quería afeitarse; pero lograron convencerle ante el fundado temor de que el público le diese una grita.

Verdi llegó a Madrid a principios de Enero y se marchó a mediados de Marzo.

En el estreno de *Il Profeta* ocurrió que los cantantes la interpretaron nada más que regularmente, por lo cual no tuvo éxito franco; pero la música de Meyerbeer gustó extraordinariamente.

La Africana se aceptó sin distingos desde la noche de su

estreno, y eso que los cantantes no estuvieron todos a la altura que la ópera requería.

El barítono Bonehée supo cantar bien y dar realce a su papel; la Rey-Balla, a pesar de no ser una tiple de primer orden, consiguió caracterizar admirablemente la parte de Selika, que no ha tenido después mejor intérprete; su voz era fuerte, vibrante, con tonalidad acontraltada; el tenor Steger tenía poca voz y no pudo sacar todo el partido posible de la *particella de Vasco de Gama*. Las decoraciones hicieron un gran efecto, y la orquesta, dirigida por Boneti, estuvo admirable, consiguiendo una ovación en el famoso *preludio* de instrumentos de cuerda. A fin de temporada se presentó Tamberlick al público con esta ópera, y consiguió un triunfo completo.

El 4 de Mayo de 1867 se puso en escena la gran ópera de Mozart, *Don Giovanni*, con la que la empresa esperaba un triunfo, pero no fue así, y eso que la interpretación resultó buena, pues tanto la Penco, como la Nantier-Didié, Tamberlick, Bonehée y Selva, rayaron a gran altura; el tenor tuvo que repetir la *cavatina* del acto tercero, y Bonehée la famosa serenata. Ni el año 1834, cuando se cantó por primera vez en la Corte (*Teatro de la Cruz*), ni en 1864, que se hizo la *reprise*, consiguió esta gran ópera despertar entusiasmos. Luis Carmena, que estaba verdaderamente enamorado de la obra, no se explicaba cómo, dadas sus bellezas, no logró nunca excitar el afecto del público; y nosotros le decíamos que en España tenemos otro concepto formado del protagonista, y no nos convence el tipo traducido al italiano que nos ofrece Mozart en su precioso *partito*. Aquel no es nuestro D. Juan Tenorio. Todo hay que tenerlo en cuenta.

Los artistas notables de este último período fueron:

Tiples: la Grossi, soprano de primer orden, pero decadente; Ana Lagrange, también de primer orden y también decadente, pero conservando todavía algo de sus buenas facultades; recibió en Madrid muchas y merecidas ovaciones; la Carrozzi-Zuchi, bien en algunas óperas, mal en otras; Adelina Patti, que

produjo un entusiasmo delirante por sus gorgoritos y la flexibilidad de su garganta, cantó el *Barbero* como no se había oído nunca, y en la lección de piano, un lindo vals de Arditi, titulado *El beso*, que se hizo popular; la Borghi-Mamo, buena; la Carlota Marchissio, aceptable; la Spezia, de gran presencia, pero desigual en el canto; la Penco, buena tiple por todo lo alto. En un beneficio, en 1868, sus admiradores la regalaron una corona, en cuyas cintas pusieron esta inscripción: *Lasciandote la vita, Dio protesse l'arte*; la Rey-Balla, aceptable siempre en todo, aunque nunca sobresaliente. El público la profesó gran afecto por la buena fe con que trabajaba; la Harris, que quería imitar a la Patti, no pasando de ser una alumna aventajada. Un día se incomodó con la empresa, y aquella misma noche tomó el tren para París, por lo cual decían: «La Srta. Harris es inglesa, canta en italiano, cobra en español y se despide a la francesa.»

La última que nombramos es la Galletti, y en mérito debería ser de las primeras por su buena voz y su maestría. Tuvo buena y arrogante figura, pero había engruesado tanto que no estaba con aspecto adecuado para representar ciertos papeles.

Contraltos: la Trevelli, la De-Meric-Lablache, la Grossi y la Bárbara Marchissio, aceptables; la Nantier-Didier, superior a todas, si no en voz, en conocimiento y posesión de su arte. Se contrataba siempre con Tamberlick.

Tenores: Mario, incomparable; Tamberlick, un primer tenor en toda la extensión de la palabra; Fraschini, de potente voz, pero sin expresión; Belart, nuestro compatriota, buena voz, buen gusto y buena escuela; Bettini, amanerado; Nandín, aceptable, y Nicolini, regular.

Bajos: Padovani, cumplía con su deber, y Selva, uno de los mejores cantantes que han figurado en el escenario del Real. Estaba inimitable en el *Mefistófeles*, de *Fausto*, y en el *Don Basilio*, del *Barbero*; el aria de *La calumnia*, nadie como él la ha cantado.

Barítonos: Cotogni, un poco amanerado; Giraldoni, des-

igual; Padilla (español), bueno. Era discípulo del Conservatorio. En Marzo de 1856 se dió en este centro de enseñanza un concierto, a beneficio del guitarrista Huerta, y cantó allí el *joven Padilla*, que se presentó como una esperanza para el arte. Aldighieri, mucha voz y poca escuela; Bonehée, poca voz y corta estatura, pero un gusto exquisito y una maestría envidiable. Merly, en cambio, era un hombretón, y aunque no escaso de mérito, no logró ni eclipsar ni igualarse a Bonehée.

Como directores de orquesta figuraron en este período Juan Daniel Skoczdopole, de 1860 a 1864, y Vicente Boneti, superior al otro, de 1865 a 1868.

Visto el resultado que habían ofrecido los *conciertos sacros* que Salas dió en la *Zarzuela*, la empresa del *Teatro Real* repitió la suerte en Marzo de 1860, con la ventaja de tener a su disposición los cantantes y coros de la ópera. Entre las obras que se oyeron figuran el *Ave María*, de Schubert; un *andante instrumental*, de Espín y Guillén, y el *Stabat Mater*, de Rossini. Estos conciertos tuvieron aceptación.

El entusiasmo con que había sido recibida la trágica italiana Adelaida Ristori, en el teatro de la *Zarzuela*, animó a la empresa del *Real* para contratarla por seis funciones, obteniendo buenas entradas. Hizo el repertorio ya conocido del público, con pocas variantes. Parece que había el proyecto de que representara el drama de Tamayo *Locura de amor*, traducido al italiano con el título de *Giovanna la pazza*; pero no sabemos por qué no se pudo realizar el propósito. La Ristori dió, alternando, otras seis representaciones en el teatro de *Variedades* (Enero de 1860).

Uno de los empresarios del *Real* que mejor entendía el negocio fue, sin duda alguna, Mr. Bagier, no porque trajese grandes novedades ni expusiese su dinero temerariamente, sino porque sabía sostener la temporada sin hacer grandes desembolsos. Decía cierta noche en el pasillo de butacas entre un grupo de abonados, que en la temporada de 1860 a 1861 había perdido 30.000 duros, y, aunque ninguno le desmintió, no pa-

rece que todos quedaron convencidos. El caso es que siguió con la empresa y aumentó el precio de las localidades.

Se trataba de representar óperas españolas, es decir, con música de compositores españoles, y el citado Mr. Bagier nombró, para el examen de las partituras que se presentasen, un comité presidido por el Duque de Rivas, y compuesto de los señores Eslava, Valldemosa, Guelvenzu, Barbieri, Hernando y Ventura de la Vega. No sabemos si llegó a reunirse alguna vez.

Adelina Patti debutó con *Sonámbula*, el 12 de Noviembre de 1863. Se aumentaron los precios de las localidades, y el público se disgustó con esto, así es que apareció más exigente de lo que hubiera estado en otra ocasión.

Decía un revistero:

«La señorita Patti tiene fisonomía inteligente y modales distinguidos; su dulce expresión y su aire infantil aumentan el prestigio de una voz argentina y pura, aunque no de gran cuerpo, pero sí de un excelente método de canto. Frasea con limpieza y corrección, y canta con todo el arte necesario para sacar el mejor partido de un órgano vocal que, sin duda ninguna, es privilegiado. Con relación a otras artistas, creemos que en Madrid son varias las que han cantado *Sonámbula* aprovechando más los resortes de la *particela*; la Persiani, la Albani y la *Lagrange*, no ciertamente tan jóvenes ni acaso tan graciosas, si no la igualaron en la flexibilidad de garganta, la aventajaron en voz, más robusta y sonora, y en la interpretación dramática de papeles.

»No se limita a cantar a su gusto las cadencias de las piezas, sino que acomete discrecionalmente muchos pasajes, y, a trueque de vencer dificultades y de hacer filigranas, nos canta música de su composición.»

El repertorio de la Patti, en aquel tiempo, estaba formado de las óperas siguientes: *Don Giovanni*, *Elixir*, *Martha*, *Trovatore*, *Gaza-ladra*, *Barbero*, *Don Pasquale*, *Lucía*, *Figlia del regimiento*, *Dinorah* y *Traviata*.

Dicen que cobraba 12.000 reales por función. Esto resulta-

ba un *escándalo*, porque los precios *fabulosos* que tenía asignados el empresario Caballero del Sax para la temporada de 1865 a 1866, eran los siguientes: La Rey-Balla, 12.000 reales mensuales; la States, 6.000; Luisa Marthelli (se llamaba Papi-ni), 4.000; Eracleo (contralto), 2.500; María Marthelli, 4.000; Steger, 19.000; Abruñedo (tenor asturiano), 3.000; Bonehée, 8.000; Merly, 5.000, y Della-Costa (bajo), 6.000 (1).

Caballero del Sax era un empresario de buena fe, en lo que admite un negocio, y, sin embargo, las inexperiencias del asunto sirvieron de motivo para que el público le mirase con prevención, no perdonándole la más leve falta.

El 10 de Diciembre de 1865 hubo un escándalo horrible en el teatro. Se cantó el primer acto de *Rigoletto* por un tenor, Giolani, que no gustó, y por Merly, que no acababa de satisfacer. En el entreacto apareció en el escenario un dependiente de la empresa manifestando que la señora Rey-Balla se había indispuerto repentinamente y que se suspendía la función, pudiendo presentarse los espectadores en la contaduría a recoger el importe de las localidades. Esto, que es un percance común y corriente en cualquier empresa, disgustó injustificadamente al público, que manifestó su desagrado con las demostraciones más tumultuarias que ha presenciado aquel salón. Y conste que no eran sólo los del *Paraíso* los que gritaban, sino los elegantes espectadores de palcos y butacas.

En esta última temporada teatral de 1867 a 1868 sigue predominando el gusto italiano, pues se hace *La Favorita* 10 veces; *Guillermo*, 17; *La Muta di Portici*, 11; *Sonámbula*, 8, y *Rigoletto*, 16; sin embargo, la nueva escuela de Meyerbeer va abriéndose camino, y consigue que *Gli Ugonotti* se represente doce noches, con buenas entradas y grandes aplausos por parte de los concurrentes al Paraíso, circunstancia que nos honra a los que modestamente tomábamos parte en aquellas sencillas manifestaciones del gusto musical.

(1) La Rey-Balla, Bonehée y Merly habían cantado en francés, y Steger en alemán.

TEATRO DE LA ZARZUELA

Al comenzar el año 1860, en este teatro no se estrenaban producciones de alto bordo, sino juguetillos que no todos obtenían buen éxito. Sin embargo, hicieron *El diablo las carga*, en tres actos, de Camprodón y Gaztambide, del corte del *Domino azul*, y no fue mal recibida.

Enero.—Dió un concierto el violinista Vicente Sighicelle, y tocó *Souvenirs de Bellini* y *Fantasia oriental*, con acompañamiento de orquesta.

Febrero.—Otro concierto por la pianista signora Penélope Bigazzi; tocó una fantasía sobre motivos de *Sonámbula*, de Thalberg; *Bellezas de España*, y un nocturno con el siguiente título, muy de circunstancias, aunque un poco largo: *Los españoles rogando a Dios por el ejército de Africa* (1). Fue muy aplaudido.

Tanto o más que el famoso Macallister llamó la atención el prestidigitador Mr. Hermann. Era, cuando vino a Madrid, joven todavía, de estatura regular, moreno, de bigote y perilla negros, de cabeza más bien pequeña, de mirada penetrante y observadora, de frente despejada, algo depresiva en la parte superior frontal, de correctos modales y de genial desenfado. Hizo su presentación el 23 de Febrero de 1860, con los juegos siguientes, que luego han sido imitados por otros prestidigitadores: *El bolsillo milagroso*, *El pañuelo serpiente*, *El conejo chino*, *La silla eléctrica*, *El banquero filantrópico*, *La doble vista*, *La pesca maravillosa*, *El palo y la naranja*, *La cocina indiana*, *Los objetos volantes*, *La posta egipcia* y *El sombrero del diablo*.

Una de las suertes que más asombro causó fue la de hacerse disparar seis balas sobre el pecho, presentando luego al público los proyectiles aplastados.

Cuenta un gacetillero que cierta mañana se fué Mr. Her-

(1) Estábamos en guerra con el imperio de Marruecos.

mann con unos periodistas a la plaza de San Miguel, y, acercándose a una vendedora de huevos, le compró media docena, que comenzó a cascar, sacando de entre cada yema una moneda de cinco duros. Asombrada la vendedora de aquel prodigio, y animada por los periodistas y la gente que en numeroso grupo la rodeaba, se decidió también a cascar huevos, sin encontrar el hallazgo que anhelaba; echóse a llorar y el prestidigitador consiguió acallarla regalándole una de las monedas encontradas entre la mercancía. Después ejecutó Hermann varios juegos en presencia de los vendedores de la plaza, quienes le dieron una espontánea y frenética ovación.

Trabajó en Palacio, y los Reyes le regalaron un cronómetro de Losada, con cadena, un alfiler de brillantes y una botonadura de pechera. Las sesiones de prestidigitación de monsieur Hermann produjeron grandes rendimientos a la empresa, tanto, que se repitió cinco veces la *última función de despedida*.

Abril.—Dámaso Zabalza y su discípulo José Pinilla tocaron a dos pianos *Capricho húngaro*; una *fantasía*, por Monasterio, al violín, y un coro titulado *La caridad*, por los alumnos del Conservatorio, formando un conjunto de 200 voces, letra de Emilio Alvarez y música de D. Hilarión Eslava.

1862. Abril.—Concierto por el pianista italiano G. Perrelli. Tocó composiciones suyas.

La compañía lírica estrenó *Entre Pinto y Valdemoro*, juguete en que Arderius parodiaba a Mr. Hermann, y Cubero a la Ristori, demostrando ya ambos artistas sus excelentes condiciones para el género *bufo*, que años adelante presentaron en el teatro de *Varietades*.

La empresa, a fin de defenderse con todas armas, trajo una compañía de ópera, en Mayo de 1860, que cantó *Otello*, *Poliu-to*, *Hernani* y *Trovador*, por la Kennett, Tamberlick, Altavilla, Bartolini y Manfredi. A principios de Junio cayó enferma la tiple, y hubo que contratar a la Trinidad Ramos, que salió airosa de su compromiso.

Tamberlick consiguió un triunfo en *Trovador*, repitiendo, entre frenéticos aplausos, la *cavalleta* del tercer acto, en que daba el *do* de pecho.

Las noches de ópera trabajaba la compañía de zarzuela en el *Circo*.

Setiembre.—*La hija del regimiento*, en castellano, desempeñada por la Ramos y Salas, que fueron muy aplaudidos.

Nadie se muere hasta que Dios quiere, pasillo lírico fúnebre, de Narciso Serra.

La noche del 5 de Enero, el niño de doce años Pablito Barbero, durante un entreacto, tocó al piano una fantasía sobre motivos de *Rigoletto*, compuesta por su profesor Oscar Camps, y un concierto de Prudent, titulado *La pradera*.

Hicieron *Un pleito* y *El niño*, ambas en un acto, y como carecían de producciones nuevas, echaron mano de *Buenas noches, señor don Simón*, y *Una vieja*, de Camprodón y Gaztambide, estrenada a fines del año anterior por la Ramos, Arderius y Cubero. Gustó mucho, sobre todo, una canción que comenzaba:

¡Ay, mamá, qué noche aquella!

Las piernas azules, juguete, según decía el cartel, «escrito en doce cuadros, de los cuales la empresa había suprimido once en obsequio al autor». Era de Ventura de la Vega, con música de Oudrid y de Vázquez.

Los siete pecados capitales, otro juguete de Frontaura, con música de Luis Cepeda.

Febrero.—*Zampa o la esposa de mármol*, acomodada a la música de Herold por Serra y Pastorfido; la cantaron la Muriello y la Rodríguez, Obregón, Sanz y Cubero.

Por un inglés, un acto, de Cuende y Larrea, con música de Vázquez.

Marta, en castellano, por la Ramos, la Mora, Sanz, Obregón y Salas. Decoraciones de Muriel.

El amor y el almuerzo, de Olona y Gaztambide, y *Anarquía conyugal*, de Picón y Gaztambide.

Setiembre.—*La pradera de los desafíos*, arreglo de Narciso Escosura a la música de Herold, por la Santa María, la Toda, la Rivas, Manuel Sanz, Salas, Caltañazor y Cubero.

Para esta temporada contrataron a la Albini y a la Lesen.

La reina topacio, de Emilio Alvarez y Fernández Caballero. El libro, flojo; la música, agradable.

Las damas en la Camelia, letra de Morán y música de Galiana. La *Camelia* era un jardín de baile que había en el paseo de Recoletos.

9 de Octubre.—Para conmemorar el natalicio de Cervantes se representó *El loco de la guardilla*, pasillo que pasó en el siglo XVII, letra de Narciso Serra y música de Fernández Caballero; por la Fernández, Obregón, Cubero, Caltañazor, Calvet y Arderius. Obregón obtuvo un triunfo en el famoso parlamento de las quiutillas.

Stradella, arreglo de Manuel del Palacio y Luis Rivera a la música de Flotow.

Noviembre.—*Un tesoro escondido*. Arreglo de Vega con música de Barbieri, y *Un concierto casero*, un acto, de Picón y Oudrid.

Narciso Serra había enfermado de tal manera, que llevaba algunos meses sin poder abandonar el lecho, y Salas, movido de su buen corazón, organizó una función a beneficio del autor de *Don Tomás*, en la que ejecutaron, el 24 de Marzo de 1862, *El loco de la guardilla*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *Una historia en un mesón* y *El último mono*. El pobre Serra, aunque mejoró de su dolencia, no volvió a gozar de salud durante el resto de su vida. Nosotros recordamos haberle visto muchas veces sentado tras la vidriera del balcón, en el piso principal de la casa núm. 26 de la calle de Segovia. Tenía entonces treinta y dos años.

Con motivo del beneficio de que hemos hablado, hizo Ferrer del Río un elogio de Serra en *La América*, escribiendo, entre otros párrafos laudatorios, el siguiente:

«Así que elegía un asunto se le acababan las dificultades;

sobre la mesa de un café y con lápiz, o con cualquier pluma, y en el papel que encontraba dentro de sus bolsillos, se abandonaba a su inspiración fecunda, y de allí salía con un laurel más para su corona. ¿Qué mucho, si a todas horas y en el seno de la amistad versificaba gallardamente al terciar en las conversaciones, y las salpicaba de espontáneos chistes? ¡Cuántos desarían para su lucimiento los tesoros de poesía que ha desparramado en improvisaciones felices y no conservadas por nadie en la memoria!

En el mismo mes de Marzo hicieron *El agente de matrimonios*, zarzuela de Ayala, que no gustó, y *El juicio final*, de Picón, que no hizo más que pasar. En cambio, tuvieron éxitos superiores *La isla de San Balandrán*, y *Memorias de un estudiante*, de Picón y Oudrid; y *En las astas del toro*, de Frontaura y Gaztambide, en que Arderius demostró sus excelentes condiciones de actor, haciendo, vestido de torero, las delicias del público, y Salas imitó con propiedad el tipo de Curro Cúchares.

1863. Enero.—Se presentó el violinista Mr. Lotto, dando un concierto con acompañamiento de orquesta. Tocó, entre otras piezas, el *Movimiento continuo*, de Paganini.

Pocos días después, hubo otro concierto por el pianista Emile Wroblewski. Entre las obras que tocó, merece citarse una fantasía sobre motivos de la *Favorita*, otra sobre el tema *Casta diva*, de *Norma*, con la mano izquierda, y una *polaca*, primeramente con un solo dedo y luego con dos.

Abril.—*Walter*, zarzuela en tres actos, arreglo del drama *La huérfana de Bruselas*, por el malogrado Fernando Osorio, con música de Oudrid y de Javier Gaztambide. No hizo efecto.

Entró a formar parte de la compañía la Teresa Istúriz, muy apreciada del público.

Abril.—Concierto por Mr. Maurice Leenders, *violín a solo*, de las Cortes de Dinamarca, Suecia y Noruega.

Concierto por Eloísa D'Hervil; tocó al piano una obra de

Weber y un capricho fantástico, y cantó *El Arco Iris* y *La Lola*, composiciones de Iradier.

Mayo.—*El Elixir de amor*, arreglada a la música de Donizetti, por Frontaura y Pastorfido; el desempeño corrió a cargo de la Istúriz, la Fernández, Obregón, Caltañazor, Landa y Arderius.

Junio.—*Julio César*, por Luis Rivera; revista contemporánea, escrita expresamente para Francisco Arderius, que hizo reír grandemente al público, eso que la censura había mutilado la obra de una manera horrible.

El acontecimiento del teatro de la Zarzuela, en esta temporada, fue la presentación de la Sociedad coral de Barcelona, *Euterpe*, dirigida por el fundador D. José Anselmo Clavé. Cantaron *Las flors de maig*, *Al mar*, *De bon mati*, *Les pescadors*, *Les netz dels almugaders* y otras piezas, que obtuvieron grandes y frenéticos aplausos, de tal modo, que habiendo sido contratados para dar dos conciertos, tuvieron que repetirlos con un lleno completo de las localidades. La última noche asistió la Reina, y un curioso vió entre la concurrencia al general Prim, D. Nicolás María Rivero, el Marqués de Molins, D. Pascual Madoz, D. Pedro Salaverría, D. Emilio Castelar, el Duque de Sexto y D. Ventura de la Vega. El 21 de Junio tomaron parte en un festival nocturno que, a beneficio de la Santa Infancia, se verificó en el *Parterre* del Retiro (hoy Parque de Madrid), iluminado profusamente.

Aquí hicieron las voces mejor efecto y el público quedó encantado de los coros Clavé, dando a su director una espontánea y franca ovación (1).

Setiembre.—*El zapatero y la maga*, música de los hermanos Ricci, arreglada por Manuel del Palacio y Luis Rivera, de la que, con el título de *Crispino e la Comare*, se había repre-

(1) La venida de Clavé con su Orfeón produjo efecto en Madrid. Don José Flores Laguna fundó una sociedad de jóvenes obreros, que tituló Orfeón Artístico Matritense, y dió algunos conciertos en el salón de Capellanes (Enero de 1865), ante numeroso público, siendo muy aplaudido.

sentado en el extranjero. La cantaron la Istúriz, la Checa y la García, Salas, Landa y Calvet.

Octubre.—*La doble vista*, en un acto, de Picón e Ignacio Campo.

Noviembre.—*Dos pichones del Turia*, juguete lírico-bilingüe, de Rafael María Liern, y Barbieri, en que la Rivas y Cubero desempeñaron dos tipos valencianos.

Diciembre.—Presentación del prestidigitador Mr. Velle, que hacía ejercicios de física, química, electricidad y magnetismo.

Las hijas de Eva, de Larra y Gaztambide. Buen éxito.

La conquista de Madrid. Mejor aún. Era de los mismos autores.

1864. Enero.—En un intermedio dió un concierto el signore Comingio Cagliano con un instrumento de su invención, que llamaba *Caja armónica*, y se componía de 34 copas de cristal.

Pocos días después, la empresa presentó a D. Juan Bautista Pujol, que tocó al piano un concierto de Weber.

Marzo.—Aparición de Mlle. Benita Anguinet, prestidigitadora que gustó mucho. Era guapa, simpática; trabajaba con los brazos desnudos, y se captó desde el primer día el afecto del público. Algunos de sus juegos, aunque resultaban conocidos, ofrecían cierta novedad en la presentación.

El 26 de Marzo, con el estreno de *Los dioses del Olimpo*, comenzó una de las fases de la zarzuela española, el género bufo, que durante algunos años produjo pingües ganancias a los empresarios. Esta obra era un arreglo, hecho por Pina, de *Orphé aux enfers*, cuya música, escrita por Offenbach, había hecho furor en París. Aquí la representaron la Checa, la Soriano, la Hueto, la Lola Fernández y la Montañés, Caltañazor, Cubero y Carratalá.

La obra tenía gracia, así es que el público la recibió bien, y la música se hizo popular al poco tiempo.

Junio.—*Antes del baile, en el baile y después del baile*, ju-

guete de Emilio Alvarez y Manuel del Palacio, escrito para Carratalá.

En este mes, con motivo de un beneficio, se representó *El orgullo castigado*, del niño Jesús Rodríguez Cao; se cantó una *Melodía irlandesa*, para voces solas, arreglada y traducida por Barbieri, y la *Cantiga XIV del rey Don Alfonso el Sabio*, perifraseda por Eslava, y que se titula *Esta cantiga e como Sancta Maria gardou o ladrón, que non morese na forca porque a saudaba*.

En el otoño de 1864 se formaron para trabajar alternando en este teatro, dos compañías, una de declamación y otra de zarzuela.

En la primera figuraban: Ceferino Guerra, Emilio Mario, José Calvo, Rosa Tenorio, Leocadia Vila, Agueda Moreno, Lola Fernández, Balbina Valverde, María Bardán, Rafael Calvo y Ramón Cubero.

En la segunda: Salas, Teresa Istúriz, Matilde Esteban, Rosario Hueto, Lola Fernández, María Bardán, Juan Prats, Caltañazor, Orejón, Arderius, Landa, Cubero y Calvet.

Director de la empresa: Gaztambide.

Hicieron: *Vi y vencí*, comedia en tres actos de Moreno Gil, y *De tal palo tal astilla*, zarzuela en un acto de Selgas y Arrieta:

Jácome Trezzo, drama de Tomeo y Benedicto, que se llevó una silba monumental, injustamente, pues aunque la obra tenía sus lunares, no merecía el mal recibimiento que la hizo el público. Nemesio Fernández Cuesta, en sus revistas del *Museo Universal*, confirma nuestra opinión. El título del drama no sirvió siquiera para que el Ayuntamiento reformase la lápida de rotulación de la calle donde vivió aquel artista insigne, y aún sigue, como entonces, formando una sola palabra el nombre con el apellido: *Jacometrezo*. Más suerte tuvo una piececita, estrenada la misma noche, *Sistema homeopático*, de Miguel Pastorfido, que la presentó como original, estando tomada del

italiano, según se declara en la siguiente décima que publicó un periódico:

Con descaro sin igual,
Pastorfido el sistemático,
el *Sistema homeopático*
nos dió por original.
Nos engañó, ¡voto a tal,
este perfido escritor;
Castelvechio es el autor,
y aunque Pastorfido arguya,
la tal comedia es tan suya
como mío *El Trovador*.

Noviembre.—*De la mano a la boca*, comedia en tres actos, de Ricardo Puente y Brañas.

22 de Diciembre.—Gran acontecimiento. Se estrenó *Pan y toros*, zarzuela de Picón y Barbieri, con el siguiente reparto:

Doña Pepita, la Istúriz; *Princesa de Luzán*, la Checa; *la Tirana*, Lola Fernández; *Duquesa*, la Bardán; *Ciega*, la Luján; *Capitán Peñaranda*, Landa; *Goya*, Cubero; *Abate Ciruela*, Caltañazor; *Corregidor Quiñones*, Arderius; *Jovellanos*, Calvet; *Pepe-Hillo*, Salas; *Pedro Romero*, Rochel; *Costillares*, Prieto; *General Peñarrubia*, Jiménez, y *Ciego*, Orejón.

Decoraciones pintadas por Bragaldi, Ramón Romea y Antonio Bravo (1).

El libreto gustó, pero la música produjo una sorpresa de indescriptible satisfacción, pues rompiendo con el italianismo a que nuestros compositores nos tenían acostumbrados, Barbieri apareció escribiendo música genuinamente española y castiza que en seguida encontró eco en nuestros corazones. Ese era el lenguaje musical que el pueblo quería. ¿Cómo se operó la transformación de Barbieri? Hagamos historia.

En 1857 fue nombrado Alcalde-Corregidor de Madrid don

(1) La orquesta de bandurrias y guitarras que salía a escena estaba dirigida por el famoso Manuel Más.

José de Osorio y Silva, Duque de Sexto, amigo y protector de nuestro padre, a quien proporcionó poco tiempo después un destino en el Ayuntamiento, motivo por el cual trabó amistad íntima con el Archivero municipal, D. Wenceslao Muñoz. Era este señor aficionado a la música, y en sus frecuentes conversaciones con nuestro padre, le hubo de avisar que bajo su custodia se hallaba una colección numerosa de *tonadillas* casi desconocidas en el mundo musical, porque no se habían dado a las prensas, y hacía años que no se cantaban en el teatro.

La circunstancia de que nuestra hermana Fanny tocaba regularmente el piano y conocía tal cual las reglas del contrapunto, favoreció la ocasión para conocer y estudiar el hallazgo de las tonadillas, improvisándose con frecuencia deliciosas veladas en nuestra casa, donde, merced a la amabilidad de Muñoz, se tocaron y cantaron aquellos notables modelos de música popular que compusieron Esteve, Laserna, Missou, Villedor y tantos otros a fines del siglo XVIII.

Asistían a estas veladas Soriano Fuertes y Barbieri, quienes, con su buen talento, descubrieron en las tonadillas la base para la restauración del gusto de la música popular, y Barbieri escribió *Pan y toros* aprovechando motivos de aquellas obras, e inspirándose en el gusto y en la factura que las informara. El ensayo le salió a pedir de boca, y decidido a seguir por aquel camino, presentó al Alcalde-Corregidor la siguiente instancia, que de puño y letra del mismo Barbieri se conserva en el Archivo indicado:

«Excmo. Sr.: Hace más de doce años que ocupo todas las horas que me dejan libres mis composiciones musicales en reunir datos y documentos con que escribir y publicar en su día la *Historia del teatro lírico español*. Las dificultades que en mi trabajo encuentro, son tanto mayores, cuanto que, debiendo éste constar de dos partes, una literaria y otra musical, si bien para la primera he podido reunir muchos elementos, para la segunda veo con frecuencia estrellarse mi buen deseo contra la incuria de nuestros antepasados, que nos

legaron escasísimos documentos, y aun éstos mal manuscritos, (que nunca impresos) y faltos casi siempre de los requisitos más indispensables al historiador.

»Afortunadamente, el Excmo Ayuntamiento de Madrid posee en su magnífico Archivo un rico tesoro de documentos históricos y de obras musicales españolas, procedentes de los antiguos coliseos de la *Cruz*, del *Príncipe* y de los *Caños del Peral*; me refiero particularmente a la preciosa y única *colección de tonadillas*, la cual es digna de un particular estudio, y aun de ser publicada aparte de mi proyectada *Historia*; porque estas obritas, además de su mérito artístico, tienen el muy grande de ser un arsenal de cantos populares, y una pintura fiel de las costumbres españolas de su tiempo. Necesito, por lo tanto, examinarlas y estudiarlas con despacio; pero como las horas en que se halla abierto el Archivo del Excelentísimo Ayuntamiento suelen ser las mismas en que yo tengo que atender a mis preferentes trabajos teatrales,

»A V. E. suplico se digne permitirme examinar en el indicado Archivo, y tomar apuntes de todos los documentos que puedan hacer al caso de mi *Historia*, en general, y respecto a las tonadillas, en particular, me otorgue el permiso de que yo pueda traerlas a mi casa, de dos en dos, y siempre bajo recibo, para copiarlas en partitura, y hacer sobre ellas los estudios convenientes. Si para esto último fuera necesario alguna especie de fianza, estoy dispuesto a prestar aquella que permitan mis facultades. Gracia que espero merecer de la bondad e ilustración de V. E. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 23 de Febrero de 1865.—Francisco Asenjo Barbieri.»

La Comisión de Espectáculos informó manifestando que no había inconveniente en permitir a Barbieri que revisase y copiara los documentos que quisiese; pero sin sacar de la dependencia los originales. Barbieri fué al Archivo, que entonces estaba situado en la planta baja de la Primera Casa Consistorial, en las habitaciones a que pertenecen las rejas de la calle Mayor, y a presencia del Archivero, en su despacho, que era la

esquina de la plaza, revisó una por una las 1.700 tonadillas que custodiaba D. Wenceslao Muñoz; allí y entonces se verificó la transformación del genio de aquel compositor, honra y orgullo de la música popular española.

1865.—El 18 de Enero se hizo una función en honor de Calderón de la Barca, representándose *El Alcalde de Zalamea*, refundido por Adelardo López de Ayala. Lo interpretaron la encantadora Rosita Tenorio, la Lola Fernández, no menos encantadora, y la Moreno; Ceferino Guerra, Mario, Cubero, Calvo (Ricardo), Calvet, Jiménez y Orejón: todos pusieron de su parte cuanto pudieron, demostrando el buen deseo que les animaba.

Marzo.—*Los pavos reales*, arreglo del francés, por José Núñez de Tavira, pseudónimo, según decían, de un escritor conocido. La ejecución no dejó nada que desear por la Bardán, la Valverde, la Moreno, Mario, Arderius, Calvo y Rochel.

El día 29 se verificó el beneficio de Emilio Mario, y en su obsequio tomó parte Dardalla haciendo la pieza andaluza *El parto de los montes*. La Srta. Luján cantó unas granadinas, acompañándose a la guitarra, y, finalmente, se estrenó la humorada en varias escenas, escrita expresamente para Mario y Arderius, por Mariano Pina, con el título de *Las plagas de Egipto*.

Abril.—*Los filibusteros*, zarzuela en tres actos, de gusto melodramático, letra de Moreno Gil y música de Moderatti.

Había entrado a formar parte de la compañía el tenor cómico Eugenio Fernández.

Mayo.—Concierto por el pianista portugués, joven de veintidós años, Arturo Napoleón. Tenía la escuela de Gostchal.

Las Amazonas del Tormes, zarzuela de Emilio Alvarez, con música del maestro Rogel.

Concierto por el violinista Carlos Patti, hermano de Adeline. Tocó, con acompañamiento de orquesta: 6.º concierto de Beriot, *Elegie de Erust* y *El Carnaval de Venecia*.

Setiembre.—Nueva empresa con la siguiente compañía:

E. M.—Setiembre 1913.

Teresa Istúriz, Lola Fernández, Teresa Rivas, Antonia Uzal, Consuelo Montañés, Aurora Esquivel, Carolina Luján, Rosendo Dalmau, Emilio Carratalá, Salas, Caltañazor, Juan Prats, Modesto Landa, Francisco Calvet, Francisco Arderius y Juan Orejón. No hicieron campaña de buena suerte hasta fin del año, que el público aplaudió la zarzuela en tres actos *El capitán negrero*, letra de García Gutiérrez y música de Arrieta.

1866. Enero.—*Cuadros mimico-plásticos, históricos, mitológicos y sacros*, dirigidos por Mr. Farriol. Gustaron mucho, sobre todo los modelos femeninos por sus esculturales figuras. Uno de los cuadros que más llamó la atención fue la representación del de *Los Comuneros de Castilla*, de Gisbert.

Febrero.—*La corte del rey Reuma*, pasillo cómico, lírico, fúnebre y alegórico, de Eusebio Blasco y José Rogel, por la Lola Fernández, la Montañés, Arderius y Orejón.

Durante la Cuaresma se hizo una prueba de ensayar el género bufo para pulsar el gusto del público, imitando el humorismo que tan en boga estaba por aquella época en París, y tanta aceptación tenía en *Les Buffes* y en el *Palais Royal*. Arderius fue el iniciador de la empresa, y preciso es confesar que anduvo acertado. Hicieron *Caltañazor y Arderius* o *De Dios nos venga el remedio*, disparate que se aplaudió mucho. Estos dos artistas, dotados de verdadera gracia, hacían juegos de prestidigitación, en broma, y consiguieron imitar, en broma también, algunos de los cuadros plásticos de Mr. Ferriol.

Marzo.—*Los cómicos de la legua*, en cuatro actos, arreglo de *Les folies dramatiques*, por Federico Bardán, con música de Vázquez. El segundo acto, que se titulaba *I feroci romani*, y era una parodia de las óperas, siguió representándose durante muchos años.

El género bufo encajó bien, pues hasta el poeta Gustavo Adolfo Bécquer decía en una revista: «Cuando en todos los terrenos se encuentran tantos motivos para afligirse, no nos parece inoportuna la aparición de una obra (*Los cómicos de la legua*) que sólo aspira a regocijar el ánimo, aunque sea a fuer-

za de disparates, que también tienen su mérito. No todo el que quiere disparata con gracia.»

Aunque adelantemos acontecimientos, viene aquí oportuno dar cuenta de una polémica que en el mes de Setiembre sostuvieron en el periódico político *El Reino*, D. Antonio Vinageras, y Barbieri, atacando aquél y defendiendo éste el género lírico-dramático español. Ocho artículos, no cortos, escribieron cada uno de los contrincantes, aduciendo los argumentos que su ilustración y su ingenio les sugerían, en apoyo de las opuestas opiniones que sustentaban; y nosotros, que hemos aplaudido, sin reservas, la resurrección de la zarzuela en 1849, con la aparición de *El Duende*, nos ponemos de parte del autor de *Jugar con fuego* y *Pan y toros*. Vinageras perseguía el desiderátum de la ópera española, y Barbieri, comprendiendo que esto era una utopía en aquellos tiempos, y lo sigue siendo en los presentes, se contentaba con tener buenos compositores de zarzuela, es decir, de música popular, que, en más modesta esfera, también tiene su mérito.

Arderius no tenía obras preparadas; así es que echó mano de las antiguas, como *El marqués de Caravaca*; *Buenas noches, Sr. D. Simón*; *El estreno de una artista* (para la primera salida de la Carmen Alvarez), y *El Duende*; pero aun así, comprendió que el público acudía al camino por donde se le llamaba, y decidió para el año cómico siguiente plantear el problema, dando la batalla en el teatro de *Varietades*, como verá el lector en el capítulo correspondiente.

El ya célebre trágico italiano Ernesto Rossi apareció en el escenario de la *Zarzuela*, con gran aplauso del público, el 26 de Agosto de 1866, y representó durante todo lo que restaba de mes y parte del siguiente: *Hamlet*, *Otello*, *Kean* o *Genio y desorden*, *El campanero de San Pablo*, *Sullivan*, *Un vicio de educación*, *Los dos sargentos franceses*, *El Cid* (de Corneille) *Francesca da Rimini* y otras obras. El público de Madrid mostró predilección por los actores y actrices italianos, y aplaudía a todos con el mismo entusiasmo. Rossi, que era un

buen ejemplar, a pesar de sus defectos, fue recibido como merecía, y el que escribe estas crónicas contribuyó con sus palmadas al éxito que tuvo en el teatro de la *Zarzuela* el trágico italiano. Una noche interpretó Rossi con la Santoni la tragedia *Orestes*.

Octubre.—Se reformó el teatro pintándole un techo nuevo, en que se pusieron las figuras de Lope y Calderón, que aparecían a la izquierda, como asomados a una balaustrada, y exclamando, según la expresión de un semanario satírico: «Ahí está D. Manuel Catalina; ¡huyamos!» Efectivamente, era don Manuel Catalina el empresario que había formado compañía con Matilde, Teodora, la Zapatero, la Lombía, la Genovés, Oltra, Casañer, Pastrana y Mario. Comenzaron representando *Lo que son mujeres*, de Rojas, en que Matilde hacía el papel de *Serafina* y Teodora el de *Matea*, las dos muy bien; los hombres, regular.

Sueños y realidades, de Antonio Hurtado. Como todo lo suyo, no era ni malo ni sobresaliente.

Noviembre.—*Amor de madre*, drama ya conocido, que salió admirablemente, haciendo Matilde la *madre* y Teodora *Sir Arturo*.

Más vale maña que fuerza, pieza en un acto, de Tamayo, por las dos actrices, Catalina y Casañer. La comedia es lindísima, y los cuatro estuvieron muy felices. Conviene hacer constar la docilidad de Teodora, que se prestaba a desempeñar papeles secundarios al lado de Matilde, y conste, asimismo, que su talento le dió recursos para sostenerse a la altura de la primera dama. Aquí fue donde pudimos apreciar lo que valía Teodora.

Diciembre.—Concierto por la pianista Teresita Carreño. Tocó: Fantasía sobre motivos de *Lucía*, por Listz; otra sobre motivos de *Gli Ugonoti*, por Talberg; *Balada*, de su composición; variaciones de *I Puritani*, por Herz; fantasía sobre motivos de *Guillermo*, para piano y violín, que tocó Monasterio,

y luego, de regalo, tocó un vals de su composición, variaciones de la *Jota aragonesa* y el *Jaleo de Jerez*.

Se estrenó *El sobrino de su tío*, pieza en un acto, arreglada por Ricardo Vega, hijo de D. Ventura. Buen éxito.

En vista de la escasez que había de coristas y actores de zarzuela, Salas abrió en este teatro, el 15 de Enero de 1867, una academia para dar gratis la enseñanza necesaria. Ignoramos el resultado que produjera.

1867. Febrero.—*Los sentidos corporales*, comedia en tres actos, de Bretón de los Herreros, a beneficio de Mario, desempeñada por éste, Matilde, la Lombía, Manuel Catalina, Oltra y Pastrana. No satisfizo a los señores.

Volar sin alas, comedia de Victoriano Sardou, escrita en francés con el título de *Le maison neuve*, traducida por Juan Catalina. No despertó interés, porque al autor se le miraba con cierta prevención en España.

Terminó Catalina su contrato, y vino a la *Zarzuela* una compañía de declamación, formada con Teodora, la Valverde, la Hijosa, Lola Fernández, Carmen Genovés, Victoriano Tamayo (hermano de D. Manuel), Morales, Casañer, Oltra, Alisedo, Mario y Ricardo Zamacois, poniendo en escena la comedia de Eguílaz, en tres actos, *Quiero y no puedo*, que había dado mucho que hablar, y que no gustó.

Mario hizo *El pelo de la dehesa*, de Bretón, y estuvo a gran altura; no lo hemos visto hacer mejor.

Abril.—Aniversario de la muerte de Cervantes. *Los dos camaradas*, fragmento de un drama que dejó sin concluir Ventura de la Vega. Los camaradas eran D. Juan de Austria (Casañer) y Miguel de Cervantes (Morales). Para la representación del fragmento escribió un prólogo dialogado Luis Eguílaz, con el título de *Un hallazgo literario*, y terminó la función con *La hija de Cervantes*, de Hartzenbusch. El mismo día hicieron por la tarde *Don Quijote de la Mancha*, también de Vega, y *El loco de la guardilla*, de Serra y Caballero.

4 de Mayo.—*Un drama nuevo*, drama en tres actos, de don

Joaquín Estébanez, desempeñado por Teodora, Victoriano Tamayo, Oltra, Morales, Casañer, Mario y Alisedo. El autor, D. Manuel Tamayo y Baus, solía ocultar su nombre cuando estrenaba alguna obra, afectando una modestia que todos alabábamos; pero cuidaba de descubrir el secreto, con toda reserva a ciertos amigos que distraidamente lo divulgaban. Emilio Mario, que iba por las tardes un rato al Café Suízo a jugar una partida de billar con Bernardo Rico, el grabador, fue uno de los que se encargaron de hacer correr la noticia. El drama obtuvo un éxito de primer grado, y quedó como modelo en nuestra literatura dramática.

Mayo.—*Don Pedro Calderón*, drama en tres actos, de Patricio Escosura.

Palco modista y coche, de José Picón, por la Valverde, Lola Fernández, la Genovés y la Srta. María Alvarez Tubau, Mario, Morales, Casañer y Alisedo.

El activo Gaztambide formó en Setiembre una compañía doble de declamación y zarzuela para alternar en este teatro, y en el de *Novedades*, que también lo había contratado. En la de declamación tenía a Pepita Hijosa, la Romeral, la Genovés, la Valverde, Lola Fernández y María Alvarez Tubau, Mario, Casañer, Morales y Ricardo Zamacois; en la de zarzuela, la simpática y hermosa Elisa Zamacois, Manuel Sanz, Caltañazor y Landa.

Aprovechaban el repertorio: sin embargo, estrenaron *En casa del gaitero*, comedia en cuatro actos, traducida de la que escribió en francés Victoriano Sardou con el título de *La famille Benoiton*, y más adelante *La comedianta de antaño*, de Patricio Escosura.

Había un cuerpo de baile, a cuyo frente estaba la Conchita Quintero.

La compañía de zarzuela estrenó *Luz y sombra*, en dos actos, de Narciso Serra y Fernández Caballero, por la Zamacois (que hacía el papel de *Aurora*), Sanz, Caltañazor, Landa y Calvet. Gustó mucho.

El bien tardío, segunda parte de *El loco de la guardilla*, también de Serra y también de Caballero; pasó.

A pesar de su enfermedad, Narciso Serra estaba inspirado, pues a fin de año estrenó el precioso sainete *A la puerta del cuartel*, que lo desempeñaron con mucha gracia la Hijosa, Lola Fernández, la Tubau y la Genovés, Caltañazor, Morales, Mario, Casañer, Alisedo y Zamacois.

Las violinistas Julieta y Julia Delepière dieron un concierto.

1868.—*El ángel de la muerte*, drama fantástico, de Teodoro Berrière, traducido por Larra. María Tubau estaba monísima haciendo el papel de *Angel*.

Febrero.—*Galatea*, zarzuela en dos actos, arreglada a la música, de Víctor Massé, por Camprodón y Emilio Alvarez, para que la cantase la hermosa Elisa Zamacois.

La varita de virtudes, zarzuela de magia, por Larra y Gaztambide. Se distinguieron la Zamacois y Lola Fernández.

En Marzo se dieron en este teatro conciertos sacros, vocales e instrumentales.

Marzo.—*La firma del rey*, zarzuela en dos actos, letra y música, respectivamente, de los Sres. D. Mariano y D. Miguel Carreras y González.

Mayo.—Conciertos, dirigidos por Mr. Arbán, en que nos dió a conocer la obertura de *Le poète et le paysan*, de Soupé, y una polka, *Barbe-Bleu*, de Offenbach. Después de los conciertos de Barbieri, Mr. Arbán no hizo gran efecto.

Volvió Rossi a la Zarzuela, apareciendo en su escenario el 25 de Mayo de 1868, con gran aplauso del público. Hizo el repertorio de la otra vez, añadiendo la novedad de poner en escena *La vita e sogno*, que gustó mucho, porque, en honor de la verdad, la representó bien, aunque la traducción, para nosotros los españoles, desmerecía mucho del original. La enérgica frase de *Segismundo*

Cayó del balcón al mar.
¡Vive Dios que pudo ser!

la interpretó Rossi en italiano con esta palabra: *¡Posso!* Y el público no quedó convencido. Cuando terminó la representación, una de las veces que le hicieron salir para recibirle entre bravos y aplausos, se le ocurrió señalar con la mano el retrato de Calderón, pintado en el techo de la sala, y esta galantería le proporcionó otra ovación. Con Rossi estaba de primera actriz la Amalia Casiliri.

El 14 de Junio recitó Rossi, el canto XXV del *Infierno del Dante*, repartiendo previamente entre los espectadores la traducción que de aquellos versos había hecho el Conde de Cheste. No hacemos comentarios.

A fines de Setiembre se abrió la Zarzuela con una compañía de declamación, en que figuraban Teodora, la Dardalla y la Fenoquio, Victoriano Tamayo, Zamora, Parreño, Vallés y Maza; pero los acontecimientos políticos obligaron a la empresa a suspender las funciones.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

EL RENACIMIENTO EN GRANADA

La guerra de Granada fue para el vencedor una escuela militar; en Nápoles debía utilizar lo en ella aprendido. Pero, con ocasión de esta última campaña, los españoles admiraron las formas artísticas italianas; en los monumentos de aquel tiempo se encuentra a menudo el nombre del combatiente Gonzalo de Córdoba. Este, el más grande capitán español, tuvo por última morada una iglesia en construcción de Granada; la parte nueva, su mausoleo, fue allí el primer monumento no sobrepasado luego, de la mutación nacional del estilo en el de Renacimiento. Su idioma, un idioma italiano, hablado por lengua española, repercutió luego en Granada por rica y extensa manera.

Después de la toma de posesión, los conquistadores se encontraron frente al problema de convertir una ciudad musulmana en una ciudad católico-hispánica; sus arquitectos vieron que se inauguraba una época no parecida a ninguna otra y especialmente favorable para el arte moderno que llamaba a las puertas de España. En otras partes, las plazas estaban tomadas, por decirlo así, y los partidarios de lo nuevo tenían que contentarse con apéndices ornamentales y accesorios; aquí estaba todo por hacer y se podían construir edificios completamente nuevos. La herencia morisca en su parte occidental estaba intacta; desde el principio, los nuevos señores trataron

de conservar la Alhambra. Las mezquitas se conservaron también, convirtiéndolas en iglesias; las numerosas puertas de la ciudad, el Bazar (la Alcaicería), el Hospital, magníficas casas en el Albaicín y en la Alcazaba, conservaron durante siglos su fisonomía moruna; como en Sevilla, aún hoy, revelan numerosas parroquias su origen mahometano. Se quiso poner lo nuevo, no sobre las ruinas, sino al lado de lo antiguo. Los españoles se establecieron en la ciudad baja.

Pero cuando se trató de dirigir el gusto en sentido español, no se pudo evitar que se intentase rivalizar con las facultades de la raza morisca, tan seductoras de la fantasía y de la sensibilidad, rivalidad en la que se tomaron muchos rasgos de la arquitectura árabe. El desenfrenado prurito de ornamentación y fantasía pusieron en las formas occidentales como un soplo oriental. Las consecuencias fueron que la ciudad, al cabo de un siglo, ofrecía un conjunto incomparable con sus monumentos mahometano-africanos, cristiano-góticos y moderno-italianos, cuadro en cuya destrucción no ha tenido poca parte el siglo xix.

Ciertamente, las primeras fundaciones de Fernando e Isabel estaban planeadas en el romántico estilo ojival de su época caballeresca; el convento y la iglesia de San Jerónimo, el gran Hospital, las iglesias de Santo Domingo y Santa Isabel en el Albaicín, todas empezadas en el siglo xv; últimamente, la capilla real, obra del genial Enrique de Egas, arquitecto de la catedral de Toledo, dan una idea de lo que la Granada cristiana hubiera debido ser en la imaginación del conquistador. Pero el glorioso estilo gótico-español estaba moribundo; era el último rayo de un sol poniente. Sólo un edificio fue terminado conforme el plan primitivo: la capilla real. Había allí algunos retablos flamencos; pero las grandes piezas decorativas, como el altar y la verja de acceso, tras de la cual se construían las tumbas de mármol, pertenecen ya al nuevo estilo. Y en seguida, en las fundaciones del tiempo de Isabel, aparece la decorativa italiana e imprimen en ella su sello.

La completa victoria no se verificó hasta la tercera década del siglo. En este tiempo, cuando el Emperador aparece en la Alhambra, era ya Granada el más fuerte centro de atracción del nuevo estilo. Burgos, palacio del estilo plateresco, mandaba sus mejores maestros: provisionalmente Philipp Vigarni; definitivamente, Diego Siloe; su amigo Bartolomé Ordóñez hizo el monumento funerario de los padres del Emperador. También había allí italianos, no como arquitectos, sino como escultores; el florentino Domenico Fancelli, el lombardo Niccoló da Corte, contemporáneo de los Porta. La pila del Sagrario fue construída en los años de 1520 a 1522, por Francisco Florentino y Martín Milanés. Al lado de estos extranjeros aparece aislada la figura de un español, al que se descubrió en aquel mismo lugar; y a él tocó en suerte elevar un puro palacio del cinquecento en medio de aquel ambiente morisco-plateresco.

El palacio La Calahorra.

Algún tiempo antes del comienzo de este movimiento se erigió en un apartado rincón de Sierra Nevada un magnífico palacio, el más antiguo monumento del arte puro italiano en aquella región, y el único en su género, pareja española del palacio de Urbino.

Al Este de Granada hay un camino que conduce en ocho horas a la falda Sur de Sierra Jarana, con vistas a la doble cima de Sierra Nevada, hacia la antigua ciudad de Guadix. Desde allí, en tres horas de cabalgar por un valle, se alcanza la vertiente Norte de la Sierra y se ve sobre calva colina un castillo: La Calahorra.

Este nombre se remonta a un período ibérico; es de origen vasco y significa el castillo rojo (de *cala*, castillo, y *gorri*, rojo). En el Norte le encontramos en la ciudad obispal a orillas del Ebro, colonia en otro tiempo de los romanos, con el nombre de Calagurris Nasica o Julia; en la provincia de Valencia existe

un Calahorra de Buedo. El nombre del gran puente de Córdoba proviene de esta voz.

Este castillo, restaurado en 1425-73, en tiempo de los árabes, como en previsión de las luchas que se aproximaban, es una construcción cuadrangular, alta y maciza, de piedra, con cuatro torreones, casi sin adorno alguno, con pequeñas y escasas ventanas en los muros de tres metros de espesor. En tiempo de los moros fue sitio del Emir o Gobernador de la circunscripción del Cenete; este nombre proviene de los caballeros de la provincia marroquí. La circunscripción abarcaba ocho plazas fuertes, cuyos alcaides, con sus caballeros, recorrieron por última vez la llanura durante el largo sitio de Guadix. A la entrega de esta ciudad, el 30 de Diciembre de 1489, todos los pueblos del Nordeste del pie de la Sierra eran de los castellanos.

Si cabalgamos por la llanura, nos sentiremos trasladados a aquellos tiempos; cuatro siglos han pasado por aquel rincón de la Península casi sin dejar huellas. En aquellas llanuras, ricas en aguas, no hay todavía puentes. El caminante tiene que valerse, para vadear, de las espaldas de los mozos. Alrededor de los poblados habitan gitanos y mendigos en cuevas subterráneas, cuyas chimeneas asoman por el césped, haciendo el efecto de cráteres. En las montañas se conservan dólmenes. Y cuando se sale por la estrecha puerta de la ciudad y se sube por los derruidos pasadizos al castillo, se siente el color local del cuento árabe, en el cual los esclavos convierten palacios llenos de lámparas maravillosas en un desierto.

Nos encontramos en un patio ancho, alto, pero sin arcos de herradura, alicatados ni artesonados. Es un patio con dos galerías, arcadas de 24 columnas; las de abajo en Breccia indígena, con sencillos capiteles compuestos, robustecidos en los extremos con haces de columnas; el *piso principal* (1) de mármol blanco, con elegantes capiteles corintios, unidos por balaus-

(1) En español en el original.

tradas y arcos. Ancha escalera de mármol une ambas galerías.

Tras de la serie de columnas, en las paredes, vemos filas de portadas y ventanas, de ornamentación lombarda; por todas partes, hasta en las chimeneas, se repite esta ornamentación. La decorativa, en la mayor parte y en las mejores, es del más rico estilo prerrenacentista, elementos vegetales y filiformes de fina ejecución, con inagotable variedad de motivos. Raras veces encontramos imágenes fantástico-heteróclitas o es puesto el acento en el elemento figurativo. Así vemos en las ventanas reproducciones de los antiguos en tamaño reducido: el Apolo de Belvedere y Ceres, Victoria y Vesta, columnas de candelabros rodeadas de niños danzantes. Sólo en una portada de la galería alta se descubren también imágenes cristianas: la Anunciación, los dos Juanes, Santa Bárbara y Santa Catalina, y entre los arabescos de la coronación la cruz; si bien en el zócalo vemos a Hércules con Anteo, Flora y Baco. Un salmo anuncia: *Adorabo at (sic) sanctum templum tuum in timore tuo* (Ps. 5, 8). Esta portada conducía en otro tiempo a la capilla, de la cual no quedan hoy más que cuatro calvas paredes. A menudo encontramos la inscripción: MARCHIO RODERICVS MENDOZA PRIMVS, y sobre cada columna sus armas: en la parte occidental se lee también: VXORIS MVNVS, con sus armas; en el friso se leen tres salmos (37, 10; 32, 22; 56, 11):

DOMINE ANTE TE OMNE DESIDERIUM
MEUM ET GEMITIS ME A TE NON SIT
ABSCONDITUS FIAT MISERICORDIA TUA
SUPER NOS QUEMADMODUM SUPERAVI-
MUS IN TE MAGNIFICATA EST ENIM
VSQUE AD CÆLOS ET VERITAS TVA IN
ÆTERNVM.

Cuando a la terminación de la campaña, en Mayo de 1492, los Reyes vencedores se trasladaron a Córdoba para celebrar la Pascua de Pentecostés, dejaron a este Mendoza el señorío de Cenete. De allí pasaron a Medina Celi, para asistir a su casa-

miento con Leonor de la Cerda, hija heredera del Duque Luis, por cuyas venas corría la sangre real por parte de su madre Ana de Navarra, hija del desdichado Príncipe Carlos de Viana. Allí concedieron a D. Rodrigo el título de Marqués del Cenete, Grande de España (1). Su renta ascendía a 30.000 ducados.

Este nuevo Marqués era el hijo mayor de D. Pedro de Mendoza, el «Gran Cardenal», y de Doña Mencía de Lemos. Su nombramiento no lo debió menos al feliz resultado de la recientemente terminada guerra que a los servicios del padre, luengos años consejero de la reina. Cuando el Papa Alejandro, que había habitado en el palacio de Mendoza de Guadalajara siendo Legado de Sixto IV, después de la muerte del primer esposo de Lucrecia, concibió el proyecto de una alianza con España ante los candidatos, se encontró también entre los candidatos este valiente bastardo (2). Oviedo tiene una característica de él en sus Quincuagenas (3); encomia su sutil y presto ingenio: y juntamente con las cualidades caballerescas y cortesanas y su arte de vestirse, celebra en él otra cualidad rara en los hombres de su condición: la de ser un buen latino. En un portal del castillo se le este verso:

RARA QUIDEM VIRTUS QUEM NON FORTUNA GUBERNAT.

(1) PEDRRO DE SALAZAR Y MENDOZA: «Crónica de el gran Cardenal de España, D. Pedro Gonçalez de Mendoza», págs. 251 y sig.

(2) ZURITA: Anales de Aragón, V. 153.

(3) Don Rodrigo de Bivar y mendoza, Marques 1.º del Zenete y de Ayora, Conde del Cid y Yedra, q porq fue uno de los mas gentiles ombres de dispusición de su p̄sona q en su tpo obo en españa y de mejor gracia en cualquier cosa q de Cauallo competiese de pie, o de Cauallo y en el q m̄jor y mas agraciadamete se vestía. Excelente latino y de fino, sutil y presto ingenio. Afabel y muy enseñado en todas armas, muy animoso y valiente Cauallero, lo qual mostró auq mançebo en la conquista del Reyno de Granada, y despues muy largamete en el tpo de las Comunidades dela cibdad y Reyno de Valençia, enq siruio mucho al Emp.dor nr. sr. y por causa del Marqs no fue saqada aqlla cibdad y almotete destruyda. (Quinq. 3.ª, estança XVIII.ª, Biblioteca Nac. de Madrid.)

Sandoval ha reproducido en vivas imágenes un episodio de sus últimos años, cuando en los días de la insurrección de los Comuneros se batió en Valencia con los Agermanados, librando a la ciudad del pillaje, a fuerza de valor y de presencia de ánimo (1522). Cuando una tarde volvía de la calle substrayéndose a la encrespada multitud, su esposa murió de terror (1).

No sabemos cómo concebiría el plan de aquel castillo. ¿Fue que quiso rodearse en los días de su descanso con los recuerdos de Italia? Los Mendoza, y especialmente su padre el Cardenal, fueron los primeros españoles que se ocuparon y encariñaron con el arte moderno. Su primo el Conde de Tendilla, Alcaide de la Alhambra, había hecho construir en aquel tiempo el sepulcro del Arzobispo Diego de Mendoza en la Catedral de Sevilla al florentino Michele. Este mismo proporcionó al Emperador para su palacio un maestro de arte italiano.

En Granada había un Banco genovés que hacía sus negocios en la Lonja construída por la ciudad. Quizá estos banqueros proporcionarían al Marqués los contratistas: Lazzaro Pichenoto y Martín Centurione (2).

El edificio fue empezado en 1500, bajo la dirección del maestro Juan García de Pradas, de Granada. La configuración artística del interior fue, sin embargo, dirigida por compañías italianas, parte en Génova y Carrara, parte en en la localidad. Esta división fue motivada por el material. Los bloques de mármol de Carrara (el *album bonum et finum*) fueron trabajados en Italia, pues el transporte del material en bruto hubiera sido demasiado costoso. Son las veinticuatro columnas de la Loggia superior, la balaustrada, la magnífica escalera, las consolas (*peducci*) de las bóvedas, las portadas: el mármol blanco está empleado, en parte, en unión con el Lavagna negro—por

(1) PRUDENCIO DE SANDOVAL: «Historia del Emperador Carlos V». Pamplona, 1534. L, pág. 298.

(2) FEDERICO ALIZERI: «Notizie dei professori del disegno in Liguria.» Vol. V, 75. Génova, 1871.

ejemplo, en las tablitas (*quadreti*) de los arcos.—En Diciembre de 1509 fueron enviados los dibujos y medidas a Centurione, el cual confió la ejecución al maestro (*magister antelami*) Pietro da Gandria de la Verda y a otros dos compañeros suyos: en Carrara fueron luego dirigidos por dos *scurtores marmorum*, Bartolommeo Pelliccia (una familia conocida aun hoy allí) y Gabrielle de' Bertoni.

En cambio, la rica y fina ornamentación de las portadas, ventanas, chimeneas, debía ser ejecutada allí por los italianos.

En efecto; para estas partes bastaba el material del país. Era una piedra calcárea de la Sierra, muy recia, pero de textura impura igual al empleado también en Lombardía con éxito para estos delicados trabajos, como, por ejemplo, en San Lorenzo de Lugano.

El 6 de Junio de 1510 se firmaron los contratos. Eran siete los enviados a España, ligurios y lombardos del lago Lugano. Se obligaron a servir al Marqués en su corte (*in artificio et mesterio suo*), por término de un año, contado desde el día de su partida de Italia, y a marchar en el buque de vela del patrón Thomas Lescari a Cartagena, y de allí directamente a Granada y Calahorra. El precio del pasaje (un ducado por persona) fue descontado de la paga.

Era una compañía de cuatro arquitectos (*magistri de muro y m. antelami*) y tres *laboratores*.

La dirección de estos delicados trabajos escultóricos parece que correspondió a Michele Carlone, muy conocido por sus obras, que aún se conservan en Génova. Su más bella obra en Génova es la portada del Palacio Pallavicini, en la Piazza di Fossatello, del año de 1503, cuyo estilo y motivos recuerda la portada de Calahorra. El 19 de Diciembre de 1509 hizo Centurione, en nombre del Marqués, una paga de 60 ducados a su esposa Giovanna, en Génova.

Dos años más tarde, después de la terminación del nuevo edificio (1.º de Setiembre de 1512), fue encargada una fuente

de mármol para el centro del patio. Allí se reunían las aguas de la lluvia, pues el castillo no poseía fuente alguna. Ejecutada por Pietro y Antonio de Aprilis, consistía en un *trogium truogo*, y una alta taza (*barchile = vasca*) adornada con figuras y relieves. Ha desaparecido, así como toda la ornamentación mueble del castillo; aún en las paredes y los suelos se ven algunos restos de azulejos (de carácter morisco). Los duques del Infantado y Osma, herederos del marqués de Cene-te, dejaron perder todo lo valioso y útil, y los administradores, que probablemente no recibían otra paga que la que ellos se tomaban, hicieron lo demás. El castillo fue, como todos sus congéneres, una víctima del «absentismo»; sin embargo, tuvo suerte pues en otra parte las columnas de mármol se malvendían.

La decorativa del interior de este castillo, en el cual se puso a contribución todos los modelos italianos, debió de ser para los maestros de Granada un verdadero presente de los dioses. Y, por cierto, encontramos, en el primer ensayo de nuevo estilo en Granada, el nombre del arquitecto de Calahorra. Juan García de Pradas fue el que construyó el gran Hospital Real, la puerta del Sur de la capilla real y la parte superior de la lonja (1522).

Allí se ven, en la fachada del Hospital, en pos del Largo del Triunfo, cuatro ventanas de ornamentación extraordinariamente rica y fina (las más bellas, las dos del centro). Consiguen dar al edificio cierto carácter de magnificencia. Estas ventanas cuadrangulares hacen sobre el frente, completamente desprovisto de adornos, más efecto que pudiera hacer un revestimiento de toda la fachada con decorado de pilastras. ¡Finura luego perdida! Ejemplo de lo feliz y elegante de este rico detalle de poco perímetro en una gran superficie sencilla.

Navagero vió el Hospital en construcción, y lo llama *ornatissimo*.

La portada es posterior.

El Palacio del emperador Carlos en la Alhambra.

Este edificio, celebrado en anteriores siglos como aurora del nuevo día, y luego injuriado, debió su nacimiento a un viaje de verano de Carlos V. El sitio, el plano, el estilo y, por último, su trágica suerte, son testimonio del papel que allí jugó el destino.

El Emperador, después de la partida de su real prisionero, se trasladó a Sevilla (11 de Marzo de 1526), donde le esperaba su esposa Isabel de Portugal. Para substraerse a los rigores del estío resolvió trasladarse temporalmente a la ciudad del Genil, con su temperatura templada, por la proximidad de la sierra; la partida se verificó el 18 de Mayo. Se proyectaba más dilatada estancia, pero los acontecimientos, los preparativos de Francisco I, el pillaje de San Pedro y del Vaticano, por Ugo de Moncada, obligaron a los jóvenes monarcas a volver al Norte. La estancia en Granada duró seis meses, del 4 de Junio al 10 de Diciembre, y la mayor parte del tiempo vivieron en la Alhambra. Mucho le gustaban a Carlos las viejas ciudades españolas, pero ninguna le encantó como Granada. «Admiraba la grandeza de la ciudad, la firme situación del castillo y del palacio morisco (1).» Aún cubren la llanura y las colinas innumerables casas de campo con sus fuentes y exuberantes jardines; con ellas, dice NAVAGERO, hubiera podido hacerse una segunda ciudad; pero la decadencia había empezado ya. Carlos creyó permanecer en España más tiempo de lo que en realidad luego pudo estar, por lo que se resolvió a construir en la vieja ciudad un palacio de verano. Debía estar junto al palacio morisco: el principal encanto del proyecto era

(1) Aposentóse en el Alhambra, y como *mirasse con curiosidad los edificios antiguos*, y la fuerza del sitio, y la grandeza del pueblo, si bien de todas las ciudades de sus Reynos mostró tener gran contento, desta, en particular, recibió mucho gusto. SANDOVAL: *Carlos V*, tomo I, página 741.

gozar de éste; así también se evitarían temibles ataques. Sólo se halló un terreno disponible detrás de la plaza de los Aljibes. Por la parte trasera del nuevo palacio, una puerta con escalera debía conducir al primer patio, al patio de la Alberca. Los trabajos empezaron en 1527.

Está muy difundida la creencia de que se destruyeron partes importantes de la antigua residencia; por lo que la ira de los viajeros y poetas ha caído sobre el palacio y su constructor.

Se describía cómo estos pesados muros habían sepultado bajo su masa las ligeras y delicadas construcciones del Oriente; se habla de los caprichos del déspota: «*Caprice imperial, j'allais dire infernal*» (VIARDOT). ¡Y las costas fueron sacadas de impuestos a los moros! ¿Quién tuvo la infame ocurrencia—pregunta EDMUNDO DE AMICIS—de plantar esta *baracca* en el jardín de los Califas? Carlos V. ¡Era un Vándalo! (1). Sin embargo, también se le defiende de estas acusaciones.

«En vano se busca—dice MORENO (2)—en las viejas descripciones de la Alhambra, partes que puedan haber sido destruídas.» Se supone en este lugar un *pendant* de la Torre de los Embajadores; pero NAVAGERO describe sólo una torre, y una mirada sobre el plano demuestra que allí sólo pudo haber una antesala del patio de la Alberca paralela a la Sala de la barca, en su lado Norte.

¿Cómo suponer que Carlos V destruyese una parte valiosa del edificio que tanto le había encantado, y cuyos atractivos le indujeron a construir allí mismo su palacio? A él, que no tomó parte en la lucha, había de estar tan lejos de alimentar exageradas antipatías como el español de hoy. ¿Cómo suponer que él

(1) Nous longeons un monument de l'époque de Charles Quinto, lourd de Style, sans intérêt. P. L. IMBERT, l'Espagne, splendeurs et misères. París, 1875, pág. 113.

(2) MANUEL GOMEZ MORENO: Palacio del emperador Carlos V en la Alhambra. Madrid, 1885.

mismo hiciese lo mismo que reprochó al cabildo de Córdoba cuando presenció el derribo de una parte de la Mezquita para dar cabida a un coro gótico? «Habéis construído—les dijo—lo que vemos en todas partes y destruído lo que era único.»

Es verdad que el palacio no cuadra con la Alhambra. No pudo tener más desemejante vecino que aquel sólido, completamente inopinado cinquecento y aquella construcción de ladrillo, madera y colores, que casi todo ello es ornamentación. Los que protestan se dejan llevar por la impresión de esta desarmonía. No se puede disfrutar de los dos a la vez; además, no se va a Granada para ver lo que ya se ha visto mejor en Verona y Roma.

Por lo demás, hubiera sido una feliz idea del heredero de los reyes moros, poner al viejo palacio, que como irregular fortaleza avanza hacia fuera con sus calvos muros macizos, una entrada llena de carácter con un frontis al estilo del Alcázar de Don Pedro en Sevilla. Tal estilo no era entonces un sueño. Aun en aquel tiempo, los Riberas habían levantado en Sevilla más de uno de sus patios y salas de estilo mudéjar, en los que el gótico y el renaciente eran eslabonados en una especie de cadena morisca; la gran portada del patio de los naranjos de la catedral fué remozada en esta manera tolerante. El arte morisco había suministrado hasta entonces principalmente la ornamentación de las habitaciones de los nobles. Para el mismo Emperador esto tenía cierto encanto: no en vano había habitado en el Alcázar de Sevilla, que fue testigo de sus bodas. También ulteriormente se emplearon en las restauraciones que él emprendió elementos italianos modernos, columnas y ornamentos con un tacto muy apropiado al antiguo carácter.

Que no se intentase nada de esto, lo explican las especiales circunstancias de Granada en aquella época. La oposición entre el carácter morisco y el español estaba entonces allí más tirante que nunca. Ya en 1501, la Reina había prohibido los ajimeces en todas las casas de la población. Durante la au-

sencia del Emperador fueron dictadas, contemporáneamente a la liberación de la Inquisición sobre los moriscos, aquellas irritantes leyes contra el idioma, el traje y hasta la industria de metales nobles con respecto a la raza vencida (1). ¡Cómo hablar, pues, de un empleo de sus alarifes! Los moros eludieron la sanción de la ley imperial por el pago de un nuevo tributo anual de 80.000 ducados; de esta suma, cuya mayor parte se embolsaron los favoritos, destinó Carlos V anualmente 10.000 para su edificio.

El palacio se puede describir en pocas palabras. Una planta cuadrada (63 metros, 174 alto), el piso bajo a la rústica con pilastras dóricas y el principal con pilastras jónicas. El muro es de *piedra franca*, una piedra calcárea, porosa, amarillenta, traída de una cantera de Sancta Pudia situada a una legua. Un entresuelo se revela por la serie de ventanas redondas que corre sobre otra de ventanas cuadrangulares que se repite en el piso superior. Parecen ser un capricho del arquitecto, quizá un eco multiplicado del redondo patio. Las dimensiones de anchura están muy acentuadas y este es el único rasgo que parece sobrevivir de tiempos anteriores. La altura mide menos de una tercera parte de la anchura. En el centro del muro, en toda su altura, figuran grandes portadas con columnas estatuas y relieves de mármol policromo. Estas portadas conducen a ricamente ornamentados vestíbulos, y de allí, por el corredor, al patio. Excepto el lado del Norte, que está pegado a la Alhambra, los otros tres están configurados exactamente lo mismo, y sólo la esquina Noroeste, donde cae la capilla ochavada con la cripta, rompe la simetría. En la ornamentación domina cierta circunspección extraña, dado el gusto español de entonces, y rayana en la sequedad; los adornos de las basamentas de las

(1) Lo quinto, que de allí adelante ningún sastre fuese osado de cortar ropas, *ni platero fabricar obras moriscas*, porque en aquel tiempo, ni se vestían ropas, ni trayan joyas de plata, sino de manera quando eran moros. SANDOVAL, c., t. I, pág. 142.

pilastras de arriba y de las ventanas, son, en su mayor parte, de naturaleza emblemática y heráldica y apenas cuentan en la impresión total. Es lástima que falten los bronceos en las pilastras rústicas, así como los brazos metálicos de los ángulos destinados en otro tiempo a colgar lámparas. Estos diez y seis *manillones* (que empezaban a desaparecer robados) fueron llevados al Museo. Están formados de dos columnas dóricas arqueadas en círculo, basas y capiteles, reuniéndose pendientes de un clavo adornado con cabezas de leones y de águilas. Alrededor del poste corre una banda con la inscripción *PLVS OVLTRE*.

¡Si se hubiera elegido aquel estilo plateresco que en la misma tercera década se adoptó en la ciudad y fue representado por un maestro como Diego de Siloe! El mismo Emperador eligió este estilo diez años más tarde en el Alcázar de Toledo. En la referida circunspección se ha querido ver una anticipación del sobrio estilo que más tarde dominó; sin embargo, el palacio comparado con la inexorable severidad del estilo de Herrera, que no permitía ni siquiera un cambio en los órdenes, aparece rico y alegre (1). Y los incrédulos no pueden negar que aquí aparecen motivos importantes, característicos, por lo menos, uno: el patio circular.

El origen de esta idea en el arquitecto puede presumirse que fuera el recuerdo del anfiteatro. Cuadraba con la clásica asociación de ideas que suscita la inscripción:

IMP. CAES. KAR. V.—P. V.

Este patio estaba destinado a fiestas, carruseles y torneos. Sólo así se comprende su posición un poco embarazosa. En el

(1) Puesto que el palacio durante su tiempo y aun una larga generación fue único, no puede ser una prueba como piensa FERGUSSON: «That Spain wick all the countres of Europe were thending towards that dull uniformity of design which is the painful characteristic of the succeeding century.» *History of modern architecture*. Londres, 1873, pág. 170. Lo mismo de que sea suficientemente original para poderse llamar *purely spanish*.

plano aparece como la parte principal: no queda lugar más que para una fila de habitaciones. Carlos brillaba entonces en todos los juegos caballerescos. En Valladolid, en la gran plaza, el 14 de Marzo de 1518, peleó armado por primera vez a los diez y ocho años, con tal éxito, que se estimó que podía servir de modelo, tanto en el manejo de las armas como en el continente y postura, a los mejores caballeros; se le reconoció luego en las mascaradas. Se lee en el reveliano CAVALLLO «que mató al toro» (1); lo que hace suponer su participación en este deporte nacional, que entonces era muy noble. No hay, pues, que olvidar esta semejanza del patio con la *Plaza de toros*. Después de haber herido el sentimiento nacional en su primera visita, al ser introducido por su acompañante flamenco, dió cada vez más elocuentes muestras de su resolución de españolizarse.

El patio (de 31 metros de diámetro) está rodeado de dos cuerpos circulares, apoyados en columnas, formadas por entablamentos dórico y jónico. Detrás el muro exterior, sobresaliendo sobre el segundo piso interior. Treinta y dos columnas dórico-romanas insertan con otras tantas pilastras a la par una bóveda circular. Detrás del piso superior, con las treinta y dos columnas jónicas, está el ancho corredor que da acceso a las habitaciones. Este corredor no estuvo nunca techado.

La ejecución de este patio costó mucho tiempo, más de medio siglo. El arquitecto Machuca sólo hizo los muros; murió en 1550; le sucedió su hijo Luis. Hasta 1554 no se hicieron pesquisas para proporcionar el mármol de las columnas. Se pensó en el mármol blanco de la sierra de Filabres; pero, dificultades surgidas con los empresarios, inclinó la elección a una especie de nagelfluo de El Turro, en Loja, llamado *pudinga* o *jaspe de almendrón* (2), por su semejanza con la almendra. De 1557 a 1565 (*sic*) dirigió Luis Machuca el edificio. Un modelo de mármol, posterior, había en el Campo del Triunfo, como

(1) En español en el texto.

(2) En español.

sostén de una estatua de la Purísima. La bóveda anular procede del año sesenta; en las dos últimas décadas del siglo empezó Minjares la galería alta, pero no fue terminada hasta 1615. El entablamento es aquí de mármol gris. A pesar de las interrupciones, dilaciones y falta de fondos, el pensamiento del maestro llegó a plena realización, sin ser desfigurado.

Fue una notable circunstancia que en este primer ensayo en suelo español, las tendencias del Renacimiento se hicieran valer con tal claridad. Se cree poder seguir las reflexiones del maestro. Persuadido de que no podía rivalizar con los orientales en su campo, así como también inclinado a la transacción, trató de probar lo que puede la sencillez absoluta. Ningún arco interrumpe la línea circular; ninguna veleidad distrae la ornamentación. El perímetro está formado por una única bóveda anular, sin sección alguna; el piso está adornado por 64 escudos y otros tantos cráneos de animales. Se siente uno como en el panteón, bajo el encanto de este místico poder del círculo, que es como la unión del movimiento perpetuo y del reposo, símbolo o imagen espacial de la eternidad, de la divinidad.

¿En qué cabeza nació el plan? ¿Quién fue aquel *mos transcendent genius*? (1). Con extrañeza oímos un nombre español: PEDRO MACHUCA. Y quizá debió su elección sólo a la casualidad de encontrarse allí. El Emperador tenía prisa; se debía escoger a alguien que estuviese cerca. El Alcaide de la Alhambra, D. Luis Mendoza, Marqués de Mondéjar, Comandeur de Granada, pudo indicar a un hombre hábil que tenía a su servicio, que desempeñaba un modesto cargo en la Administración militar (*escudero de la Capitanía*) y (*receptor de penas de*

(1) Así le llama S. WINBURNE en su *Travels through Spain*, I, páginas 272 y siguientes. Londres, 1775. In this work, he (tiene a Berruguete por el arquitecto) has discovered a most transcendent genius, grandeur of style, and elegance and chartity of design. The unity of this whole pile, but above all, the elegance of this circular court quite transported me with pleasure. En MADDOZ (*Dic. Geogr.*, págs. 531 y 1.847) se lee: «Monumento el más elegante de cuantos se fabricaron en España en la época del restablecimiento de las Bellas Artes.

soldado). Este hombre fue nombrado *maestro de las obras del Alhambra*. Tenía al lado un (*aparejador*), Juan de Marquina, el constructor de la vieja Universidad (1531) y de la iglesia de San Andrés, con su plateresca fachada. A éste siguió Bartolomé Ruiz, el arquitecto de San Mathías, en el mismo estilo. Machuca obtuvo una habitación arriba, de donde el nombre de un jardín, «*el patio de Machuca*», que se conserva todavía, debajo de la plaza de los Aljibes, y la paga de cien ducados, pequeña en comparación con la de otros compañeros de entonces. En el año de 1539 presentó un modelo en madera, que se vió mucho tiempo después en el *Cuarto de las Trazas*. Tres años después envió el Emperador su plano en papel milanés. Murió en el año de 1550.

¿Quién era Machuca? Ningún edificio conocemos de los que él dirigiera; las noticias de su actividad sólo se refieren a consultas; una sola se refiere a un edificio: el Hospital de la Sangre, en Sevilla. Su nombre falta en los numerosos edificios construídos durante su vida. Así se explica que fuera olvidado; aun en nuestros días se creyó que el autor del palacio era el mundial Berruguete. Parece ser, sin embargo, que en su tiempo tuvo renombre, pues un poeta de mitad del siglo, Vicente Espinel, le llama *el gran Machuca*. Los contemporáneos le cuentan entre los pintores. FRANCISCO D'HOLLANDA, que le incluye entre las «águilas», no le enumera en la lista de los arquitectos y ornamentistas, sino entre los pintores, en unión de Berruguete, cuyos trabajos en el coro de Toledo trazó él. También Juan de Butrón (1) y Palomino dicen de él que era un magnífico pintor y arquitecto, que siguió la manera de Rafael. De sus cuadros ninguno ha parecido; sólo se sabe que pintaba, en 1524, retablos, como el de la Capilla del Colegio Mayor

(1) Machuca vivió en Granada; fue gran pintor y arquitecto; hizo en aquella ciudad grandes obras de pintura y arquitectura, y siguió la manera de Rafael. JUAN DE BUTRON: *Discursos apologéticos*. Madrid, 1626, página 122.

Real y juzgó los grotescos de Julio de Aquilés, en la Estufa de la Alhambra. Quizá perteneciera a los «Enciclopedistas».

Como quiera que el palacio no parece la obra de un pintor y diletante, se presenta la cuestión de si no intervino alguien más en la realización del plano; se piensa en algunos italianos ilustrados que siguieron al Emperador a Granada. Entre ellos estaban los venecianos Andrea Navagero, y como nuncio de Clemente VII, el conde Baldassare Castiglione. Este protector de Rafael, entusiasta admirador y conocedor de la arquitectura romana, nos describe directamente cuán celosa y cuidadosamente estudiaba esta clase de antigüedades, midiendo los monumentos y confrontando los escritores. Desdeñaba el estilo «alemán», y era tan acabado purista, que sólo concedía a la arquitectura renacentista italiana un carácter híbrido entre el *goffa* de la época gótica y el romano imperial. El Emperador hablaría con ellos de su proyecto. Castiglione estaba entonces muy en alza; en su primera visita en Madrid (11 de Marzo de 1525) se notó: *fecemi ottima ciera*.

Se hablaría de las grandes esperanzas que el conde había puesto en el Cortigiano de Carlos. El 24 de Junio se encontraba en Granada. Jamás tuvo un nuncio una posición más difícil, «ni una hora de reposo en cuatro años», y es muestra de inusitado tino cuando en la cólera del Emperador y sus consejeros contra Clemente VII no encontró ninguna causa personal de queja, sino al contrario, recibió más honra y amabilidades de las que creía merecer. «Yo sé—escribía al Papa—que nadie, sea quien fuere, que viniese aquí, pudiera merecer más confianza del Emperador que yo» (1 Febrero 1537). Cuando le fue anunciada a aquél su muerte, volvióse a los circunstantes, y dijo: «Sabed que ha muerto uno de los mejores caballeros del mundo.»

En efecto; entre los palacios italianos, en vano buscaríamos un modelo de aquel patio. Si acaso, entre las villas. Su situación y su carácter hubieran podido clasificarle entre éstos. Parece que se buscaba en ellas también una mezcla o combina-

ción de lo cuadrangular con lo redondo y semicircular. Recuérdese la Villa Madama de Clemente VII, que ideó Rafael. El más célebre patio redondo de Caprarola fue destinado, efectivamente, mucho después para un edificio de cinco ángulos (1). El Cortil de San Prieto en Montorio, que nunca se llevó a cabo, estaba ideado como patio redondo dórico, y debía rodear el Tempietto de Bramante. Sin duda, el arquitecto que hizo el palacio que debió estar en Roma pensó en él. La iglesia y el templete fueron fundación de Fernando e Isabel.

Niccoló da Corte.

Lo que el palacio dejaba que desear en poesía ornamental para el gusto de entonces en España, debía ser abundantemente remunerado por obras de gran plástica. Los numerosos nichos en el vestíbulo, en el patio y en el corredor, revelan lo que se había proyectado. Pero sólo en dos portadas llegaron a digna realización las intenciones del arquitecto, y eso gracias a una especial casualidad. Son las más bellas obras de su clase en España.

Hacia el comedio del año treinta se había adelantado tanto, que la portada del Sur pudo ser comenzada. La puerta y los balcones debían ser flanqueados por pares de columnas jónicas y corintias, y los ángulos debían ser adornados con estatuas de mármol; también se habían elegido relieves para el estilobato; abajo, trofeos en piedra oscura; arriba, tablas con divinidades marinas. Machuca bosquejó todo esto, pero no era escultor. Y una conveniente ejecución, sobre todo, de los mármoles alegóricos, en tamaño mayor que el natural, sólo podía esperarse de un escultor que hubiese estudiado en Italia. Una ojeada a las volutas de los cuatro capiteles jónicos del piso bajo

(1) De mediados del siglo XVIII es el gran patio redondo del palacio de Born, un Pavillon de Robert de Cotte (1715-18), que estaba destinado a fiestas.

demuestran cuán poco se dominaban las formas típicas de cada orden.

Las estatuas y relieves, como la arquitectura de la portada, son de mármol *pardo* (1) de Sierra de Elvira; el mármol de Carrara no se empleó hasta más tarde para las esculturas de las portadas, principal y del Oeste (1558). Se las tendría por trabajo italiano si la tradición no mencionase a un flamenco, Antonio del Valle o Deval, que, indudablemente, trabajó en la portada del Oeste. Pero lo que allí hizo revela un artista de segundo orden; sus victorias son imitaciones inferiores de las estatuas de la portada del Sur; y cuando le fueron encargadas las parejas de los relieves de batallas y victorias de Juan de Orea, recibió la orden poco halagadora de limitarse a copiarlos.

Así que fue una feliz casualidad que precisamente por aquel tiempo, en el año 1537, llegase a Granada un italiano, arquitecto y escultor muy solicitado en Génova, y acrisolado en esta clase de obras: Niccoló da Corte.

Nacido en Cima, en el lago Lugano, hijo de Francesco da Corte, parece que aprendió su arte en Milán, y se llamaba asimismo *sculptor et architetur mediolanensés*. Las noticias sobre su vida y obras (2) sólo empiezan cuando se trasladó a Saboya (1529) y Génova. En Saboya se casó con Marietta, hija de Pellegrino di Rolando y de Peretba di Maffeo de Carona, que le acompañó a España y le sobrevivió. Ya su primer trabajo conocido estaba destinado a España: una fuente que ejecutó en colaboración con Antonio Sormano. El mismo año entregó al grupo en terracotta representando un Santo Sepulcro, diez estatuas para los Disciplinantes de Santa María de Castello. La obra suya más antigua que se conserva en Génova es la portada del Palacio Salvago, en la Piazzetta del mismo nombre.

Después aparece en compañía con Gio Giacomo della Porta, hijo de Bartolomeo, de Porlezza, padre del celebre, Guillermo. Según VASARI, fue éste un discípulo de Gobbo de Mi-

(1) En español.

(2) F. ALIZERI, l. c. V. 227.

lán; después se le confundió con el más joven Giacomo, que trabajó para Pío V, y cuya vida describe BAGLIONE (página 80). La obra principal de estos compañeros es uno de los pocos monumentos escultóricos genoveses que han hallado mención en la historia del arte, y el primero en el que se hallan reminiscencias de Miguel Angel: el sepulcro altar de Giuliano Cibo, obispo de Girgenti, siete estatuas en la catedral de Génova. Con este motivo se formó una compañía de tres, por la admisión de Guillermo. La atribución de las estatuas a cada uno de los tres artistas no es fácil; la del Salvador es seguramente de Gian Giacomo; VASARI atribuye el Moisés a Guillermo, al cual también debían asignarse los dos apóstoles; Corte hizo quizá los relieves y la cuadratura.

Como quiera que esta compañía suministró también trabajos para el Estado, como las ventanas para la gran sala (*Aula magna*) del palacio de la Signoría (1532), y probablemente el cimborio de la capilla de San Juan, y especialmente Gian Giacomo algunas estatuas para el palacio de San Giorgio, no faltaron los encargos del extranjero gracias a la protección de los señores genoveses, que siempre salían ganando algún objeto de valor, a modo de corretaje. En su consecuencia, hubo que aumentar el número de socios. En 1538 ascendía ya a nueve *socci*, y cada encargo debía valer a la sociedad o compañía más de un escudo. Tales encargos consistían, en parte, en estatuítas para fuentes de patios y jardines; en piezas ornamentales para palacios, hechas en mármol de Carrara. Un Jano de esta procedencia vemos todavía en Sarzana; estaba destinado para la Piazza de San Ambrogio en Génova.

Entre los parroquianos extranjeros encontramos tres señores de la corte del Emperador, su caballero mayor Juan de Bossu, caballero del Toisón de Oro, al que se suministró en los años de 1533 y 1535 una portada y una Conca al estilo flamenco; el Duque de Alba y el Almirante Don Alvaro de Bazán, Capitán general de las galeras españolas. Todos tres hicieron la campaña de Túnez, y a su vuelta a Italia pararon en Ge-

nova. Pues si bien los contratos otorgaban plenos poderes, sin embargo, se indicaron como modelos para la fuente de Don Alvaro las del Palacio Doria, y para la balaustrada la de la iglesia de San Teodoro. El contrato se firmó el 19 de Abril de 1536 con Gio Pietro de Passallo y Gian Giacomo, a los cuales se agregaron luego su hijo Guillermo y Niccoló da Corte. Pero apenas habían empezado los trabajos cuando Don Alvaro creyó más oportuno hacer venir escultores y pintores italianos a Granada. Dirigióse a Battista di Promontorie de Ferrari, el cual designó a nuestro Niccoló y al pintor Antonio de Seciano. Obligáronse a servir al Almirante en Granada o en otro lugar que éste pudiera designar, y recibieron de momento cada uno de ellos cincuenta escudos de oro imperiales, que se debían considerar como un adelanto de su salario corriente desde el día de su partida (29 Enero y 14 Febrero 1537). Semino permaneció seis años en España, Niccoló no regresó a su patria.

De estos edificios, sin duda importantes, construídos por el Almirante, no ha quedado ni en los monumentos existentes, ni en descripciones o actas nada que nos pueda informar sobre ellos. Parece ser que Niccoló da Corte se ocupó inmediatamente de su llegada, en la Alhambra. ¿Acaso se lo cedió el Almirante al Marqués de Mondéjar para hacer el patio del Emperador? Quizá aquellas fuentes y ornamentos estaban destinados para un palacio en la provincia, donde los Bazán poseían desde la guerra de Granada algunas posesiones. Espero obtener luz sobre este punto, de una visita al célebre palacio de familia de *El Viso*, en la Mancha. Aquí, entre Valdepeñas y Despeñaperros, el más grande de esta raza de héroes marinos, un hijo de nuestro Almirante el Marqués de Santa Cruz, edificó en 1585 una posesión, cuando, ya viejo, cayó en el desfavor de Felipe II, para retirarse a aquella soledad, al Norte de los sombríos muros de Sierra Morena.

Erigió aquella construcción como legado, o mejor, según reza la inscripción de la capilla, como un *ilustre mnemosynon* para los suyos. La idea nació del recuerdo del palacio de An-

drea Doria en Génova (1529). Por cierto que al exterior este famoso templo no tiene nada de ilustre: un muro desnudo de piedra con una sencilla portada del cinquecento; por esto nos sorprende más la impresión que recibimos en el vestíbulo y Cortile. Dos anchas loggias, cubiertas de pinturas al fresco, descansan sobre catorce poderosas columnas. Bajo las bóvedas llenas de grotescas fantasías, y entre historias de dioses y de romanos, y estatuas pintadas, se nos representa la rica epopeya de su tormentosa vida y la historia de España de medio siglo; vistas de las costas del Mediterráneo y del Océano, que recorrió, de las ciudades que rindió ó libertó, de las batallas navales en que triunfó; todo ello con verdad topográfica casi de boletín. Según la tradición, palacio y pinturas eran obra de dos maestros de la Mancha que se formaron en Roma: el hermano Juan y Francisco Perola (1).

Apenas pude descubrir algo allí del antiguo edificio; sólo las ruinas de una fuente de mármol en el desolado jardín pudiera indicar que aquel palacio fue al que dejó su puesto una anterior villa del viejo Bazán.

Sea da ello lo que fuere, está fuera de duda que Niccoló ya en 15 de Noviembre de 1537 había terminado la gran figura de la fama en la esquina derecha de la portada del Sur del palacio de la Alhambra. Fue tasada por Machuca, Siloe y Julio Aquiles en 120 ducados. A ésta siguió pronto la Victoria del otro lado; y en el tímpano un relieve de la Abundancia. Pero luego sobrevino una interrupción de diez años en los trabajos. En el año 1539-41 le hallamos ocupado con las pintoras de un retablo para la iglesia de Gava, por los cuales recibió 52 ducados. Allí firma *Nicolasin* pintor.

La restauración de aquel edificio modelo en 1539 (cuando el Emperador reunió las Cortes en Toledo) y el envío de los planos: la erección de una suntuosa fuente en la entrada del palacio; el encargo de una gran chimenea de mármol en Gé-

(1) PALOMINO: El museo pic. III, 267. PONZ: Viaje XVI, 54 y sig.

nova (todo ello al principio del año cuarenta), parece referirse a una esperada visita de Carlos V.

La fuente dedicada a él bajo la Torre de la Justicia, fue idea del Marqués de Mondéjar, D. Luis de Mendoza. Machuca hizo los dibujos en 1545; su estilo se reconoce en la acentuación de las superficies, en las pilastras dóricas y en los relieves redondos. Pero como quiera que Corte fue el encargado de la piedra (*pedra parda* de Sierra de Elvira), ha de suponerse que también tomó parte en la ejecución. En favor de ello habla su gran práctica en las fuentes monumentales, la elegancia de la ornamentación, el estilo italiano de las figuras.

Una larga superficie cuadrangular de 36 varas de largo y 6 de alto va articulada en seis pilastras dóricas. Entre la segunda y la quinta levántase la fachada de la fuente adosada estrechamente al muro. En la franja inferior, una especie de zócalo con las máscaras burlescas de los ríos Genil, Darro y Beiro como grifos. Pilastras enanas contienen las armas del Alcaide y las Granadas. Encima, en el centro, la tabla con la inscripción, flanqueada por dos dobles volutas y coronada por un semicírculo con las armas del Emperador. A los lados, entre las pilastras, medallones hoy completamente estropeados: Hércules con la Hidra, Frixos y Helle, Apolo y Dafne, Alejandro; con las correspondientes divisas: *Non memorabitur ultra; Imago mystica honoris; A sole fugante fugit; Non sufficit orbis*. En el año de 1624 fue necesaria una restauración, de la que se encargó Alonso de Mena. La gran chimenea fue desarmada en el siglo xvii, con ocasión de una visita de Felipe IV, y convertida en un altar para la mezquita transformada en capilla. Los deformes sátiros fueron destinados al altar, y están allí actualmente como testimonio de las vicisitudes de las ideas en los tiempos y pueblos. Sólo el lascivo relieve de Leda, con dos ninfas, fue retirado a la entrada del corredor.

Hasta el año de 1548 no se llegó a la parte alta de la portada del Sur. El 26 de Octubre se comprometió Nicoló a ejecutar las grandes estatuas y los cuatro relieves del zócalo; él

pidió 1.400 ducados, el alcaide ofreció 1.100, y la resolución fue diferida hasta la tasación definitiva. Ya entonces debía padecer; por lo menos, sus esfuerzos para procurarse un ayudante de Italia, parecen indicar que ya no podía soportar el trabajo en mármol. Ya el 1.º de Mayo y después el 1.º de Noviembre escribió a Génova a Pietro Ponserto que le mandase un *socio e fratello*; prometía dar a éste la mitad de todos sus trabajos con la mitad de la ganancia; últimamente, *una finestra nel palatio real da lambrà di Granata* con lo que se refiere a aquellos trabajos mencionados. Ponserto eligió a Nicoló de'Longhi de Milán, el yerno de Porta, que recibió para él y dos acompañantes (*laborator et famulas*) cincuenta escudos como bolsa de viaje. En efecto, Corte no vió terminada esta «ventana»; murió en el año 1552. La terminación estuvo a cargo del ayudante y vidriero Juan del Campo; la tasación hecha por Siloe y Luis Machuca se elevó a 1.290 ducados.

Las figuras de los ángulos representan los genios de la Historia: mujeres aladas, con grandes tablas leyendo y escribiendo. Los relieves: Robo de Anfitrite, triunfo de Neptuno, Tritones, contienen alusiones a la expedición africana y la conquista de Túnez.

La manera de Nicoló armonizaba con el estilo del palacio; las grandes figuras están concebidas plásticamente y no carecen de grandeza; la estructura algo ancha de las cabezas, las relaciones, las proporciones demuestran conocimiento de la antigüedad; el modelado de los desnudos, estudio de la Naturaleza; los magníficos ropajes, cuyos pliegues están estudiados para producir efecto de lejos, revelan la manera milanesa.

La portada del Oeste fue ejecutada después de la muerte del maestro, pero con arreglo a sus planos, y se terminó en 1563. Difiere mucho de la del Sur; se llega en ella hasta el estilo dórico, y en lo que respecta a la parte alta, el arquitecto de El Escorial, Herrera, dió al maestro Mijares instrucciones (1586-1592). Su rasgo más saliente es el colorido histórico de sus relieves, con las alusiones alegóricas a las grandezas del Empe-

rador en la guerra y en la paz. El relieve de la batalla, con el grupo tomado del fresco de Rafael de la victoria de Ostia, alude a la batalla de Pavía; las mujeres aladas, con las granadas, significan la ciudad; el viejo palacio morisco reverenciando al nuevo señor; los genios quemando las armas; las mujeres con el ramo de oliva en las columnas de Hércules, con la corona imperial, el triunfo de la paz.

La historia de las otras partes del palacio no cae bajo nuestra jurisdicción. Luego prosiguieron los trabajos bajo la administración de los alcaides españoles y en la continuada escasez de dinero de aquel agitado tiempo, que el carácter nacional, mezcla de dura obstinación con flema fatalista, producía. La sublevación de los moriscos (1568) trajo una interrupción de quince años; pero aún se trabajó hasta 1644, en que, por fin, se hizo un silencio de muerte, comparable al de un río del Atlas, cuando muere en las arenas del Sahara.

Lo más absurdo es que lo principal ya estaba hecho, y que solamente faltaba aquello de lo cual dependía la conservación y uso del edificio: la techumbre y la carpintería.

Desde entonces vese allí el alegre palacio italiano con el manto de la decadencia, como un árbol exótico que muere en clima enemigo. Si con los vientos de este siglo no se ha caído a pedazos, se debe a su magnífica construcción y a las condiciones de la atmósfera.

El Emperador no vió su obra, no volvió a Granada. Las vacaciones esperadas en el exuberante llano y en la Sierra Nevada, en medio de los encantos de un pasado extranjero, no pasaron de ser un sueño. Y cuando decayó por la edad, por los desengaños y por los achaques, buscó otro refugio. Quizá allí los recuerdos de este palacio de su juventud le asaltaron cuando, en los solitarios claustros del convento de San Jerónimo, oyese leer el texto del profeta:

«Reyes, que edificáis ruinas.»

CARLOS JUSTI

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPÍTULO III

La idea de que yo podría morir niño se presentaba sin cesar al espíritu de mi madre. Esforzábame en considerarla sin temor, con una fuerza de alma completamente romana. Al poco tiempo de cumplir yo los cinco años, escribió en su diario íntimo las siguientes líneas:

«Si estuviésemos llamados a llorar la muerte prematura del amadísimo niño que tratamos de formar para el cielo, que podamos decirnos que nunca hemos cesado de rogar por él y de cuidar de él. Es fácil, relativamente, cuidar de un niño, y, sin embargo, no estoy a la altura de esta misión. No lo estoy, pero Dios lo está. Fuerte en su fuerza, he comenzado la lucha, perseveraré en ella, y no flaquearé hasta el día en que mi pequeño y yo nos hallemos fuera de toda solicitud terrestre.»

La idea de que ella o yo debíamos salir de este mundo y que nuestra separación estaba próxima, parece haber estado siempre vagamente presente en sus sueños de lo porvenir. Era una convicción persistente que había que discernir con cuidado, pero contra la que había que precaverse.

Sin embargo, hasta mis siete años no se desarrolló la tragedia que cambió todo el curso de nuestra vida de familia. Mi madre hasta entonces había parecido sana y fuerte. Ella mis-

ma había hecho observar a mi padre, que parecía haberle sido negados el dolor y la pena, esos signos distintivos de los discípulos de Cristo. En su último cumpleaños, escribió los fervorosos ruegos siguientes en su diario:

«Señor, perdóname mis pecados pasados y ayúdame a ser fiel en lo futuro. Que este año sea abundante en bendiciones, que sea un año de alegría. Que sea yo siempre humilde, confiada, amante. Que me vea colmada de más bendiciones que en todos los años anteriores. Que sea más feliz como mujer, como madre, como hermana, como escritora, como ama de casa, como amiga.»

Pero un síntoma empezó a alarmarla desde los primeros días de Mayo. Después de haber consultado con un médico local que no le satisfizo, fue a ver a un especialista, que habitaba en uno de los barrios del Norte de Londres, y en quien tenía mucha confianza. Me acuerdo con extraordinaria precisión de esta circunstancia. Me había acostado mi padre, cosa que era ya un acontecimiento digno de observación. Mi cama estaba junto a una ventana que daba a la calle; el antiguo lecho con dosel de mis padres, reliquia del siglo XVIII, impedía verme desde la puerta, pero yo podía ver todo el resto de la habitación. Después de haberme dormido, aquella noche me desperté sin ruido, y me asombró ver dos velas encendidas en la enorme mesa en que mi padre escribía. Estaba preparado un ligero refrigerio. Mientras que yo me preguntaba lo que todo aquello quería decir, se abrió la puerta y entró mi madre. La vi surgir tras las cortinas de la cama, con el sombrero puesto, de vuelta de su visita. Mi padre se levantó precipitadamente, y preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Hubo una pausa, durante la cual mi madre pareció esforzarse en afianzar su voz; luego contestó en tono claro:

—Ha dicho que es...

Y nombró una de las más crueles enfermedades que puedan torturar a nuestra pobre humanidad. Los vi estrecharse en un

silencioso abrazo, y luego cayeron de rodillas, al otro lado de la cama; no los veía allí, pero oí a mi padre elevar la voz y rezar fervorosamente. Ni el uno ni el otro se habían fijado en mí: me callé y me volví a dormir.

A la mañana siguiente, mientras que desayunábamos los tres, recordé la escena de la noche anterior. Con la vista fija en el plato, pregunté con indiferencia: «¿Qué es...?» Y mencioné el mal desconocido, cuyo nombre oí desde mi cama. Como no recibí respuesta, levanté la cabeza para descubrir la causa, y sorprendí que mis padres cambiaban miradas desesperadas. Tenía el sentimiento, no sé cómo, de hallarme en presencia de un misterio que no debía ser revelado; y, aunque torturado por la curiosidad, guardé silencio y nunca volví a hacer la pregunta.

Unos quince días después, mi madre empezó a ir, tres veces por semana, de Islington a Pimlico, para ver a un médico que aplicaba un tratamiento particular a la enfermedad que ella padecía. El viaje la cansaba y la molestaba mucho; pero, para mí, aquel cambio de vida fue excelente. Acompañaba invariablemente a mi madre; y cuando ella se mostraba débil y fatigada, tenía yo el orgullo y la satisfacción de creer que la protegía. El movimiento, el ejercicio, la ocupación disiparon como una nube mis temores morbosos y mis supersticiones. El tratamiento médico al que estaba sometida mi madre era muy doloroso, y ella tenía una naturaleza muy sensible al sufrimiento. Prosiguió su misión evangélica todo el tiempo que pudo, hablando siempre con sus compañeros de camino de cuestiones espirituales. Era admirable que una mujer reservada y digna como era supiera vencer tan completamente su timidez natural. En aquellos últimos meses pocas veces se encontró en un coche del ferrocarril o en un ómnibus sin ofrecer libritos religiosos a las personas sentadas junto a ella o sin tratar de entablar una conversación sobre la eficacia de la sangre de Jesús para purificar el corazón humano de todo pecado. Sus maneras eran tan dulces y tan persuasivas, tenía un

aire tan candoroso, sus facciones delicadas y expresivas se iluminaban con tanta benevolencia, que nunca, a lo que creo, tuvo que sufrir de nadie descortesías ni groserías. En cuanto a mí, hombrecillo siempre dispuesto a la imitación, me inmiscuía a veces en aquellas raras conversaciones, y me llenaba de vanidad oír murmurar alabanzas sobre mi piedad infantil; pero mi madre, muy cuerdamente, las rechazaba por poderme conducir al orgullo espiritual.

Si mis padres, en su deseo de separarse del mundo, habían lamentado que su felicidad les hubiera hecho perder, por decirlo así, el privilegio cristiano de la aflicción, no podían ya quejarse, porque no les fue ahorrada ninguna prueba temporal. Todo pareció ligarse contra ellos, en aquel año fatal de 1856, para alarmarlos y atormentarlos. En los momentos mismos en que la enfermedad contribuía a agotar sus recursos, sus reducidos ingresos, en vez de aumentar, disminuyeron en notable proporción. Simpatízase poco en nuestro mundo de retóricos con los sufrimientos silenciosos de las personas pobres de buena familia, y, sin embargo, ninguna clase merece más piedad y conmiseración. Severamente económicos, celosos, como se era antes de disimular su pobreza (sentimiento bien pasado de moda), escrupulosos hasta el sufrimiento en el pago de proveedores y criados, veíanse obligados a calcular sus gastos con toda la habilidad necesaria en una campaña en país enemigo. Pero ahora, en que necesitaban más que nunca de todos sus recursos, el modesto capital de mi madre desapareció de pronto. Mal aconsejados (mis padres eran niños en estas materias), lo habían puesto en una mina del Cornwall, cuyo ridículo nombre de Mina María se me hizo pronto familiar. Un día, el río Tamar tuvo la ocurrencia de invadir la Mina María, y la desdichada empresa no volvió a dar nada. Por la misma época, aproximadamente, dejó de pagarse una pequeña renta que mi madre había heredado.

Desde entonces, todos los gastos de nuestra casa dependieron de lo que mi padre ganaba con sus libros y conferencias,

en los momentos en que se sentía enervado y abrumado por la inquietud. Tomar dinero a préstamo era contrario a sus principios; de suerte que hubo de pagar exactamente las cuentas del doctor y del farmacéutico, y atender a la casa con muy reducidos recursos. Mis padres hicieron prodigios de economía para no adeudarse; acortaron todos los artículos de gastos: trajes, libros, hasta el jardincillo, orgullo de mi padre, se resentieron de nuestra nueva pobreza. Nuestra comida, que siempre fue sencilla, se hizo espartana, y estoy seguro de que mi madre pretendía a menudo no tener apetito a fin de que quedase con que saciar mi hambre. Afortunadamente, mi padre pudo, en otoño, llevarnos tres semanas a orillas del mar, en el país de Gales, puesto que los gastos de la excursión eran pagados por trabajos profesionales. Así, mi séptimo cumpleaños transcurrió en un éxtasis de felicidad, sobre arenas doradas, bajo un cielo brillante, frente al magnífico Océano azul que, desde horizontes infinitos y vaporosos, venía a estrellarse en la playa. Mi madre, subida en un hueco de las altas rocas, miraba la puesta del sol, y se olvidaba por un instante de su debilidad y del mal que la minaba.

Pero, en Octubre, las penalidades cayeron con más fuerza sobre nosotros. Volvimos a Londres, y por primera vez, desde su boda, se separaron mis padres. Mi madre estaba mucho más débil y le eran imposibles los viajes en ómnibus hasta el Pimlico. Mi padre no podía abandonar su trabajo; mi madre y yo nos vimos obligados a alquilar un piso amueblado muy cerca de la casa del doctor. Yo era ahora el único y continuo compañero de mi madre, el silencioso testigo de sus sufrimientos, de su paciencia, de sus tentativas vanas e ilusorias para obtener un poco de alivio en sus angustias.

Durante cerca de tres meses, respiré aquella atmósfera de dolor; mis ojos no vieron otra luz, mis oídos no oyeron otros sonos, mi cerebro no tuvo otros pensamientos que los que acompañan al sufrimiento y la fatiga física. En mi recuerdo, estas semanas me parecen años de una indecible monotonía. Las ha-

bitaciones estaban desnudas y ostentaban, sin embargo, un lujo de mal gusto. Por los cristales sucios de las ventanas mirábamos, desde un piso segundo, la callejuela sombría, ahogada en una bruma de otoño. Mi padre venía a vernos cuando podía; pero fuera de esto, salvo cuando íbamos por la mañana a casa del médico, o cuando nos servía las comidas, poco apetitosas, una especie de Maritornes, estábamos solos, sin otra ocupación que acechar un alivio momentáneo en los dolores, porque nada más podíamos esperar.

Me es difícil recordar cómo pasábamos aquellas horas interminables. La mayor parte del tiempo leía en alta voz. Hoy, me veo todavía en el pensamiento, con la silla junto a la ventana para leer con mayor felicidad; pero también para no tener siempre ante los ojos aquella querida y paciente criatura que unas veces acallaba sus dolores en el sofá, otras, semejante a una estatua funeraria o a una musa en un monumento, apoyaba la cabeza en sus brazos sobre la chimenea. Leíale diariamente la Biblia, y también (con una paciencia que me parece digna de alabanzas) un libro de un tedio extraordinario: los *Pensamientos sobre el Apocalipsis*, de Newton. Newton se parecía mucho a mi antigua antipatía, Jukes, y mi madre y yo hicimos riendo el pacto siguiente: si leía algunas páginas de los *Pensamientos sobre el Apocalipsis*, se me permitía en recompensa recitar algunos de mis cánticos favoritos. Había uno que le gustaba a ella tanto como a mí. Admirábamos mucho la composición de Toplady, que empieza así:

¡Qué importa que mis débiles párpados se nieguen
A velar continuamente,
Y que en cuanto dan las doce,
Pidan un sueño reparador!

Ahora mismo no puedo recitar esta poesía sin un sentimiento de punzante emoción; pero no sé bien si esto es debido a su propio mérito o a los especialísimos recuerdos que despierta en mí. Aun cuando fuera tan informe como ingeniosa me pa-

rece, esa poesía será siempre para mí un poema sagrado cual ninguno. Recuerdo también con perfecta precisión que cuando levantaba la cabeza, después de haber leído con mi voz aguda:

Autor y fundamento de mi esperanza,
 Tú lo eres, tú que por mi Dios confieso;
 Tú has erigido mi alegre Ebenezar
 Y hasta aquí, reconozco que me has ayudado.
 Pienso en los años transcurridos,
 En que tú te has mostrado mi Defensor;
 No abandonarás en el último momento
 A un pecador amado de manera tan evidente,

oía a mi madre murmurar casi inconscientemente, con los ojos llenos de lágrimas y sus dedos de alabastro cruzados con fervor:

No abandonarás en el último momento
 A un pecador amado de manera tan evidente.

Encontré también por casualidad en nuestra casa de Pimlico, una poesía que ha tenido sobre mi gusto una influencia duradera. Titulábase *The Cameronian's Dreain*, y era su autor un tal James Hyslop, profesor a bordo de un buque de guerra. No sé cómo cayó en mis manos; pero me acuerdo que estaba ilustrada con un grabado en madera, muy borroso, toscamente ejecutado, que representaba un lago rodeado de montañas, con unas tumbas en primer término. Este lúgubre frontispicio ejercía sobre mí una real fascinación y prestaba un sombrío encanto a la balada misma. Al leer aquellos versos medianos, experimenté por primera vez el encanto de lo novelesco, ese aspecto novelesco de la vida que evocan las colinas, los bosques, las costumbres pintorescas de antaño. La estrofa siguiente, por ejemplo, fue una revelación para mí:

Es un sueño de esos siglos de tinieblas y sangre,
 Cuando el asilo del ministro era la montaña y el bosque,
 Cuando en el valle sombrío de Wellwood, el estandarte de Sión
 Ensangrentado y desgarrado yacía en la maleza.

A instancias mías, mi madre consintió en explicarme lo que se trataba, y me contó las desdichas de los Santos escoce- ses, su huída a los lagos y los lugares salvajes y la cruel ma- tanza mientras entonaban «su último canto al Dios Reden- tor». Mi imaginación se exaltó, y la estrofa siguiente, en par- ticular, me pareció lo ideal de lo sublime:

Los mosquetes flameaban, las espadas lanzaban azulados relám-
Los cascos eran hendidos, la sangre roja corría a torrentes, [pagos,
Los cielos se entenebrecían y retumbaba el trueno,
Cuando en las sombrías landas de Wellwood cayeron los valientes.

Veinte años después encontré al único individuo que haya oído hablar nunca del *Cameronian's Dread*. Era Roberto Luis Stevenson, a quien también impresionó de pequeño el poema. Es probable que aquella edición efímera penetrase, aproxima- damente por la misma época, en nuestras piadosas moradas.

A consecuencia de los progresos de su enfermedad, mi ma- dre llegó a no poder dormir sin narcóticos, ni a tomar el me- nor alimento sin ser incorporada y sostenida con almohadas. Era para mí un contento y una agradable distracción que me permitiesen cambiar de sitio las almohadas, ahuecarlas, arre- glarlas, tarea que realizaba sin demasiada torpeza. Los sufri- mientos eran debidos principalmente, a lo que creo, a la vio- lencia de los medicamentos empleados por el doctor, que ensa- yaba en ella un nuevo y fantástico tratamiento. Los que miran de manera pesimista nuestro progreso social, deberían pregun- tarse si podrían aplicarse, en nuestros días, semejantes tormen- tos a una débil enferma, si se permitiría que viviese así, presa de los más horribles dolores, en un piso amueblado, sin una enfermera a su lado, sin otro compañero que un niño de siete años. El tiempo transcurre rápido y ligero, y no nos damos cuenta de lo bueno que nos aporta. Por todas partes, en el sis- tema entero de la vida humana, mejoras, alivios, aplicaciones ingeniosas, inventos benéficos han venido a disminuir la pe- sada carga de las penalidades.

Si fuésemos transportados al mundo de hace solamente cincuenta años, quedaríamos asustados, espantados de los horrores que este paso atrás haría surgir ante nosotros. En ese mismo año de 1856 (un año cuyo recuerdo vive todavía en mí), Sir James Simpson obtuvo el premio Montyon, en recompensa de un descubrimiento sobre el empleo de los anestésicos. ¡Pensad en el alivio que solamente la aplicación del cloroformo ha aportado al sufrimiento humano! Mis primeras experiencias, lo confieso, me hicieron singularmente conocedor, a una edad en que se deben ignorar esas cosas, del manantial de dolores, de angustia, de terror que brota sin cesar bajo los pasos del hombre. Comprendía ya vagamente, en mi alma de niño, el sentido de este misterio de dolor:

Los torrentes de lágrimas se juntan y se amontonan;
Su ruido crece como el trueno.
¡Oh!... ¿en qué seno, me pregunto,
Se derraman todos los dolores de los años?
Porque sólo la Eternidad parece llevar
Cuenta de las lágrimas de toda la humanidad;
Quiera Dios, el Creador y el Padre,
Hallar un lugar para las lágrimas.

(*Athur O'Shanghnesay.*)

Para mi madre fue absolutamente inútil aquel tratamiento salvaje; hubo que abandonarle, y, uno o dos días antes de Navidad, mientras que las frutas estaban amontonadas en los escaparates de las tiendas, y los carniceros interpelaban a los transeúntes ante sus puestos de animales despedazados; mi padre nos llevó en coche a Islington, ambos bien débiles y dolientes. Nuestra enferma soportó bastante bien el viaje, gozando con respirar el aire y señalándome con la mano los brillantes indicios de la fiesta próxima. Pero pagamos caro aquellos minutos de contento: a ruegos de mi madre habían dejado abiertos los cristales del coche; cogió un frío que fue la causa decisiva de su muerte, que ningún remedio podía ya retardar.

Sin embargo, languideció todavía seis semanas; y mientras tanto, yo volví a mi soledad. Asistía ahora a mi madre una mujer práctica, una de las *Santas* de nuestra Capilla, y no me permitían sino cortas visitas a la cabecera de la cama. A fin de que no me viera encerrado todos los días, mi padre, por una suma módica, contrató a un hombre, miembro también de nuestra secta, para que me sacase a dar un paseo todas las mañanas. Este individuo, que se mostraba alternativamente familiar y brutal, era objeto de mi profunda antipatía. Nuestras relaciones se hicieron *forzadas* en toda la extensión de la palabra. Yo estaba obligado a ir a su lado, pero no me creía en la necesidad de hacerme agradable; y, al cabo de un tiempo, cesé de hablarle y de contestar a sus preguntas. Un día, el pobre hombre, que no se divertía nada, encontró un amigo y se paró a charlar con él. Yo consideré que este solo hecho había roto nuestro pacto. Me esquivé con cautela y examiné varios escaparates que me habían prohibido mirar; entré en varios patios para salir en seguida; subí varias escaleras; y, finalmente, llegué a casa tras una deliciosa mañana, sin haberme equivocado de camino una sola vez. Mi guía oficial, muerto de miedo, se había incrustado en la reja de nuestro entresuelo y recorría toda la calle con la mirada. Vino hacia mí en un acceso de rabia furiosa.

—¿Qué significa esto?—exclamó.

Yo me erguí en toda mi estatura, y le grité con voz silbante:

—¡Ciego, conductor de ciego!—Y luego de haber lanzado esta flecha de parto (poco apropiada, pero muy efectiva), me metí en la casa.

Cuando fue seguro que ningún remedio podía evitar ni siquiera retrasar la marcha de mi madre, creo que mi porvenir fue objeto de su mayor preocupación y de su solicitud casi dolorosa. Confió a mi padre que la mayor prueba que asaltaba a su fe era el sentimiento de tener que dejar, sin saber lo que le reservaba el porvenir, al hijo a quien tan celosamente había

educado desde su más tierna infancia para el servicio especial del Señor.

Repetidamente, suplicó tiernamente a mi padre, que a la verdad no lo necesitaba, que cuidase con incesante solicitud de mi bien espiritual. Según se aproximaba su fin, se observó que estaba más tranquila y menos turbada por lo que a mí se refería. El fervor de sus oraciones y de sus esperanzas parecía tener una fuerza eficaz; hubiera sido un pecado dudar de que semejantes súplicas, de que una confianza tan absoluta, tal ardor religioso, una fuerza de voluntad tan grande no serían recompensados con una favorable respuesta del Todopoderoso.

Ahora—decía ella—podía dejarme en manos de su tierno Salvador, o, como lo expresó en otra ocasión, confiado «a las miradas del Dios de la Alianza».

A pesar de su fe tan fuerte y tan sencilla, mi madre no tenía nada de mística. No pretendió nunca tener visiones, no creía en los sueños, ni en los malos presagios; jamás fomentó en ella ni en los otros nada supersticioso o fantástico. Para comprender su estado de espíritu, creo que es necesario tener en cuenta que creía firmemente en la verdad histórica, absoluta e intangible, en un sentido directo y preciso, de todos los hechos relatados en las páginas de la Biblia. Para ella y para mi padre, no había símbolo, ni alegoría, ni alusión en ninguna de las partes de la Escritura, salvo lo que se daba en todas sus letras como parábola o imagen. Llevando esta concepción a sus extremos límites, y no teniendo para nada en cuenta los cambios de tiempo, de lugar, de raza, mis padres leían los consejos a los corintios convertidos, sin ver que lo que era adecuado para los colonos mestizos de Acaya, no se adaptaba sino imperfectamente a los ingleses e inglesas del siglo XIX. Aplicaban el texto bíblico como si no hubiera diferencia entre las circunstancias del festín de Trimaquion y las de una comida de Londres. Paréceme que mis padres estaban desprovistos de imaginación simpática; en todo caso, lo estaba mi padre singularmente; de aquí, en ellos, a pesar de una fe que podía

parecer fanática a muchas personas, una falta absoluta de misticismo. Caían más bien en el extremo opuesto, y profesaban el culto rígido e iconoclasta de la letra.

Encuétrase una curiosa prueba de esto en el interés apasionado que ambos tenían por lo que se llama «la interpretación de las profecías»; y, en particular, por la investigación del sentido oculto de los oráculos que encierra el libro del Apocalipsis. En su estudio imparcial de la Biblia, no consideraban esa serie de visiones solemnes y espléndidas, amenazadoras y oscuras, como cuadros compuestos para excitar la imaginación o como símbolos vagamente dogmáticos. Cuando leían que se habían roto los sellos, que se habían derramado frascos, que la estrella llamada Absinta caía de los cielos, y que los hombres tenían el pelo como pelo de mujer y los dientes como dientes de león, no admitían por un instante que estas brillantes imágenes tuviesen un carácter práctico; eran para ellos hechos reales, expuestos en un lenguaje enigmático, acontecimientos que habían de ocurrir y que se podrían reconocer cuando ocurrieran. La explicación prosaica y positiva de estas maravillas los llevó a estudiar a los Jakes y a los Newton, de cuyos libros tanto gustaban. Tales escritos los ayudaban a discernir, en estas visiones ultraorientales, aplicaciones directas a Napoleón III, al papa Pío IX y al rey del Piamonte, figuras históricas que, por una interpretación evidente para ellos, hallaban bajo los nombres de habitantes de Babilonia y de compañeros de la Bestia Feroz.

Mi padre ha declarado más de una vez, en sus últimos años, que uno de los elementos importantes de su felicidad conyugal había sido su perfecta conformidad de ideas con mi madre sobre la interpretación de las profecías sagradas. Echando una ojeada retrospectiva, me parece que este extraordinario ejercicio intelectual era casi su único esparcimiento, y que en su hogar tenía el puesto que ocupan en las familias mundanas los naipes o el piano. Era una distracción que les sacaba por completo de sí mismos. Durante las melancólicas

semanas pasadas en Pimlico, leí en alta voz otra obra del mismo género que las de Jakes y Newton: las *Horæ Apocalyptica*, de un tal Elliot. Estaba escrita, me parece, en un estilo menos desagradable, y, para mí, menos desesperantemente oscuro. Recuerdo perfectamente que cuando mi madre no podía soportar nada, los argumentos de este libro le hacían olvidar su dolor y exaltaban su espíritu. Elliot veía en todas partes «la arrogancia del Papismo», y creía llegados los últimos días de la Magna Babilonia. A riesgo de que se le juzgue extravagante, permítaseme citar un pasaje del diario de mi padre, escrito en los momentos de la muerte de mi madre. La idea de que Roma estaba condenada a perecer (como no parecía imposible en 1857), impresionaba tanto a mi madre, que dijo él: «Este pensamiento iluminó sus últimas horas, dándole una seguridad que era como la luz de Estrella Matutina, precursora del sol levante.»

Desde nuestra vuelta a Islington, operóse un cambio completo en mis relaciones con mi madre. En Pimlico era yo un personaje muy importante, su compañero, su amigo, su confidente. Desde que volvió ella a la casa, todo parecía conjurarse para separarnos. Por la primera vez de mi vida, no dormía yo en su cuarto, arrullado por sus besos; no veía sus dulces ojos sonreirme con los primeros rayos del sol. Dos veces al día, después del desayuno y antes de acostarme, me llevaban a su cabecera, pero nunca me quedaba solo con ella; otras personas, extrañas a veces, estaban allí. Ya no había charlas íntimas; mi madre estaba a menudo tan débil, que no podía hacer más que acariciarme con la mano. Su tos violenta e incesante me aterraba. Cuando permanecía torpe y tímido junto a su cama tan alta, parecíame no ser más que una criatura insignificante sobre la que flotaba mi madre fuera de mi alcance, y, sin poder decir por qué ni cómo, presentía que todo iba a concluir. Ella no era ya la misma. Su cabeza, tan erguida de ordinario, desfallecía o se hundía en las almohadas, y su grata mirada tan brillante había perdido

todo su brillo. Yo no acertaba a comprender. Pensaba mucho, en la turbación de mi alma infantil, ya en el granero, ya en el frío cuartito al que habían trasladado mi cama, y una cólera inmensa, ciega, contra no sé qué, se apoderó de mi alma.

Los dos lugares que acabo de mencionar eran los únicos que me podían servir de retiro; alguien extraño me daba de vez en cuando lecciones bastante deshilvanadas en la salita. El comedor veíase a menudo frecuentado por señoras que me eran desconocidas de cara y de nombre; damas que acostumbraban a compadecerme y hasta acariciarme; pero yo concluía por sustraerme a sus caricias. Todo me parecía vago e incierto; se me antojaba que estaba en el andén de una estación, en espera del tren. Por añadidura, la presencia de mi padre, siempre nervioso y agitado, cuyo rostro pálido contraía constantemente la ansiedad, aumentaba mi turbación; me puse triste, atontado, como si hubiera perdido mi camino entre una niebla glacial.

Claro está que, si hubiera sido mayor, más hecho, hubiese, tal vez, pensado en él y no en mí. Cuando evoco esas horas trágicas, por él llora ahora mi corazón, por él y por ella, tan singularmente unidos, tan capaces de ayudarse y animarse mutuamente, en una existencia que los rasgos característicos de su naturaleza y de sus ideas cerraban a toda otra fuente de consuelo.

Es un asunto sobre el que no puedo detenerme aquí, pero debo mencionar la calma extraordinaria, la serena y confiada resignación con que mis padres concluyeron por mirar aquel momento terrible. Las palabras no pueden expresar lo que sufrieron, pero ni se rebelaron ni murmuraron; frente ante tal fé, el mismo ateo podría admitir que el milagro victorioso de la gracia fue poderosamente eficaz.

Paréceme casi cruel para la memoria de sus opiniones que las únicas palabras que me vienen al espíritu, y que me parece que definen aproximadamente la actitud de mis padres, hayan brotado de la pluma de un hombre al que ellos, en su falta de

simpatía imaginativa, habían considerado como anatema. Las siguientes líneas, trazadas por John Henri Newman, se aplican de una manera saliente a mi madre en su lecho de muerte: «Todas las pruebas que el mundo impone, y a las que la carne no puede substraerse: penas, dolores, inquietudes, aflicciones, todas estas cosas no pueden turbar la paz y el ardor intenso con que la fe contempla a la Divina Majestad.» La paz, ciertamente, la poseía mi madre, pero no los transportes de una mística. Casi hasta su última hora, solicitada para que confesase su alegría en el Señor, contestó con la rigidez y escrupulosa honradez que llevaba en el análisis de sus sentimientos: «Tengo la paz, pero no la alegría; no puedo entrar en la eternidad con una mentira en los labios.»

Cuando se acercó el fin y se obscureció su espíritu, reunió todas sus fuerzas, y dijo a mi padre: «Me iré con El vestida de blanco. ¿No quieres coger a tu cordero y marchar conmigo?» Turbado por el dolor y la angustia, mi padre no comprendió lo que ella quería decir. Mi madre empezó á agitarse y repitió dos o tres veces: «Toma tu cordero y ven conmigo.» Mi padre comprendió entonces y me empujó hacia ella. La mano de mi madre cayó dulcemente sobre la mía y pareció satisfecha. Así, mi consagración, que empezó en la cuna, fue sellada por la más solemne, la más tierna, la más irresistible de las súplicas, en el lecho de muerte de la más santa y más pura de las mujeres.

¡Pero qué carga, intolerable como la del Atlas, para los hombros de un débil niño!

CAPITULO IV

Ciertamente el año anterior, el séptimo de mi vida, había sido fecundo en desastres. Todavía no he dicho nada de los reveses de fortuna que, a principios de la enfermedad de mi madre, sufrieron sus hermanos. Nunca he sabido al detalle las

causas de su ruina; pero creo que a consecuencia de especulaciones imprudentes de A., para las que E. le había autorizado a servirse de su nombre como garantía, mis dos tíos se vieron obligados a huir de sus acreedores y refugiarse en París. Nosotros también estábamos en la mayor necesidad, y este hecho, tanto más doloroso por el pensamiento de que la abnegación y los sacrificios de su hermana habían sido vanos, aumentaba su aflicción. Sin duda por esta razón, una vez fuera de Inglaterra, dejaron de escribirnos, y hasta nos ocultaron cuidadosamente sus señas; de suerte, que cuando murió mi madre, mi padre no pudo comunicárselo. Cayeron, a lo que creo, en la más profunda indigencia. Poco después supimos la muerte de A.; pero solamente al cabo de quince años, ya al final de su existencia, tuvimos noticias de E. Había conservado la vida gracias a la abnegación de un criado antiguo. Pero su espíritu estaba de tal manera obscurecido, que no se acordaba casi nada de lo pasado. Amables y simpáticos, pero desprovistos de capacidades prácticas, mis tíos estaban absolutamente desarmados para luchar en el mundo; así fue que sucumbieron al primer choque.

Su desaparición en estas circunstancias particulares me dejó sin parientes por parte de madre, en los momentos de morir ésta. Este aislamiento sumió a mi padre en una dolorosa perplejidad. Su sola fuente cierta de recursos, pero que prometía ser fructuosa, era una importante serie de conferencias sobre la historia natural submarina, que se había comprometido a dar en todo el Norte y centro de Inglaterra. Estas conferencias constituían por completo una innovación; nada semejante habíase ofrecido hasta entonces al público provinciano, y el juguete de moda, el acuario marino aumentaba en mucho el aliciente de aquéllas. Mi padre estaba abatido por el peso de las penas y desgracias, pero no aniquilado. En plena posesión de sus facultades intelectuales, su popularidad como escritor estaba en su apogeo. Las conferencias debían empezar en Marzo, y el entierro de mi madre se había efectuado el 18 de

Febrero. Pareció, al pronto, que el estupor causado por un golpe tan terrible le haría incapaz de semejante esfuerzo; pero el aguijón saludable de la necesidad le impulsó a obrar. Necesitaba atender a nuestro sustento, vestirnos y conservar un techo que nos cobijase. ¿No debe el capitán de un barco gobernarle en la tempestad, aunque su mujer se halle muerta en el camarote? Tal era, en la primavera de 1557, la situación de mi padre; debía estimular, instruir, recrear a numerosos auditores, mientras que en el fondo de su corazón sentíase solo y desolado. Necesitaba hacerlo o morir de hambre.

Pero quedaba por resolver una dificultad: ¿qué iba yo a hacer durante aquellos meses de ausencia? Mi padre no podía llevarme con él de fonda en fonda y de salas de conferencias en salas de conferencias; tampoco podía dejarme solo en la casa vacía, como lo hacen ciertas personas con su gato doméstico, contando con los vecinos para alimentarle de cuando en cuando. Este dilema amenazaba ser insoluble, cuando nos vimos sorprendidos con la llegada inesperada de una prima de mi padre, excelente persona a la que apenas conocíamos y que habitaba en el Oeste de Inglaterra. Había oído hablar de nuestras desdichas, y como tenía una numerosa familia en Bristol, ofreció tenerme con ella todo el tiempo que mi padre estuviese en el Norte.

Como mi padre, perplejo ante tanta bondad, vacilase, vino ella misma a Londres, y, en un impulso de su corazón, me llevó a la fuerza. Su amabilidad era completamente espontánea.

Tengo motivos para creer que ya la había demostrado ayudando a cuidar a nuestra querida doliente durante parte de su enfermedad. No estoy seguro, sin embargo, pero recuerdo perfectamente el día en que, sacándome de nuestro frío y desolado hogar, me transportó a su alegre casa de Clifton.

Allí, por primera vez, entre los siete y ocho años de edad, me encontré en compañía de muchachos. Mis primos, si no me equivoco, no eran ya niños, sino muchachos y muchachas consagrados por entero a las más variadas ocupaciones persona-

les, como en una colmena de sana actividad familiar. Todos eran bonísimos conmigo y volví a ser, después de la tensión de aquellos últimos meses, un verdadero niño. Mi larga estancia en casa de mis primos de Clifton hubo de ser deliciosa; he conservado vagamente la impresión de ella, pero no recuerdo sino pocos incidentes.

Mi memoria, tan clara y tan viva respecto a los tiempos de soledad anteriores, se enmaraña y confunde ahora, cuando pienso en aquella casa. Recuerdo ciertas diversiones: por ejemplo, una visita a una casa de fieras y una broma de bastante mal gusto que me gastó el pelícano. Uno de mis primos, estudiante de Medicina, me mostró una vez una pistola y me enseñó a tirar; fumaba en pipa delante de mí y tuve conciencia de un desacuerdo completo entre estas dos cosas, tabaco y arma de fuego, y mi consagración. Mis primas me acostaban por turno, y, cuando hacía frío o tenían prisa, me autorizaban a rezar mis oraciones bajo mantas, en vez de arrodillarme. De esto resultó un nuevo relajamiento espiritual, porque no podía evitar el dormirme antes de concluir los rezos.

En suma, mi visita a Clifton fue un feliz intermedio en mi infancia tan austera. Probablemente, gracias a este intervalo de reposo, pudieron resistir mis nervios los abrumadores sufrimientos de los días anteriores. Mis parientes de Clifton eran sinceramente piadosos, pero de una piedad apacible y razonable, sin frenos de la intensidad y sujeción de nuestra vida religiosa en Islington. Lejos de alentarme, me burlaban suavemente, lo recuerdo, cuando se me ocurría perorar en el galimatías convencional de los «Santos». Durante este período de reposo, breve y encantador, en que viví la vida corriente de un niño, volví en un grado que hubiera desesperado a mi padre, a los pensamientos y al lenguaje de un niño. Así, nada tengo que contar sobre este tiempo feliz, en el que por fin pude respirar. El recuerdo casi borrado de los paseos con mis primos mayores, que se balanceaban como árboles por encima de mí, de las agradables y bulliciosas veladas en la vasta habita-

ción del piso bajo y de las excursiones al campo, que se destacan como otros tantos débiles puntos luminosos, muy pálidos y muy brumosos, son los únicos testimonios de este corto intervalo de alegría, de salud; en él, durante un momento, se permitió a mi alma, tanto tiempo coaccionada, no tener historia.

La infancia dura tan poco, sus impresiones son tan dolorosas y fugitivas, que es tan difícil contarla como dibujar una nube empujada por el viento. Nos parece corta más adelante en la vida, cuando una cadena de plomo arrastra hacia el suelo al pie que acostumbraba a correr con impetuosidad alada, con la ligereza de Mercurio.

Pero en mi recuerdo, mi infancia fue larga, de horas interminables, horas pasadas en la ventana, con mi frente pálida apoyada en el cristal; horas de «juegos» maquinales y solitarios, que habían perdido todo su encanto, y que continuaba por pura inercia. Yo no me sentía ni desgraciado ni irritable, pero el tiempo me parecía largo, largo, largo. Paréceme, cuando me remonto a la época en que volví a nuestra casa, sin madre, de Islington, que el tiempo había cesado de andar. Transcurría verdaderamente un siglo entre cada tic-tac del reloj del vestíbulo. Cuando el lechero venía a nuestra calle gris y lanzaba su siniestro grito ante cada puerta, creía yo que no iba a marcharse nunca. No existía verdaderamente para mí ni pasado ni porvenir, y el presente estaba como sellado en una botella de Leyde. Mis mismos ensueños me parecían interminables y como suspendidos inmóviles en el negro firmamento.

En aquel tiempo, la calle era mi teatro, y pasaba, como ya he dicho, largos momentos apoyado contra la ventana. Siendo todavía el frío de los cristales y el calor febril causado por contraste en las órbitas de mis ojos. De vez en cuando pasaban cosas divertidas; el cebollero era siempre esperado con alegre impaciencia. Aquel digno hombre, un alto jersiaense, huesudo, de voz ronca, aparecía por nuestra calle varias ve-

ces a la semana, con un yugo en los hombros, de cuyos extremos colgaban racimos de cebollas. Acostumbraba a gritar a intervalos regulares, en un diapasón capaz de despertar a los muertos:

He aquí la cuerda
para ahorcar al Papa,
y dos sueldos de queso para ahogarle.

El queso parecía un mito; el jesiaense no vendía más que cebollas. Mi padre no las comía, pero se mostraba amable con aquel terrible individuo de mirada feroz, de largos cabellos colgantes, «a causa de su piadosa actitud respecto al papado»; y le veía a menudo salir a la puerta, tender dos sueldos y rechazar, con cortés ademán, las cebollas que le ofrecían. En cambio, mi padre desaprobaba a un rudo marino, probablemente chiflado, que pasaba siempre por delante de nuestra casa, andando muy lentamente por medio de la calle, vociferando estentóreamente:

¡Velad y rezad... ad,
Noche y día... a!

Esta advertencia melancólica era la única ocupación de su vida. No hacía más que subir y bajar por las calles de Islington, exhortando a todos los habitantes a velar y orar. No recuerdo si el marino se detenía para recoger sueldos, pero creo que a su manera era un evangelista voluntario.

La tragedia de Polichinela era para mí una diversión mayor todavía. Como no se me permitía salir nunca a la calle para meterme entre los espectadores que se agolpaban ante el teatro, y como, además, era extremadamente miope, la impresión que recibía era en general muy vaga; pero cuando, por una dichosa casualidad, se celebraba el espectáculo frente a nuestras ventanas, veía lo suficiente de aquel antiguo drama para estremecerme de terror y de placer. Conmovíanme mucho las querellas intestinas de la familia Polichinela; parecía-me que si la señora Polichinela hubiese tenido más tacto, y si

el señor Polichinela hubiese sabido a veces dominar la violencia de su carácter, habríanse podido evitar muchas desdichas.

Pero el desenlace, el importante desenlace en que se veía aparecer en escena un sér informe y horrible que daba en tierra con el indomable Polichinela, era para mí la salsa de toda la representación. Polichinela, perdiendo su sangre fría, señala con el dedo aquella forma extraña, y murmura con voz chillona: «¿Quién es? ¿Es el carnicero?—No, señor Polichinela—contesta una voz severa.—¿Es el panadero?—No, señor Polichinela.—¿Quién es, pues, entonces?» (Esto lo dice con voz temblona de emoción y de terror.) Oyese entonces un estallido de voz, formidable como la trompeta del juicio final: «Es el diablo, que viene a buscarte para llevarte a los infiernos.» Y Polichinela cae revolcándose en el suelo, como atacado de epilepsia. Todo esto era para mí solemne y delicioso, más de lo que pudiera decir. No me divertía, pero me encontraba excitado y profundamente conmovido, «purificado», según la antigua expresión, por el terror y la piedad.

Otra de mis distracciones, de un género menos dramático, era observar a un singular anciano que descendía lentamente la calle con tambores, flautas, cometas, pelotas de colores colgadas de su cintura, y un saco al hombro. Los chiquillos rodeaban a aquel personaje, que iba repitiendo sin cesar:

«He aquí juguetes
para niños y niñas,
a cambio de monedas de cobre
y monedas de plata.»

No me permitían salir para comprar algo al viejo. Pero a veces se aventuraba a ello nuestra criada, y entonces tenía yo la impresión de que, si no hacía directamente el negocio, por lo menos lo presidía. Desde la estancia, con mis primos de Clifton, había conservado la costumbre de interesarme en el mundo exterior, aunque no fuese más que el mundo vago de nuestra pacífica calle.

Mi padre y yo éramos a la sazón muy amigos. Sentía él, sin duda, la responsabilidad que le incumbía para llenar en lo posible el vacío dejado en mi existencia con la muerte de mi madre. Pasaba yo la mayor parte del tiempo en su gabinete de trabajo, mientras él escribía o dibujaba; y, aunque hablábamos muy poco, creo que cada uno de nosotros se sentía feliz con la presencia del otro. Había en el cuarto dos y a veces tres acuarios, piscinas de agua de mar con paredes de cristal, en las que nadaban y se arrastraban muchos seres; aquello constituía para mí una diversión sin fin, y, a partir de aquella época, fui encargado ocasionalmente de observar las costumbres de los animales, y, más adelante, de dar cuenta de ellas.

Otras veces llevaba un volumen de la *Penny Cyclopedia* hasta el despacho de mi padre, y me sentaba para leer consecutivamente y con el mismo gusto, las materias más diversas correspondientes a las iniciales del tomo: toda información era igualmente bienvenida e igualmente fugitiva. Parece han quedado agarrados a alguna célula del fondo de mi cerebro jirones de aquella instrucción sin sistema, porque de pronto resulta que conozco algún hecho aislado e inútil sobre cosas que únicamente me puede haber proporcionado la Enciclopedia de mi infancia.

Se preguntará cuál era la actitud de mi padre conmigo, y recíprocamente, desde el punto de vista religioso, en la época en que estábamos constantemente juntos. Difícil es responder con precisión a esta pregunta. En lo que concierne a mi padre, creo que la extrema violencia de sus emociones espirituales había cedido el puesto a cierta reacción. No había modificado en nada sus opiniones y estaba dispuesto a llevarlas al extremo con más celo que nunca; pero, por el momento, su naturaleza religiosa, como su naturaleza física, estaba agotada por la ansiedad y las penalidades. Tenía la confianza de que yo no era sino uno con él, es decir, todo lo que esto era posible en un sér tan débil y rudimentario como un niño. Mi madre, en sus últimos momentos, había abogado por nuestra

unión en Dios: nosotros estábamos unidos, decía ella, elegidos entre todos, en una trinidad de fe y de alegría. Había constantemente repetido: «Seremos una sola familia, un solo cántico. ¡Un solo cántico! ¡Una sola familia!» Mi padre, a lo que creo, aceptó esto como una profecía y no dudó un solo instante de nuestra triple unidad. Mi madre, había sencillamente pasado antes que nosotros por la puerta que conduce a un mundo de luz, en donde pronto nos reuniríamos con ella. Allí, todo, todo estaría radiante y lleno de beatitud; pero habría entre nosotros tres un lazo especial, misterioso, de indecible bendición. La espera le pesaba a él; con gusto me hubiera cogido de la mano para ir en seguida a reunirnos con mi madre en las regiones de santidad y de luz, sin continuar más tiempo en esta lucha estéril contra los cuidados del mundo.

Era esto en él una firme convicción, una visión que siempre tenía presente; pero nada podía disipar la natural melancolía de su naturaleza. Dábase cuenta de la tristeza y soledad de su situación, y comprendió que yo también estaba como envuelto por ella. Creo que en esos momentos, su corazón se sintió atraído hacia mí en un inmenso impulso de ternura.

A veces, cuando empezaba a obscurecerse el gabinete de trabajo, impidiéndole sumir provechosamente su mirada en las profundidades del microscopio, sin romper el silencio, me hacía signos de que me acercase, y me estrechaba fuertemente entre sus brazos. Levantaba yo entonces la cabeza y le miraba, inmóvil y perplejo, mientras que sus ojos se bañaban de lágrimas. Mi educación me había dado la facultad de permanecer silencioso hasta un punto sobrenatural, y podíamos permanecer así, sin decir una palabra ni hacer un movimiento, hasta que la obscuridad hubiese invadido el cuarto. Entonces bajábamos pausadamente la escalera, cogidos de la mano, y pasábamos a la sala, en donde estaba encendida la lámpara. Así terminaba nuestra melancólica velada. No creo que en ninguna época de nuestra vida hayamos estado más unidos mi padre y yo como en aquel verano de 1857. Sin embargo,

no hablábamos casi nunca de lo que estaba escondido y como embalsamado en el fondo de nuestros corazones: el pensamiento de nuestra querida ausente.

Mi visita a casa de mis primos había efectuado en mí un cambio considerable. Durante los primeros años de disciplina solitaria, mi inteligencia se había desarrollado a expensas de mis sentimientos. Era inocente, pero insensible. Los largos sufrimientos y la muerte de mi madre me habían enseñado lo que es el dolor, pero seguía rudo y embobado. No tenía idea alguna de las relaciones de los seres humanos entre sí; ignoraba por completo esa filosofía que los niños pobres aprenden en las riñas de la calle, y los niños de padres acomodados en las disputas del cuarto de jugar. En otros términos, no poseía el dón de simpatía; me habían preservado cuidadosamente de ese contagio como del más peligroso de todos los microbios. Ahora, que había disfrutado un poco de la vida corriente de los niños de mi edad, la cosa era diferente. Antes de ir a Clifton, mi vida intelectual era toda interior: una serie de sueños en el aire. Pero ahora sentía ansias de mirar por la ventana, de salir a la calle. La vida humana excitaba en mí una curiosidad completamente nueva. Desde mi puesto de observación en la ventana, veía pasar niños y niñas, con un interés que casi se convertía en envidia.

Mientras tanto, seguía sin tener compañeros de mi edad. En las tardes de verano, obligaba a mi padre a salir; yo mismo tomaba la iniciativa, divirtiéndome en golpear con el pie como impaciente de su irresolución, yendo a buscar su sombrero y su bastón. Concluíamos siempre por salir juntos, de la mano; bajábamos la Caledonian Road con todas sus tiendas hasta Mother Shipton, o bien paseábamos por los jardines y plazoletas bastante elegantes de Copenhagen Street; o, mejor todavía, subíamos hasta el Canal del Regente, y allí, inclinados sobre el puente, observábamos las flotillas de patos que nadaban, y los perrillos blancos que corrían furiosos e impotentes de proa a popa de los barquichuelos, agriamente pintados

de azul y amarillo. Eran momentos felices en que el espectro de la religión dejaba por un instante de ensombrecernos, en que mi padre olvidaba el Apocalipsis y renunciaba a su austera fraseología, y en que nuestras voces, una grave, otra aguda, se animaban con cualquiera chanza infantil o con algún recuerdo divertido; agradables oasis en el árido desierto de nuestra vida espiritual en casa.

Experimentaba como una especie de alivio cuando cantábamos juntos, muy desafinadamente por mi parte. Yo había heredado la naturaleza antimusical de mi madre, que no tenía oído, ni voz, y que decía durante su última enfermedad: «Al fin podré cantar las alabanzas del Señor, lo que se me ha negado en la tierra.» Mi padre, en cambio, tenía ciertos conocimientos de los principios de la música vocal, pero me temo que poco gusto. Era muy aficionado a cantar los cánticos, según la manera adoptada en aquel tiempo por los evangélicos, muy fuerte, y tan lentamente, que acostumbraba yo a contar cuantas palabras podía leer entre cada sílaba. Mi falta de aptitudes no me impedía mostrar mucho celo por estos ejercicios vocales, y cantábamos vigorosamente juntos. Los himnos de los Wesley: *Just as I am without one plea* (Tal como soy, sin ninguna excusa), de Carlota Elliot, y *For ever with the Lord* (Para siempre con el Señor), de James Montgomery, eran sus cánticos favoritos. Yo asentía, pero no los hubiera elegido por mí mismo. Estos cánticos representaban la poesía religiosa conforme a la idea metodista, y servían en aquellos tiempos de Puseyismo para contrarrestar la poesía de la Alta Iglesia, tal como la encontramos en el *Año Cristiano*. De este famoso volumen no vi un ejemplar hasta que fui hombre, y los himnos de Newman, Faber y Neale eran igualmente desconocidos en nuestro círculo.

Desde el principio, quiso mi padre que ignorase por completo la poesía de la Alta Iglesia, que hería profundamente su calvinismo; pensaba que la verdad religiosa podía ser absorbida como la leche materna, aprendiendo cánticos de sana pie-

dad, y, sin embargo, correctamente versificados. Así, pues, mi educación fue dirigida en este sentido. Pero mi espíritu se había rebelado contra algunos de estos cánticos, sobre todo, contra los prodigiosamente numerosos de Horacio Bonar; hasta me había negado malamente a leer el cántico de Bonar: *I heard the voice of Jesus say...* (Oí la voz de Jesús decir...) a mi madre, en la casa de Pimlico. A los siete años empezaba ya a precisarse en mi espíritu una secreta hostilidad contra esta forma particular de efusión religiosa, a la par de una unción infantil completamente ortodoxa.

Experimento cierta dificultad en recordar la clase de instrucción religiosa que por entonces me daba mi padre. Era incesante y estaba fundada sobre el estudio minucioso de la Biblia, en particular de las Epístolas del Nuevo Testamento. Aquel verano, ya muy avanzados mis ocho años, leímos la *Epístola a los hebreos* con mucho cuidado, deteniéndonos a cada momento para que mi padre pudiera explicarla, versículo por versículo. La extraordinaria belleza del estilo, por ejemplo, el ritmo incomparable y las maravillosas imágenes del primer capítulo, hicieron cierta impresión en mi espíritu, y fueron, a lo que creo, una primera iniciación a la magia de la forma literaria. Yo era incapaz de definir lo que sentía, pero ciertamente experimentaba en la garganta una apretura debida a una emoción, de otra parte, únicamente estética, cuando mi padre leía, con su voz, clara y fuerte y bien timbrada, los pasajes siguientes: «Los cielos son la obra de tus manos; perecerán, pero tú quedas; envejecerán como unas vestiduras, los doblarás como un traje y serán cambiados, pero tú, tú eres siempre el mismo y tus años no concluirán.» Las partes dialécticas de la Epístola me intrigaban y desconcertaban. Mi padre no logró poner al nivel de mi comprensión ideas metafísicas como «poseer de nuevo el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas», y «crucificar de nuevo al Hijo de Dios».

La enseñanza de mi padre era casi únicamente doctrinal. No se daba cuenta del valor de una idea negativa, es decir, de

la que, dejando obrar a la Naturaleza, se reserva llenar las lagunas a su tiempo, cuando el espíritu está más maduro. Ni siquiera se contentaba con esas máximas morales que deberían formar la base de toda educación infantil. En su febril deseo de apresurar mi desarrollo espiritual, me nutría de alimentos teológicos que me era imposible digerir. Hubo de tener un día una ligera sospecha de que equivocaba el camino cuando llegó a los capítulos VIII y IX de la *Epístola a los hebreos* en que, dirigiéndose a aquellos lectores suyos que fueron educados bajo la legislación judía y eran esclavos de las formalidades de la ley mosaica, el apóstol combate su peligroso espíritu conservador; magnífico ejemplo de casuística espiritual, pero singularmente poco comprensible para un niño. De pronto tuve un impulso de cólera, y exclamé: «¡Oh, cómo detesto esa Ley!» Mi padre se dió cuenta de mi error, y quedó mudo de asombro al descubrir que tomaba yo la Ley por un sér malo y cruel, cuya tiranía y cuya injusticia abrumaban a otro sér excelente, que pedía su libertad con grandes voces. Hubiera querido dar de puñetazos a la Ley para castigarla, por ser tan vil e insensata.

Después de esto hubo, naturalmente, que volver al punto de partida. Mi padre, sin advertirlo, me había hablado, no como a un niño, sino como a un hombre de su edad; desde entonces trató de ponerse a mi alcáncance, pero sin gran resultado. La armonía del estilo, las divinas audacias oratorias, la abundancia de los argumentos que hacen de la *Epístola a los hebreos* una verdadera maravilla, eran muy superiores a mi inteligencia; no hacían más que turbarme. He oído decir que ciertos niños metodistas de mi generación fueron alimentados con una obra titulada: *Línea tras Línea: Aquí un Poco y allí un Poco*. La ambición de mi padre era demasiado grande para someterse en nada al método que sugiere tal título, y cometió desde su propio punto de vista una falta irreparable, tratando de construir campanarios y torreones sin haberse tomado el trabajo de poner primeramente los cimientos.

No siempre leíamos la *Epístola a los hebreos*, no todos los días se me ponía carne de gallina al oír insistir sobre que «casi todas las cosas están, por la Ley, lavadas en sangre, y que, sin la efusión de sangre, no hay remisión de los pecados». Para distraernos, volvíamos al *Apocalipsis*, y, a través de sus páginas candentes, perseguíamos al fantasma del Pontificado. Mi padre, según creo, sentía de una manera particularmente punzante la ausencia de mi madre cuando estudiaba las profecías.

Este estudio había sido el recreo constante de los dos; ninguna otra persona podía seguir el curioso sendero que se habían trazado juntos en la maraña de los símbolos; pero mi padre se persuadía cada vez más de que yo también estaba iniciado, y tuve poco a poco que tomar parte en todas sus especulaciones e interpretaciones.

Juntos buscábamos cuál era el número de la Bestia que es seis centenas, tres veintenas y seis. Juntos pasábamos revista a las diversas naciones para descubrir si tenían el sello de Babilonia en la frente. Juntos observábamos los espíritus malignos que reunían los reyes de la tierra en el lugar llamado en hebreo Arenageddon. Nuestra unión en estas investigaciones era tan deliciosa, que mi padre no sospechó un instante, como hubiera podido, que yo no comprendía por completo de qué se trataba. En todo caso, no hubiera podido desear un discípulo más dócil y más ferviente de lo que yo era en mis denuncias ardorosas del Pontificado.

Si había en ese primer período de mi vida una institución que detestase y temiera cual ninguna, era la que invariablemente llamábamos la pseudo Iglesia de Roma. Más adelante, he conocido firmes protestantes, bravos antipapistas del condado de Antrim, y también damas que veían la mano de los jesuitas en cada desgracia pública o privada. Era costumbre de un siglo relajado e indiferente mirar con desconfianza a estos entusiastas que, por lo demás, van disminuyendo, y considerar su actitud respecto de Roma como iliberal. En cuanto

a mí, me parece que son todos demasiado suaves, que esas denuncias tienen el defecto de ser demasiado anodinas. No tengo el menor deseo de atacar a la Iglesia de Roma, pero si hay que hacerlo, me parece que los protestantes de nuestros días no saben arreglárselas. En una palabra, según la expresión de lord Chesterfield, estas antipapistas «no entienden nada de su misión». Hacen concesiones sobre concesiones, y se ponen guantes para tocar la cosa maldita.

No nos acercábamos así en aquella época a la Mujer Escarlata; no paliábamos nada, no admitíamos ninguna buena intención; nos servíamos (yo mismo me servía en mi tierna infancia) de frases del siglo XVIII que ya nadie emplea ahora en ningún género de controversia. En mi infancia, cuando pensaba en el Papa de una manera a la vez intensa y vaga, cerraba visiblemente los ojos y apretaba los puños. Saludábamos con alegría todo desorden social en cualquier punto de Italia, por los perjuicios que pudiera sufrir el Papado. Si un carabiniero era malamente herido en un motín en Sassari, dábamos gracias en alta voz porque la libertad comenzaba a lucir en Cerdeña. Si el Gran Duque se libraba de alguna tentativa de asesinato, alzábamos nuestras voces para celebrar la fe y los sufrimientos de nuestros queridos toscanos perseguidos, y el relato apócrifo de algún crimen monstruoso en Nápoles nos revelaba solamente la posibilidad para el Evangelio de hacer sentir su poder. Mi padre, al enterarse por los periódicos de que se emigraba en masa de los Estados del Papa, se alegraba de ver a tantos hombres dejar «los dominios de la Prostituida y alejarse de sus máculas y plagas».

No, la liga protestante puede considerarse como una corporación convencida y activa, pero sus esfuerzos me han parecido siempre tibios, en comparación del ardor de las gentes que formaban parte de mi círculo de antaño. De niño, cualesquiera que fuesen mis dudas, nunca dudé de la corrupción de Roma. No creo que me formara idea alguna del carácter y de las pretensiones o de las prácticas de la Iglesia católica. No sabía en

qué consistía, cuál era su naturaleza; pero la consideraba con vano espanto, como una bestia feroz, cuya única excusa era estar muy vieja y a punto de morir. Cuando recurría a Jukes y a Newton para más detalles, no podía comprender lo que decían, y, en suma, tal vez era mejor.

Es posible que alguien hiciese observar a mi padre lo poco favorables que eran para nuestra salud las condiciones de nuestra vida; sin embargo, dudo de que meditase un consejo de este género. Cuando miro hacia atrás, me sorprende no recordar otras caras que las nuestras. El y yo, ya en su despacho y en medio de las anémonas y estrellas del mar, ya en el puente del canal, unas veces en nuestras comidas mediocres, como podían serlo las de un viudo soñador servido por una criada modesta; otras veces examinando bajo la lámpara los mapas que nos gustaban tanto... es todo lo que veo; ninguna otra persona hay con nosotros. Mi padre advirtió que esta soledad de los dos no era buena para ninguno de nosotros, o bien, algún visitante inesperado, o uno de los Santos que nos veían en nuestra sala el domingo por la mañana, sugirió la idea de que sólo una influencia femenina podría colorear un poco mis mejillas pálidas... No sé; el caso fue que un día, a fines del verano, vi pararse a nuestra puerta un coche de punto, y depositar, con varios bultos, a un personaje que hicieron subir al despacho de mi padre y bajar después al piso bajo, en donde me lo presentaron.

Miss Marks (así me tomé la libertad de llamarla) ha formado tanto tiempo parte de mi vida, que debo interrumpir mi relato para describirla. Era alta, bastante descarnada, con pómulos salientes; sus dientes eran prominentes y muy blancos; sus ojos, de un azul de porcelana, estaban siempre muy abiertos sobre su interlocutor; la punta de su nariz tenía una tendencia a enrojecer. Su manera de hablar era clara, franca y simpática; pero la ejercitaba poco, porque era bastante taciturna. Agitada y tímida, no tenía nada de distinción particular, y me figuro que no era por completo lo que se llama una

lady. Me pareció muy vieja, pero es probable que en la época que la conocí no tuviera más de cuarenta y cinco primaveras. Miss Marks era huérfana, y vivía únicamente de su trabajo; sin estar a la altura de los exámenes que se exigen en nuestros días, tenía, sin embargo, cierta experiencia pedagógica, y se preparaba a cumplir concienzudamente y con arreglo a sus fuerzas sus deberes de institutriz. Mi padre me dijo que como tal institutriz entraba ella a formar parte de la casa. No me dijo, pero lo descubrí poco a poco yo mismo, que había de desempeñar también las funciones de ama de llaves.

Miss Marks era una individualidad algo grotesca, y podría fácilmente ser descrita como una especie de excéntrica a lo Dickens, como una especie de Madame Pipehin y de Miss Sally Brass. Confieso que más adelante, cuando leí *Dombey e hijo*, ciertos rasgos de la señora Pipehin me recordaron irresistiblemente a mi excelente institutriz de antaño. Puedo imaginarme a Miss Marks diciendo, pero por broma, que los niños que refunfuñan no pueden ir al cielo; sin embargo, me siento en seguida avergonzado de este paralelo, porque mi amiga, de rostro descarnado, era esencialmente una buena mujer, ni inteligente ni graciosa, pero deseosa ante todo de cumplir con su deber. Su deber conmigo lo realizó ciertamente, y temo no haberla demostrado todo el reconocimiento que merecía. Desde el principio fui indiferente a sus deseos y, en cuanto la cosa era posible, ignoré su existencia. No tenía ella el dón de acaparar mi atención; y si la acepté como guía en el sendero del conocimiento, fue porque, por raro que pueda parecer, me gustaba realmente la instrucción. Soporté su compañía sin objeciones y, a pesar de algunos accesos de cólera de una y otra parte, nos entendimos lo mejor del mundo durante varios años. Sin embargo, jamás sometí mi voluntad propia a los deseos de Miss Marks.

En nuestro círculo de familia, ocupaba un puesto tan preponderante el elemento religioso, que no es posible guardar silencio sobre lo que en otras circunstancias parecería poco im-

portante: las ideas teológicas de Miss Marks. Nunca he sabido cómo mi padre descubrió aquella excelente persona ni de qué empresa pedagógica la había sacado en la flor de la edad; pero ella acostumbraba a decirnos que «sus ojos se habían abierto», que «las escamas» habían caído, gracias a las exhortaciones de mi padre. Desde que éste le hubo expuesto sus principios religiosos, ella los aceptó implícitamente, sin reserva alguna. Miss Marks tenía la costumbre, al acostarme, de hacer obscuras alusiones a los incidentes de su vida pasada, que fue, me temo, muy desgraciada. No creo ofender a su inteligencia, bastante limitada, diciendo que estaba dispuesta a tragarse cuanto mi padre la dijese, pues de tal modo se sentía feliz, pobre criatura gastada antes de la edad, de hallarse al fin en una posición confortable o, por lo menos, independiente. Dobló pronto la rodilla con satisfacción (si es que hizo nunca la menor resistencia) en la casa de Rimmon, y aprendió a repetir con notable facilidad las fórmulas corrientes. No ejerció mucha influencia sobre mi desarrollo religioso. Una luz vacilante, como la que podía arrojar la lamparilla teológica de Miss Marks, palidecía ante el fanal deslumbrador que hacía brillar para mí la fe de mi padre.

En cuanto Miss Marks se estableció en la familia, nos dejó mi padre para hacer una expedición, respecto a la que se excitó mi curiosidad; pero para no satisfacerse más adelante. Había ido al Sur del Devonshire, a una parte de la costa que conocía desde hacía tiempo. Allí alquiló un caballo y recorrió así el país hasta que hubo visto un lugar de su agrado en donde un especulador construía una casa de campo. Nada iguala al valor de estos hombres que viven en reclusión. Mi padre se apeó del caballo, lo ató a la verja, entró y tomó la casa en arrendamiento por noventa y nueve años. No necesito decir que había hecho de todo esto el objeto de sus más ardientes plegarias y suplicado al Señor que le dirigiese. Cuando se sintió atraído por aquella casa, no dudó un instante de que el Señor había contestado a su demanda; así fue que no perdió el

tiempo en tomar informes o en pesar el pro y el contra. El día en que cumplí los ocho años, después de un viaje fatigoso, llegamos al Devonshire con armas y bagajes, y dejé de ser un niño ciudadano.

EDMUNDO GOSSE

(Continuad.)

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

IV

Paseo a la colina francesa.

Como los arroyos no estaban nunca a más de unas treinta millas, se iba a ellos a pie, desde Dawson, a eso de las seis de la tarde. Cada cual cargaba con arreglo a sus fuerzas y a sus medios. La noche, o por lo menos el anochecer, porque nunca era por completo noche cerrada, no se presentaba hasta las doce, y, para recorrer las marismas durante millas, preferíamos salir al atardecer que andar en medio del calor y el polvo.

A los diez días de mi llegada, salí de Dawson para hacer mi primera excursión a las minas. Quería llegar al arroyo *Eldorado*, situado a cincuenta millas. Marché con dos compañeros a las cinco de la tarde, impaciente por ver al fin extraer oro del suelo. Pero casi me arrepentí del viaje. En San Francisco había llevado, durante años, la vida ociosa y despreocupada de un hombre de mundo, y, por lo tanto, estaba mal preparado para semejante fatiga, aunque gozase de una buena salud y una constitución robusta. Atravesamos el Clondic a dos millas de Dawson en una barca podrida. Desde allí tuvi-

mos que chapotear en el fango y entre *cabezas de negros*. Llámense así unas prominencias de musgo negruzco que emergen del cieno y se alzan sobre el suelo pantanoso.

Aquellas *cabezas de negros* estaban entre sí a tan cortas distancias, que se podía pasar fácilmente de una a otra; pero eran tan blandas y resbaladizas, que a cada momento se corría el riesgo de poner el pie en falso y caer de rodillas o de espaldas en el agua fangosa. Por exceso de prudencia o por ignorancia, llevaba yo todavía el calzado ligero de San Francisco, por no haberme podido acostumbrar aún a las botas de goma que suben hasta las caderas, que se usaban en Dawson. ¡Pensad cómo iría yo por aquel suelo con zapatos charolados y pantalón de vestir! Parecía más bien un lechuguino que un minero o aprendiz de minero. Rendido, hecho una lástima de sucio, me senté para descansar en la *Road house*, núm. 60, del Bonanza, es decir, a cosa de la mitad del camino, y contemplé a los mineros que marchaban silenciosos con su carga. En aquel país se habla poco; no se ríe más. La vida es harto dura, y se siente uno demasiado lejos de los suyos para tener ganas de fiestas.

Un hombre llevaba a la espalda dos sacos de harina, que bien pesarían cien libras los dos. Otro, además de un saco de harina, llevaba una estufita del Yukon, provista de dos tubos; una provisión de jamón, café y azúcar; un pico, una pala, un hacha, un hornillo y un par de mantas. Lo había previsto todo y habíase equipado de manera que no tuviese nada que temer del azar. Parecía así un arbusto andando. Pensé, al mirarles pasar, que aquellas gentes, si no podían disponer de la suerte, hacían por lo menos todo lo humanamente posible para que les fuese favorable; y, al verles caminar sin quejarse bajo su carga de Titanes, mientras que yo, que no tenía que llevar sino mi persona, me lamentaba y renegaba contra la suerte, me avergoncé de mi debilidad, eché a andar tras ellos reanudando la marcha animosamente. Una vez más el ejemplo valía más que el consejo.

A media noche llegábamos a las *Grandes Horquillas*, una aldehuela situada en la confluencia de Eldorado y del Bonanza, dos de los ríos principales que contienen oro. Después de haber comido copiosamente, me tumbé en el colchón y las mantas que habían de servirme de cama. Los que le habían ocupado antes que yo se habían olvidado ciertamente de quitarse los zapatos; además, no todos adoptaron la misma posición, y los unos habían puesto los pies donde sus predecesores pusieron la cabeza. Resultaba de esto, que lo que debía servirme de almohada estaba lleno de manchas de barro seco, tan variadas de forma como de aspecto, fuertemente adheridas a la manta negra. No sé si aquella manta tuvo alguna vez otro color. Estaba tan cansado y me dolían tanto las piernas, debido sin duda a los esfuerzos que tuve que hacer para librarlas del fango en que se me metían y de las *cabezas de negros*, que no pude gustar un momento de reposo. No hacía más que dar vueltas. Unos ruidos, el sonido de un violín y el estrépito que hacían al bailar unos hombres y mujeres medio ebrios, contribuyeron a tenerme despierto hasta la mañana. Mi primera noche pasada en las minas no era para entusiasmarme.

A las seis, estábamos todos de pie y bajábamos la escalera carcomida. Abajo nos esperaba un buen desayuno, compuesto de café, carne y patatas. Chispeaba el sol, y, a pesar de mi cansancio, me sentía alegre y ligero. La Naturaleza parecía sonreírnos, y reanudamos de prisa nuestra marcha hacia Eldorado. Al cabo de una o dos horas, llegábamos al término de nuestro viaje. Me puse en seguida, ayudado por dos hombres, provistos de picos y palas, a examinar con atención la mina que había ido a visitar. En otros tiempos, en las minas de la Nevada y de California había adquirido cierto conocimiento en la materia. Así fue que antes de transcurrir la mañana, me convencí de la inutilidad de continuar el trabajo; la mina estaba agotada. Lo comuniqué en seguida a mis compañeros y me dispuse a obrar en consecuencia. He de añadir que aquel

mismo terreno fue vendido a otro individuo recién llegado, en cincuenta mil dólares, suma que, perdió por completo, y a la que hay que adicionar los gastos que le ocasionó semejante compra. Ocurrió a menudo, que personas ignorantes que no hicieron las investigaciones necesarias, colocaron así fondos en propiedades mineras de ningún valor.

Después de un almuerzo abundante, compuesto de jamón, judías y café, acompañados de pan fresco, el señor Rogers y yo hicimos la ascensión de la Colina Francesa, queriendo darnos cuenta de los procedimientos empleados para la extracción del oro, que se encontraba, cosa curiosa, en la cumbre. Rogers me presentó al señor Templetón, un hombre gordo, de pelo negro y mirada viva. Fumaba un cigarro que debía de haberle costado un dólar, y, con los brazos desnudos, removía un *rocker*, especie de tamiz móvil, mientras que otros dos hombres traían lodo en unas angarillas, y cubos de agua destinados a llenar la cubeta que contenía el *rocker*. Templetón me miraba con desconfianza, mientras que yo examinaba curiosamente una docena de hombres calzados con sus gruesas botas de goma, que laboraban el suelo para extraer lodo encarnado que lavaban en un segundo *rocker*.

—¿Quién es ese Linch?—preguntó en voz baja Rogers.

—Uno que ha llegado de San Francisco. Tiene dinero y trata de colocar fondos en el país. Puede usted dejarle ver lo que está haciendo. No dirá nada a los agentes.

Comprendí entonces que no siempre se pagaba el derecho del diez por ciento que pesaba sobre la extracción del oro al por mayor, y que había en la región agentes encargados de vigilar. Al saber que venía de San Francisco, me volvió a estrechar la mano cordialmente.

Después levantó la tapadera de un *rocker* bajo el que el oro estaba en pedazos de dimensión muy variable; desde trocitos a bloques enormes de diez dólares de peso. Sacó de su bolsillo un canto que había encontrado un cuarto de hora antes en un *rocker*, y me dijo que pesaba cincuenta y cinco dólares.

—¿Cuánto tiene usted ahí?—pregunté tendiendo la mano hacia el rocker.

—Aquí—dijo—cuento unos quinientos dólares.

—¿Y todo lo han recogido ustedes tres?

—Nosotros tres, sí; dos hombres y yo, desde esta mañana. El lodo no es gran cosa hoy; pero si quiere venir hasta mi barraca, le enseñaré algo.

Templeton, Rogers y yo, nos dirigimos a la cabaña próxima. Observé que, aunque la puerta estaba cerrada, no había vestigios de llave ni cerradura. Los primeros exploradores que llegaron al Clondic no pensaron en cerraduras, y éstas no formaban parte del equipo de los mineros.

Era una cabaña bastante toscamente construída con troncos de árboles al natural; en el piso había un jergón de paja con un par de mantas sucias; la estufita del Yunkon estaba llena de grasa; en la mesa, hecha con dos tablas mal unidas, había unos cuantos platos de estaño sin fregar. Dos banquillos, fabricados evidentemente allí, completaban aquel mueblaje primitivo. Pero en una mesita había cajas de cigarros que se vendían a un dólar uno en Dawson, y en un rincón vi un barrilito de scotch whisky, que bien valía cincuenta dólares el galón.

Templeton nos sirvió de beber y nos ofreció un cigarro. Después abrió un armario tan desprovisto de cerradura como la puerta, y dijo:

—¿Qué piensa usted qué es esto?

Y diciendo así, ponía en la mesita tres sacos de piel llenos de polvo de oro.

—¿Y qué opina usted de esto?

Y sacaba de debajo de la cama, para ponerla junto a los sacos, una de esas cajitas que contienen cinco libras de café molido, y que ahora encerraba cincuenta libras de oro en polvo.

—¿Y de esto?—añadió desapareciendo en un rincón tras de la puerta, de donde volvió con una vasija de una cabida de cinco galones, cubierta por un saco de tela.

—Vengan a ayudarme—dijo con una sonrisita de satisfacción.

Fuimos necesarios los tres para poner la vasija en la mesa al lado de los otros tesoros. Estaba llena en sus dos terceras partes, y debía de pesar más de doscientas libras.

—¿Cuánto tiene usted?—preguntó Rogers.

—Aproximadamente, setenta y cinco mil dólares.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted trabajando?

—Cuatro meses. Al principio tenía tres hombres conmigo, pero ahora tengo seis. Espero sacar todavía cincuenta mil dólares antes de los grandes fríos de Setiembre. Pero la mina de oro estará al terminar. No tiene más que cien pies cuadrados.

—¿Cuánto le ha costado a usted?—Nada—contestó Templeton sonriendo.—La alquilé a fines de Abril, y me puse al trabajo en seguida.

Setenta y cinco mil dólares en cuatro meses, y la perspectiva de hallar todavía cincuenta mil, todo por nada, tenía que ser, en verdad, el cielo para aquellos desdichados.

Fascinado, miraba yo como en sueños el oro amarillo allí amontonado, mientras que Templeton, dejando desbordar una alegría bien natural, mostrábase ahora tan abierto como reservado se presentó al principio. Los hombres son poco inclinados a disimular su riqueza. Aquél no había recibido ninguna educación, y no poseyó nunca hasta entonces mil dólares. Su triunfo me pareció merecido, porque había desafiado en tales condiciones lo desconocido de aquellos climas lejanos.

Nos invitó a almorzar; pero otra ojeada dirigida a su vajilla me hizo declinar su invitación, por respetable que me pareciese la hospitalidad de aquel hombre sin cultura. Volvió a su rocker fumándose otro cigarro de un dólar, mientras que nosotros bajábamos de la colina para llegar a Eldorado. Aunque era tarde, mi cansancio había desaparecido, y antes que pasar otra noche sobre mantas llenas de lodo en la hospedería de aquel lugar, preferí ir hasta Dawson, adonde llegamos muy tarde.

Yo estaba contento de mi viaje. Había perdido unas minas, pero sabía dónde encontrar otras. Además, la excursión me había servido para probar mis fuerzas, y no estaba descontento del resultado. Dormí profundamente, soñando con sacos y vasijas llenos de oro puestas en la mesa de un minero, entre vajillas sucias, con ventanas polvorientas y puertas sin cerradura.

V

Dawson.—Otoño de 1898.

De vuelta de mi excursión a Eldorado, comprendí que aún no tenía la suficiente experiencia en minas para confiarme en la materia a mi solo juicio. Por lo tanto, pensé que lo mejor era permanecer todavía algún tiempo en Dawson, a fin de adquirir poco a poco los conocimientos necesarios. Me puse, pues, en busca de algo en que ocuparme en la población. Ahora bien; acababa de llegar de San Miguel un cargamento de provisiones, cuyos destinatarios se negaban a recibir, a causa de una falta o de un error en la ejecución del contrato.

Por lo general, no se pagaba al contado el importe de un transporte; un Banco adelantaba el dinero y guardaba las mercancías en fianza. Pero las compañías de comercio regulares, que tenían un servicio particular de barcos y se proveían de géneros directamente, no querían comprar a ningún precio. Tenían interés en procurar que no hubiese importaciones directas. El dinero era raro, y la tasa se elevaba al diez por ciento mensual. Así, pues, se presentaban pocos compradores.

Concluí por comprar yo toda la harina—cinco mil sacos de cincuenta libras,—a razón de cinco dólares el saco. Como el precio corriente era de ocho dólares, parecía ser un buen negocio. Pero cuando tomé posesión de la harina, no encontré ni local para almacenarla. Y aquella montaña de sacos se alzaba sobre la arena, mal cubierta por unos toldos viejos y expuesta

a la lluvia y a los ladrones. Para preservarla de estos últimos contraté dos hombres, uno para el día y otro para la noche, que debían hacer guardias de doce horas, a razón de un dólar por hora. Pero la lluvia y muy pronto la nieve no tardaron en llegar. El frío aumentaba de día en día. Mi situación se hacía difícil, y empecé a lamentar el no haber pensado más mi marcha a Dawson, o, por lo menos, haber meditado seriamente antes de cargarme con tanta harina, sobre el empleo que pudiera darla. Después de contemplar mis sacos amontonados cerca de la orilla fangosa del río, con su vigilante de un dólar por hora, me alejé dirigiéndome a mí mismo tristes censuras.

Esta deliciosa situación duraba ya varios días, cuando me encontré a Judge Wood, de Seattle. Tenía un terreno, pero no almacén. Yo podía construir un almacén, pero no tenía terreno. Nos fue fácil entendernos. Su terreno estaba lejos de la calle principal y se encontraba en pleno aguazal; en realidad, era el aguazal mismo; pero así habría más seguridad en caso de incendio. Para llegar a mi almacén, tuve que construir un camino que, aunque no pasaba de doscientos cincuenta pies de longitud, me costó quinientos dólares.

Las gentes se reían de verme construir a tal distancia. Pero, como no podía asegurarme, quería en absoluto no tener ningún riesgo que correr. No había ido al Clondic para arder. En quince días el camino estuvo en condiciones, y el almacén dispuesto para recibir mercancías. Faltaba ahora transportar a él la preciosa harina. Un carro con dos caballos y un carretero costaba, por lo menos, setenta y cinco o cien dólares al día. El pienso de los caballos subía a treinta centos la libra, y una mala jaca siempre valía de seiscientos a setecientos dólares. Así fue que, para no dejar en el bolsillo de los carreteros los pocos fondos que me quedaban, compré unos tirantes y me puse yo mismo a arrastrar el carro. Así, al cabo de un mes, en vez de ser, como lo esperaba, un buscador de oro, libre e independiente, no era más que un mal comerciante, con una enorme cantidad de género por vender. Y no había nadie que me desemba-

razara de ellos, porque no tenía más que harina, y los mineros necesitaban otras muchas cosas. Pero en aquel país las decisiones se toman pronto. Se está tan lejos, y los veranos son tan cortos, que los hombres concluyen los asuntos rápidamente sin vacilar. No tardé en comprender que, si quería hacer negocio, necesitaba vender otros géneros al mismo tiempo que mi harina. Los que me la habían vendido en subasta tenían aún otros artículos del mismo género. Les compre todo cuanto poseían de arroz, judías, tocino y avena.

Lo transporté todo a mi almacén y, como todavía quedaba sitio, me puse a prestar dinero al cinco y al diez por ciento sobre los géneros que otras personas quisieran almacenar con los míos. En pocos días el local estaba lleno. Tomé a un viejo de portero, y me encontré ocupado todo el día. Como no había, naturalmente, compañías de seguros, toda mi fortuna se hallaba entre aquellas cuatro paredes. Pero yo había hecho cuanto podía hacer. Es bastante raro que, en aquel país de hielo y nieve, se necesite guardarse bastantemente del fuego, que constituye allí el mayor de los peligros. El largo verano había secado la madera verde, y el calor muy fuerte de las estufas se escapaba por tubos muy delgados. El aire, en invierno, aunque muy frío, era muy seco y, aunque las paredes estuviesen recubiertas de una capa de nieve de cinco pies, una chispa que se escapara de la gastada chimenea y cayese en el tejado, hubiera hecho brotar al instante una llama capaz de envolver todo el edificio y hacerle arder como un puñado de piñas, tanto más, cuanto que el tejado, en el orificio de la chimenea, estaba cubierto de arena y musgo, y el calor en ese sitio hacía fundir la nieve, y el musgo completamente seco era doblemente peligroso.

Los días disminuían gradualmente, y las noches iban haciéndose más largas y más frías. El 14 de Setiembre vimos caer en Dawson la primera nieve de aquel año de 1898. Esto estimuló a todo el mundo, y la actividad redobló. Al día siguiente, ante los mostradores de la *Alaska Commercial Com-*

pany, agolpábase la gente llegada de las minas para encargar sus provisiones de invierno.

Proveíanse todos en Setiembre de cuanto necesitaban para pasar el invierno, y, por lo general, no pagaban hasta Mayo o Junio del año siguiente, cuando el deshielo permitía al minero lavar el oro extraído durante el invierno y desembarazarle del fango.

Todas las tardes, hombres cargados con pesados paquetes salían de Dawson en gran número, subían la colina escarpada y la bajaban por el lado del Este, en donde se encuentra el paso del Clondic. Muy pocos llevaban perros consigo, menos todavía caballos. Todo sér viviente, hombre o animal, iba cargado hasta no poder más. No había perezosos en el Clondic, y no existían sanatorios para las personas fatigadas o sin energías. Todo el mundo tenía en el espíritu la idea constante de que era preciso obrar, atreverse, recobrar el tiempo y el dinero perdidos durante el largo viaje.

Todos los días llegaban viajeros que habían errado durante un año y algunas veces más, en busca de oro. Eran, en su mayoría, canadienses llegados por el Pocurpín o por los grandes lagos. Invernaron en el camino, y, agotadas desde hacía mucho tiempo sus provisiones, vivieron de la caza y de la pesca. Llegaban a Dawson sin un céntimo, sin sombrero, sin zapatos, habiendo perdido todo menos la esperanza. Eran guapos, mocetones, frescos, alegres, sanos, que pensaban que si realizaban un día su propósito, quedarían bien resarcidos de sus penas y fatigas. Llegaban un día a Dawson; al siguiente se les encontraba a quince millas de allí, en los riachuelos, buscando resueltamente en las minas trabajo, que se les daba en seguida. Pertenecían a esa raza de exploradores y constructores, canadienses, franceses o *cannayens*, en su mayoría, que han abierto el Noroeste y que harán un imperio de ese inmenso desierto.

Las noches iban siendo duras. Pronto tuvimos escarcha. Los rayos del sol, aunque todavía brillantes, eran más débiles

y atravesaban con dificultad una cortina de brumas. Los días se acortaban con asombrosa rapidez, y empezamos a comprender lo que es un día de invierno en las regiones árticas. Sobre el Yukon flotaban lentamente témpanos pequeños. Nos decían que los ríos estaban completamente helados. Las hojas de los árboles parecían cambiar de color todos los días, y por momentos se marchitaba su belleza en la atmósfera picante, aunque todavía soleada. En los flancos de las colinas, los helechos y las flores se quebraban y perecían. El frío las quemaba y hacía del paisaje una de esas landas escocesas con las que, a la verdad, tiene el Clondic mucho parecido.

Había numerosas especies de helechos, preciosísimos, de grandes hojas, alargadas y delicadas. Las aves empezaban a desaparecer, y llegaba el momento de la emigración al Sur, de los patos y gamos. El pájaro más esparcido era el pitirrojo, que, bastante sociable, trinaba en las malezas. Eran, en Dawson, lo que las palomas de Venecia, y se peleaban en las calles ante un grano de trigo caído. En el invierno siguiente, cuando habitaba yo en mi casita de la mina, entraban atrevidamente por la puerta abierta, y venían a picotear a mi alrededor hasta que me veían levantarme de la silla. El hambre los domesticaba.

El suelo comenzaba a crujir bajo los pies y a hacerse resbaladizo para el calzado de cuero.

Un día, al ir por la calle, vi a un hombre que, con una barra de hierro, estaba abriendo un agujero que alcanzaba ya una profundidad de unos cinco pies. Me paré.

—¿Para qué es ese agujero?—pregunté.

—Para poner un poste telegráfico—contestó el hombre.

—Y ¿por qué no emplea usted un pico, en vez de esa barra tan pesada?

—Porque el suelo está helado.

—¿Cómo helado tan cerca de la superficie?

—Así es. Y un pico me serviría como una caña. Mire usted.

Y golpeó la tierra negra y parecida al sílex con la punta de la barra, lo que hizo que brotase chispas.

—Dentro de diez minutos—añadió—tendré que llevar la barra a un herrero para que la arregle. Este suelo helado es más duro que el granito.

Comprendí entonces: a cuatro pies de la superficie el suelo estaba helado, por la acción de los siglos pasados, hasta enormes profundidades. Con esto podría uno darse cuenta del poder ilimitado de la Naturaleza.

Los días iban siendo cada vez más cortos, y los hielos más numerosos en el río. Hacía tiempo que se había marchado el último barco por el río, y el 22 de Setiembre se alejó el último de los que tomaban el camino de los lagos y de Skagway. El día era frío, triste y sombrío. Los hielos entorpecían la corriente rápida, y las gentes tiritaban con el aire glacial, bajo sus pesados abrigos.

En la cubierta del barco se agitaba la multitud de los tímidos que no se habían marchado antes, y de los que se vieron retrasados por sus asuntos. En aquel reducido espacio se prensaban cientos de viajeros, y muchos de los que se quedaban, lamentaban secretamente no ser de aquéllos.

No era, en efecto, una perspectiva muy alegre la del terrible invierno que llegaba a pasos agigantados, y que íbamos a tener que pasar allí, en aquel desolado país, separado del resto del mundo por una extensión de nieve y hielo de seiscientas millas, que requería semanas y semanas para atravesarla. ¡Y nada de telégrafo! ¡Ni siquiera, de tarde en tarde, un correo de perros! Ignorábamos entonces que los caballos resisten estas temperaturas, y hasta más adelante no supimos que pueden vivir en todas partes en donde pueda vivir el hombre, y soportar todo lo que éste soporte.

Judge Wood, que había montado un negocio floreciente y que vendía a los mineros los géneros que necesitaban, estaba en el barco. Yo había aprendido a conocerle y quererle. Era un antiguo mayor de Seattle, que no ocultaba sus opiniones

socialistas. En Dawson, aquel oasis en medio del desierto de hielo, había pocas personas que careciesen de vicios. Sin embargo, de éstas era Wood. Vivía allí, a sesenta y tres grados de latitud, cuando pasados los cincuenta y tres no se conocen leyes, humanas o divinas, sin que jamás se le viese beber, jurar ni nada licencioso. Su vida permanecía pura como la de una vestal antigua, honesta como la de un Cincinato, en medio de las saturnales y los desórdenes que ni una vivienda, en la ciudad al menos, parecía ignorar. Después de haber andado millas y millas con sus delgadas piernas de músculos acera- dos, se hubiera contentado con un vaso de agua en la sucia cabaña de un minero; luego se hubiese tumbado en el suelo y habría dormido tranquilamente toda la noche. Veíale marchar con sentimiento. Pero no podía quedarse más tiempo; había esperado hasta el último momento, y estuvo a punto de dejarse sorprender por la rápida llegada de los hielos.

—Usted se queda aquí—me dijo.—Tiene usted harina, empieza a conocer las minas, está usted bien de salud, no carece de dinero... Hace usted bien. Yo, que tengo mi familia en Seattle, necesito marcharme; pero usted se debe quedar. Estudie el país, y concluirá usted por hallar una mina que le hará independiente hasta el fin de sus días. Bien merece esto pasarse dos años aquí. Después, el mundo será un paraíso para usted.

Sin embargo, cuando el barco dobló la colina, viró y desapareció, miré el agua amarillenta, triste y fría, de un matiz muerto, en la que brillaban témpanos de todos tamaños, y casi me pesó haber venido, o por lo menos, no haberme vuelto. En cualquiera parte, incluso en la cárcel, solamente las paredes le separan a uno de la vida de las gentes. Pero allí estábamos a seiscientas millas del puerto de mar más próximo y del telégrafo que hubiera podido darnos noticias del resto del mundo. Y aquellas seiscientas millas iban pronto a cubrirse de una capa de hielo casi infranqueable. ¡Y podíamos fracasar!... ¿Y entonces? Más valía vivir cincuenta años en Europa que un siglo en Cathay.

Pero estas reflexiones eran inútiles. A lo hecho, pecho. Yo estaba en Dawson y decidido a quedarme. Si había oro, bien sabría yo encontrar mi parte y compensarme de mis esfuerzos. Y filosofando así, fuí a comer una buena comida en el único restaurant decente de la población, y pasé la velada en los salones de baile. Encargué unas botellas de champagne a quince dólares la pinta, y las bebí en compañía de unos amigos.

Entre las mujeres que allí había, muchas trataban de contratarse como doncellas en casa de mineros, bastante ricos para ofrecerse ese lujo. Pocas encontraron un empleo precario y poco remunerado en las tiendas; las otras se amontonaban en las casas, donde las hacían bailar, diversión a la que se añadía el juego del faro o la ruleta. Las que podían, bailaban y jugaban; las demás, hacían de comparsas. A veces, la suerte les era favorable, dándoles por maridos mineros muy ricos; y unas doce de estas muchachas, que constituían en aquel momento el principal ornato de los *dancing-halls*, gustan hoy los goces del matrimonio en Londres, París, Nueva York y en otras partes. Y no dudo de que sean tan dignas como la famosa Becky Sharpe. Podría citar varias de estas mujeres que ejercen sobre sus maridos una influencia tan benéfica, que éstos, antes muy disipados, llevan desde casados una conducta ejemplar; esto para edificación de los que no conocen sino el Clondic de antaño. Así en invierno, cuando el afortunado minero, a solas con su oro en su miserable cabaña, sentía que los días eran demasiado largos y languidecía en su soledad, bajaba a Dawson, se dejaba atraer a un *music-hall* y tomaba una *doncella*. Y si ésta era hábil, conseguía casarse pronto con él.

No necesito decir que aquellos individuos, por honrados, por rectos y por buenos muchachos que fuesen, hubieran sido poco propios para proporcionar candidatos brillantes a las Universidades. Habían errado durante años, llevando una vida aventurera e irregular por los territorios del Norte y del Noroeste; y si un buen día el Clondic les proporcionaba una buena fortuna, renovaban la historia de Fortunato y de su

bolsa inagotable. Estaban tan asombrados, que perdían la noción exacta de las cosas: entraban a caballo en las casas de juego, rompían los espejos, los vasos, los muebles, y pagaban el destrozo sin murmurar, con miles de dólares. De esto a casarse con mujeres de moralidad dudosa, no había más que un paso. Jugando y bebiendo, aligeraban un poco el peso del metal que los abrumaba. Hay ejemplos de individuos que, después de haber sacado del suelo del Clondic una fortuna bastante bonita, la disiparon de esa manera. ¡Y, sin embargo, costaba mucho trabajo hallar el oro para derrocharlo así! Nosotros seguíamos filósofos en medio de nuestros trabajos, a pesar de nuestros vicios. Las casas de baile y de juego no se tragaron todo.

Mientras tanto el tiempo iba enfriándose. El sol, que vimos claro y brillante en otoño, se puso amarillo y vidrioso. No llovía ni había niebla, pero la atmósfera estaba densa y gris, y la luz mortecina no daba tanto calor como en los días anteriores. Parece que no haya en esto nada que no se observe en todas partes a principios del invierno; pero en el Clondic no era como en los otros países. Llegó un momento en que el sol se ponía siete minutos antes cada día. Copos de nieve flotaban en el aire sin caer, y el viento frío que se metía entre las dos orillas del río atravesaba nuestros trajes como puntas de flecha. A principios de Noviembre el frío aumentó bruscamente, al mismo tiempo que la niebla, que se extendió por todas partes, sobre todo por encima del río, ya completamente helado. Una mañana, al levantarme, en mi cuarto frío y sombrío, me encontré con que mi barba se adhería a mi traje de lince, y que la sujetaban lazos de hielo, hasta tal punto, que me costó trabajo despegarla. Comprendí entonces por qué los hombres no llevan barba en invierno, en los países del Norte. Aquél día me corté la mía. Después de haber tomado un baño y haberme vestido, marché, como de ordinario, a lo largo de la orilla del Yukon para ir a mi almacén. Una bruma grisácea salía de un agujero practicado en el hielo; distinguí allí vagamente unas

formas negras semejantes a pajarracos que, a pesar de su rápido vuelo, constituían una mancha sobre lo blanco de la superficie helada del río. Me detuve y los miré con una sorpresa mezclada de temor. Suspendieron pronto su vuelo y se posaron en el hielo, donde parecían, a través de la atmósfera de bruma que los daba un aspecto raro, gigantescos avestruces negros. Al acercarme, reconocí unos cuervos, pero mucho mayores que los que había visto hasta entonces. Me acordé entonces del cuervo de Edgardo Poé, y, apartando mis ojos de aquellos espantosos fantasmas del río, dirigí mis miradas hacia la ciudad, llena de vida. Percibí entonces un grupo de hombres, en la esquina de la calle más próxima, rodeados de humo y de bruma, mientras que a su alrededor la atmósfera estaba relativamente clara. El fenómeno lo producía la humedad de su aliento, que se congelaba al hablar. También me enteré de que la niebla más densa reina durante los mayores fríos.

A orillas del río había lugares en que la agitación producida por el flujo impedía que se helase el agua. Y en los mayores fríos—cincuenta grados bajo cero—la humedad del aire en contacto con el agua aquella formaba niebla al condensarse. Este fenómeno se repite bastante a menudo en el río, hasta el punto de que se creería uno entre las tinieblas de Noviembre, en Londres. Supe que, cuando la temperatura es tan baja, los indios, advertidos por la niebla, no viajan nunca, sino que permanecen en el interior de sus cabañas o dobles tiendas; digo *dobles tiendas*, porque es notorio que si se alzan dos tiendas, una dentro de la otra, dejando entre las dos un espacio de unas seis pulgadas, se obtiene un albergue casi tan tibio como el de una cabaña de madera. Llénase el espacio dejado libre entre las tiendas con hielo, al que se mezcla serrín, que sirve de tapón e impide que el aire frío penetre en el interior. En los fríos extremos no hace viento; lo que es una suerte, porque de otro modo, los viajeros no podrían resistir y se morirían. Un frío de veinte grados bajo cero con viento es considerado tan penoso como un frío de cincuenta sin viento. He visto

a menudo una vela encendida arder al aire libre hasta consumirse en el candelero, lo que prueba la tranquilidad de la atmósfera.

La vida iba haciéndose menos activa en las minas, y en cambio, redoblaba de intensidad en la ciudad, más animada, si no más ruidosa, porque el habitante del Clondic no es bullicioso, lo que no le impide gustar de divertirse. Los que habían ido a las minas, con la esperanza de hallar un empleo, por lo menos, momentáneo, volvían defraudados. Los mineros que tenían un empleo permanente durante el invierno, o, por lo menos, durante la primera parte del invierno, estaban ya contratados. No se requerían más. Me asombraba el número de gentes que llenaban todas las tardes y todas las noches los establecimientos de juego y de billar. El sol se ponía a las tres, y el aire, aunque claro, era picante y glacial.

En las casas de juego habían hecho estufas maravillosas con los barriles de hierro en los que se llevaba el queroseno al Clondic. Los vaciaban de sus cien galones de petróleo, los ponían de pie, y quitaban la tapadera. Podíase entonces introducir fácilmente un tubo de cuatro pies de largo por dos de diámetro. Varios tubos, que iban del centro a un ángulo de la inmensa sala, daban un tiro muy fuerte y continuo, y las dobles puertas del vestíbulo impedían que el calor se escapase afuera.

Los hombres, en muy gran número, fumaban, bebían y jugaban; las mujeres, vestidas de colores vistosos, bailaban en el fondo, o iban a beber al mostrador. Todo estaba cerrado; pero el agudo frío exterior era tan penetrante, que bastaba, cuando las dobles puertas se abrían un instante para dejar entrar o salir a alguien, para refrescar el aire, y se estaba muy a gusto, a pesar del calor excesivo de la enorme estufa. Una docena de gruesas lámparas, que consumían cada una aproximadamente un galón de aceite cada doce horas, derramaban suficiente luz; a pesar de esto, casi estaba tan claro afuera, gracias a las resplandecientes estrellas, y a las mara-

villosas auroras boreales, que tendían de un horizonte al otro sus bandas de colores variados. A partir de media noche, los que tenían cabañas empezaban a marcharse sin ganas, y emprendían tiritando el camino helado. Los que no las tenían se quedaban allí, y dormían los unos sobre los billares, los otros debajo, dejando a los lados un espacio suficiente para permitir el paso. No tenían otra vivienda, y no podían hallarla en la ciudad, por lo que se veían obligados a llevar aquella vida. Comían donde y cuando podían. El invierno había traído la miseria a muchos de los que se habían quedado, y las autoridades se vieron en la necesidad de procurar trabajo a los que no tenían medios de subsistencia.

Se les ocupó sobre todo en las «pilas de leña». En los edificios del gobierno se consumían grandes cantidades de leña, y se tomó hombres para cortarla. Pero más adelante, las gentes listas que gobernaban hallaron un medio más sencillo y menos costoso. Cuando se condenaba a un individuo a algunos días de cárcel por cualquiera falta, aquellos canadienses económicos no le dejaban languidecer a solas en su celda silenciosa. ¡Oh, no!... Lo sacaban afuera, le ponían una sierra en la mano y le hacían serrar leña. El desdichado no estaba ya solo, porque los otros presos trabajaban a su lado, y unos centinelas los vigilaban, paseo arriba, paseo abajo. Serrar leña con cincuenta grados de frío no es una sinecura, y el temor a este suplicio era tal, que impidió muchos delitos; los culpables sabían lo que la palabra condena quería decir, y la perspectiva de una tarea forzosa en las eternas pilas de leña les hacía reflexionar.

VI

Trabo conocimiento con la nieve.

El 16 de Noviembre, el termómetro bajó veinticinco grados más que el día anterior. Esta repentina baja se produjo durante la noche. Por la mañana, al despertarme, me puse a tem-

blar con todos mis miembros, a pesar de mi grueso traje de lince. Como el lince es la piel más cara, debería ser la mejor; paréceme, sin embargo, que la Naturaleza ha provisto igualmente bien de ropa de abrigo a los animales que vagan por las montañas y a lo largo de estas regiones árticas. He aquí cómo se clasifican las pieles por orden de valor, empezando por la más cara: lince, marta, almizclero, liebre, oso, gamo y reno. No obstante, me parece que todas prestan los mismos servicios. Los trajes de piel de perro de Alaska o de Siberia, compuestos de media docena de pieles, y cuyo precio no pasa nunca de 20 dólares, son en realidad tan calientes como un traje de lince hecho del mismo número de pieles, que vale corrientemente 100 dólares. Pero ninguna de estas pieles era suficiente con los fríos espantosos (cuarenta y cinco grados bajo cero), que nos envolvían ahora como una niebla. Me tiré de la cama y fui al termómetro: marcaba veinte grados bajo cero en mi cabaña, a pesar de sus paredes, hechas de gruesos troncos, su piso y su techo de doble espesor, y las tres pulgadas de serrín de que estaban guarnecidos (sábese, en efecto, que este era el mejor medio de preservarse del frío). Pedacitos de hielo de una pulgada de largos se habían formado en mi barba y mi bigote, y colgaban ante mi boca. Aprendí más adelante a cubrirme completamente la cabeza, a la manera de los indios, y a dormir así, medio sofocado, durante los períodos de frío excesivo. Además, no me desnudaba nunca.

Encendí fuego. Hendí con el hacha la leña, completamente helada. La regué con un poco de petróleo, y pronto brotó una llama reconfortante. Todos los objetos se helaban en los sitios que los ponía: la esponja, el jabón, las toallas, los cepillos, el *tub*... Hice fundir sobre la estufa un cubo de hielo, y puse dos pulgadas de agua en el *tub*, que había traído a la habitación trasera, en donde no había fuego. No tardé ciertamente dos minutos en despojarme en la habitación de delante de mi pyjama de piel de gamuza, en cubrir la puerta que separaba las dos habitaciones y en llegar rápidamente al *tub*, porque sabía

que no tenía tiempo que perder. Pero, por pronto que estuve, la atmósfera había sido más rápida aún. En el momento de poner los pies en el *tub*, al arrancar con traba o el jabón de la tabla en que lo había puesto, resbalé en el hielo que acababa de formarse y caí de espaldas, arrastrando conmigo el jabón, el *tub* y todos los objetos que se encontraban al alcance, y que se dispersaron por todos los rincones de la habitación.

Al cabo de una hora, vestido bien abrigadamente, me atreví a salir al exterior, y me di cuenta de lo que es andar y respirar al aire libre con cincuenta grados bajo cero. Visto desde el altozano en que yo vivía, Dawson parecía ardiendo. El humo llenaba las calles; no se percibía nada de la superficie helada del río. Al bajar, tropecé con algunos hombres. Todos andaban muy de prisa; yo corría, lo que era tal vez menos distinguido, pero ciertamente más práctico.

—¿Dónde es el fuego?—pregunté.

Uno de ellos me miró a través de su careta (la gorra y el cuello le cubrían enteramente la cara), y me dijo, mientras que una nube de vapor se escapaba de su boca y sus narices:

—Pero ¿no ve usted que es el frío?—Y lanzó un juramento.

Y bien vi que decía la verdad, porque el humo lo invadía todo: el río, las calles, las casas; y los cuervos, de un negro de ébano, que se paseaban con los perros en el hielo del río, para disputarles algún hueso, parecían, en aquella bruma, los gigantescos buitres de Bombay. Tiros de perros pasaban rápidamente. Los pobres animales tenían el hocico alargado por el frío, y llevaban la boca fuertemente cerrada, como si se la hubiesen amordazado; el conductor corría detrás del trineo cargado. Los miré pasar, sin saber si debía compadecerlos o admirarlos.

Es un país terrible para vivir en él toda la vida, y hasta para pasar un invierno. Hace tanto frío, tanto frío, que la energía y la ambición sucumben, y que la misma vida parece no valer lo que un buen fuego y una habitación bien caliente.

Al día siguiente (18 de Noviembre) nos llegó a Dawson la

noticia de una muerte terrible. Sin embargo, nadie pareció asombrarse; no se hizo ningún comentario. La cosa nos pareció tan natural, tan fácilmente creíble, que nos limitamos a acercarnos un poco más al fuego, preguntándonos en dónde estaríamos al invierno siguiente.

Un minero remontaba el Clondic, a diez millas de allí, para ir a su mina. Ahora bien; el Clondic está alimentado por un gran número de manantiales, cuyas aguas, ricas en sosa, descienden de las colinas durante el verano.

Son tan poderosos que resisten todas las temperaturas, y no están nunca completamente obstruidos. Es probable que la sosa o el álcali que contienen sus aguas retrasen la congelación. Así no es raro, cuando se marcha sobre el borde de hielo que toca la orilla, sentir que se funde bajo los pies la delgada capa de hielo y hundirse en las aguas alcalinas. En el lugar en que se hundió el desgraciado minero, no había más de seis pulgadas de agua. Le fue, pues, fácil salir de allí. Corrió sin perder tiempo hacia un zarzal para encender fuego, porque su traje y sus pies se helaban, y hubiera bastado cinco minutos para ponerlos rígidos como el hierro. Cortó rápidamente unas ramas con su cuchillo. Pero había cometido la imprudencia de quitarse los mitones, a fin de estar más libre de movimientos y poder servirse más fácilmente de su cuchillo. Sus dedos se helaban, y la cerilla, que no había tenido aún tiempo de encenderse, se escapó de sus manos. Frotó otra y otra, y varias a la vez. Pero, sea porque se precipitase demasiado, sea porque hubiese algo de viento, las dejaba caer todas en la nieve. Mientras tanto, el frío se apoderaba de sus miembros, de su cuerpo; le penetraba hasta el corazón y paralizaba su pensamiento. Trató de volver a ponerse los mitones que no se hubiera debido quitar nunca; pero apenas podía mover sus dedos entorpecidos, y después de varias tentativas, tiró los mitones y frotó otra cerilla. Era demasiado tarde. Aunque no habían transcurrido cinco minutos, la muerte se cernía sobre él. El frío le mató con inaudita rapidez, y cuando su compañero llegó,

cinco minutos después, encontró el cuerpo rígido y helado, arrodillado en la nieve, con las manos cruzadas hacia el cielo en actitud de oración, y teniendo todavía la cerilla que no había podido encender. Se dijo que el aire, cargado de ínfimas partículas de hielo, le había matado al penetrar en sus pulmones, como hubiera podido hacerlo el ácido prúsico. Fue imposible cambiar la posición de sus brazos; llevaron el cuerpo a Dawson, y poco después lo enterraron en la misma actitud de plegaria.

El 21 de Diciembre, el sol salió a las diez y se puso a las dos. El termómetro señalaba cuarenta y cinco grados bajo cero. Pero las estrellas esparcían tanta claridad, el suelo cubierto de nieve estaba tan resplandeciente y la atmósfera era tan transparente, que se viajaba tan fácilmente de noche como de día.

La Nochebuena la celebramos algunos comiendo en el principal restaurant de Dawson. La comida se componía de caza, traída de las montañas rocosas del Este. Los cazadores transportaban la carne en trineos tirados por perros, e iban a venderla a Dawson, en donde se pagaba a medio dólar la libra, al precio de la carne en conserva. La carne de caza era dura y corriácea, y muy inferior, como gusto, a la carne en conserva de importación.

Había también en las carnicerías liebres de gran tamaño y carneros montaraces. Estos, con sus gruesos cuernos retorcidos en espiral, eran magníficos. Si se han de creer los relatos de los cazadores, cuando estos carneros son perseguidos, se precipitan a veces, desde lo alto de un ventisquero de cincuenta pies, de cabeza, y caen sobre sus cuernos, que se meten sin romperse en el hielo duro.

Todos estos animales, hasta los pequeños *gophers* que corrían rápidamente por la nieve, y que vivían Dios sabe cómo, tenían la piel de un blanco inmaculado. Nos servían también, de vez en cuando, *sombras* cogidas en los agujeros practicados en el hielo. La sombra es un pez que alcanza unos nueve pies

de largo. Uno solo basta para una buena comida. Se le encuentra en los lagos y en el Yukon superior. Las aguas frías le dan una carne dura y consistente, y es un plato delicioso que se puede comer todo el año. Teníamos ostras en lata, y conservas de toda clase de carnes y legumbres. Pero como la caza abundaba, las carnes en conserva tenían pocos aficionados.

Comprendíase muy bien que el país iba formándose, que cada año aportaría mayores comodidades, y que todo tomaría con el tiempo un carácter más estable y menos provisional.

JEREMÍAS LYNCH

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: ¿Fue Safo una cortesana?—BIOGRAFÍA: La infancia de Rossini.—HISTORIA: El *home rule*.—La suerte de los templarios.—HIGIENE: Cómo se debe respirar.—BIOLOGÍA: El mar y la vida.—IMPRESIONES Y NOTAS: La *Gentry*.—La mujer troglodita y la moderna.—Historia del Canal de Panamá.—Las lenguas vivas más en boga.—El optófono.

LITERATURA

¿FUE SAFO UNA CORTESANA?—Teodoro Reinach ha leído en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París una Memoria, *Para mejor conocer a Safo*, en la que afirma que la poetisa griega no sólo no fue una cortesana, sino que fue una señora honesta y virtuosa.

La democracia ateniense de los siglos v y iv daba a las señoras honestas un puesto muy limitado en la sociedad. Había en Atenas muchas señoras de origen extranjero que, por la elegancia de sus maneras, el lujo de sus vestidos y el refinamiento de su cultura, fueron llamadas cortesanas. Cuando, pasado el tiempo, los cómicos andaban en busca de tipos característicos, hicieron de la lejana y enigmática figura de Safo una cortesana, sin preguntarse si en Lesbos, en el siglo vi, las damas de la nobleza habrían gozado o no de educación más libre que las atenienses en los tiempos de Platón y Demóstenes. Con esta falta de sentido histórico representaron a la poe-

tisa de Lesbos como la encarnación de todas las seducciones y de todos los vicios, y como se trataba de hacer reír al público a costa de una gloria extranjera, acumularon sobre su nombre las leyendas más picantes y ridículas.

En la Grecia clásica y, con mayores motivos, en la Grecia arcaica, no hay ejemplo de una dama de origen ilustre y de familia noble que haya hecho profesión de galantería en la propia ciudad. En el siglo VI, hasta en las ciudades más rebajadas moralmente, la posición social de las cortesanas era de las más humildes; la mayor parte eran esclavas. Safo era de Mitilene, y su padre se llamaba Scamandrónimo, de estirpe aristocrática. Safo se casó en Mitilene, y vivió allí hasta que fue desterrada a Lesbos con toda su familia al triunfar Pittaco, dictador popular, del que era enemigo uno de los hermanos de Safo que ocupaba un alto cargo en el Pritaneo. A priori puede afirmarse que una dama de tales condiciones no ha podido vivir una vida disoluta en su ciudad natal.

Pasando al examen de los documentos, y ante todo al de la odita descubierta por Grenfell y Hunt en Oxirinco y dirigida a recabar el perdón para su hermano Karaxos, que, enriquecido con el comercio de vinos, había entablado estrecha relación en Egipto con una hetaira famosa, llamada Rodopis por Herodoto, y Dorica por otros; las había comprado y libertado, dilapidando con ella sus riquezas, conducta que, al volver a su patria, le valió ásperas reconvenciones de su hermana, no tanto por las prodigalidades que le habían arruinado, como por el indigno amor que le degradaba.

He aquí la oda: «¡Oh Cipris, y vosotras, Nereidas, haced que mi hermano vuelva sano y salvo y que se cumpla todo lo que desea su corazón! Si ha podido pecar otras veces, séale todo por siempre perdonado; conviértase en una alegría para sus amigos y una aflicción para sus enemigos. Olvide enteramente las graves humillaciones que en estos días entristecieron su ánimo y laceraron mi corazón.»

Estos versos constituyen para Reinach un argumento con-

cluyente de la honorabilidad de Safo; pero aunque, con mucho gusto quisiéramos ver rehabilitada la figura moral de la ilustre poetisa, la oda nos parece poco concluyente. Había de ser mucho más expresiva, y no podría deducirse de ella sino el dolor que a una hermana puede causar ver extraviado a un hermano, sin que eso pudiera significar que ella misma no estuviera extraviada.

Los fragmentos de Berlín permiten entrar en la intimidad moral del pequeño círculo de que Safo era centro, y que tanto ha maltratado la maledicencia. Reinach empieza observando que la raza eólica, que del VIII al VI siglo fue la verdadera iniciadora de la cultura griega, representó la sensibilidad mucho mejor que los dóricos y que los jónicos. Caballescada e inventiva, apasionada y brillante, ha creado las formas más radiantes de poesía, introduciendo en la vida aquel principio de elegancia y libre sociabilidad que Menandro, más tarde, llamó «la manera griega». Entre todas las ciudades de raza eólica, la isla de Lesbos, por su bella posición, clima privilegiado y precoz desarrollo económico, había merecido convertirse en asiento favorito de las musas. Las damas de la alta sociedad no eran extrañas a este progreso, y algunas instituyeron cenáculos en forma de asociaciones religiosas, siendo Safo una de las que presidieron un círculo de esta clase.

Parece que en Mitilene, hacia el siglo VI, estos cenáculos fueron más frecuentados que en otra parte; los jóvenes acudían a ellos hasta de lugares lejanos. Su objeto era afirmar el espíritu, adquirir bellos modales, vestirse con gusto, andar con elegancia, bailar, cantar, tocar la lira y hacer versos. Las fiestas numerosas y alegres de la religión, las ceremonias del culto de Afrodita y Adonis, los concursos de belleza, las fiestas gímnicas contribuían no poco a estimular y mantener esta educación. Una matrona austera hubiera impedido, ciertamente, estas tendencias afectivas propias de la raza; pero la directora del cenáculo de Mitilene era una morenita vivarachita, de humor agradable y de palabra franca, abierta a todas

las emociones de la naturaleza y del corazón, maliciosa con gracia, amante con fogosidad y además poetisa inspirada, música fina e innovadora, reflejando en su alma y en su lenguaje toda la fascinación de aquella isla encantada donde cielo y mar cantan perpetuo epitalamio. Los espíritus más agudos, los mejor informados de la antigüedad, no han visto en Safo ni una *preciosa* ni una neurótica. Plutarco leía como nosotros el himno *A Afrodita* y la oda *A una amiga*; alaba sus palabras llenas de fuego, intérpretes sin duda de un afecto exaltado, pero puro. Máximo de Tiro compara el cenáculo de Safo con el de Sócrates. No todos los críticos han sido Plutarcos ni Máximos de Tiro; pero Reinach pretende demostrar cuál fue realmente la vida sentimental de Safo y de sus compañeras con las dos odas, recientemente descubiertas, de la poetisa de Lesbos. Una de ellas nos pone a la vista una escena de confianza íntima: la partida de una alumna, reclamada probablemente por su familia: «Sinceramente me siento presa del deseo de morir cuando pienso en aquel día en que ella me dejó llorando a lágrima viva. Ella me decía:—¡Ay, cuán infeliz soy, oh Psapfa mía! ¡Con qué sentimiento me alejo de ti!— Y yo la respondí:—Parte con alegría y conserva mi recuerdo; tú sabes de qué cuidados te he rodeado. Pero si te has olvidado de ellos, permíteme que te los recuerde; deja que te recuerde todas las horas felices que vivimos juntas, todas las coronas de violetas, de rosas y de margaritas con que te adorné a mi lado; todas las sartas de flores primaverales con que te ceñí el delicado cuello, todas las olas de aquel perfume regio, el bren-tio, que derramé en tu pecho juvenil.» A esto se reducen—añade Reinach—las pretendidas bacanales de las sacerdotisas-ménadas de Lesbos: flores, perfumes y algunas lágrimas.

La otra poesía trata de una joven, partida para el extranjero. Safo, dirigiéndose a cierta Athis, amiga común, traduce en estos términos el dolor de la desterrada que piensa en las lejanas compañeras: «Frecuentemente, desde Sardes, su patria, su pensamiento se vuelve hacia nosotras, hacia la vida

que vivimos juntas. Tú sabes que Arignota (quizá el nombre de la ausente) te consideraba como una diosa; tus canciones la fascinaban más que cualquier otro canto. Ahora ella brilla entre las doncellas de Lidia, cual vemos tras la puesta del sol la luna de los dedos de rosa dominando todas las estrellas, llover su claridad sobre el mar tranquilo y sobre el campo todo florido. Entonces descende el hermoso rocío, entonces se abre la rosa, y el *aneto* delicado y el meliloto florido. Otras veces ella va y viene, inquieta, y sueña con la amable Atthis. Una languidez angustia su espíritu delicado, la nostalgia muerde su corazón. Con voz aguda nos llama para atraernos a sí, y la noche lleva a través del mar el eco de su llanto incomprendido.»

¿No es exquisito el sentimiento moral de estos versos tanto como su belleza artística? Admitámoslo con Reinach; pero confesemos que si la tentativa de rehabilitación por él emprendida es laudable y generosa, no pasa de tentativa, a pesar de la documentación adoptada y de los esfuerzos del rehabilitador.

BIOGRAFIA

LA INFANCIA DE ROSSINI.—Edmundo Michotte, gran amigo de Rossini, en la *Cronaca Musicale*, recoge los recuerdos del célebre músico, relativos a su infancia.

Rossini tuvo siempre por su madre respeto y adoración rayana en idolatría; se llamaba Ana Guidarini, y era hija única de un panadero de Pesaro; era una belleza perfecta, que recordaba los tipos más puros de las madonas de Rafael. Cuando para ir a misa los domingos se engalanaba con su traje de fiesta, Rossini se sentía orgulloso de acompañarla; la mamá le parecía un sér sobrenatural; y como oía frecuentemente hablar del Santo Padre, «nuestro soberano espiritual y temporal», Rossini, con lógica infalible, llamaba a la panadera *la mia Santa Madre*. Un día que el párroco, algo pariente suyo, fué a visitarles, oyendo al pequeño hablar de su madre, le preguntó:—¿Sabes tú quién es la Santa Madre?—Mi madre, ¿no es

verdad?—La Santa Madre, dijo el sacerdote, está en el cielo y es la Madona: sólo ella puede ser llamada así.—El niño quedó consternado, y tras ligeros momentos de discurrir dijo:— Bueno, pues entonces, puesto que la Santa Madre está en el cielo, te llamaré Santa Mamá.» Y así la llamaba ordinariamente. La mamá era lo que en Italia se llama una *orecchiante* (que canta o toca de oído): recordaba fácilmente cuanto oía cantar; su voz, naturalmente expresiva, era suave y graciosa, y más tarde llegó a ser escriturada en una compañía ambulante.

Uno de los más agradables recuerdos de aquel tiempo es el relativo a la visita que un legado del Papa hizo a Pesaro. Toda la ciudad andaba revuelta con las fiestas, y Rossini debía figurar en una magnífica procesión, formando parte de un grupo de muchachos con palmas: todos los ahorros domésticos se habían gastado en hacerle un traje; y la mañana de aquel día de fiesta, el pequeño oyó a su madre pedir dinero al padre para comprar algún extraordinario para la comida; el padre contestó que no tenía nada, y la madre quedó contrariada por no poder hacer lo que todos los vecinos hacían. Rossini salió a la calle triste para ver los preparativos de la fiesta, y se quedó parado ante un magnífico palacio adornado con guirnaldas de flores, donde vivía un personaje a quien llamaban «el banquero». Él mismo estaba a la puerta examinando el adorno de la fachada, y Rossini, animoso, se dirigió a él y le dijo:— Señor, ¡qué hermoso es ser rico y poder hacer tan hermosas cosas! Si mis padres tuvieran dinero, adornarían como usted su casa para el paso de la procesión; pero nosotros no tenemos ni un cuarto. El banquero, estupefacto de oír aquel chicuelo hablándole con tanto atrevimiento, le preguntó:—¿Y cómo te llamas tú?—Joaquín Rossini.—Entonces, ¿tu madre es Ana la bellísima?—Sí, señor. (Todo Pesaro la conocía y la llamaba así.)—Realmente, te pareces a ella.—Lo creo, le respondió con cierto orgullo.—Pero, ¿tan pobre es?—Ni siquiera hay un bayoco en casa, señor; todo se ha gastado para mi vestido, por que pudiera figurar en la procesión.—Vamos, muchacho, ven conmigo.

Le hizo entrar en un hermoso salón, próximo a una sala donde se veía una gran mesa preparada para el banquete; presentó el muchacho a su señora, y le puso en la mano una moneda de cinco liras. El chico, mudo de sorpresa, no creía a sus ojos. Pero he aquí que de pronto dice la señora:—Un momento. Y volvió del comedor con una sandía y una botella de vino, que le entregó, diciéndole:—Toma esto para completar la fiesta. ¿La podrás llevar tú?—¡Oh, en cuanto a eso, buena señora, si se me presentase ocasión, llevaría fácilmente el doble!,—respuesta que divirtió mucho a aquellos señores.

Rossini, encantado, salió con su carga, y apenas en la calle, empezó a preocuparse con el empleo que había de dar a las cinco liras. Se lo habían dado para «festejar», luego debía servir para comprar algo bueno que comer. ¿Por qué no había de comprarlo él mismo? Y dicho y hecho: entró en una pastelería y compró tres liras de dulces y pasteles. Le quedaban dos liras; pensando en qué gastarlas, sus ojos se fijaron en una hermosa liebre colgada en una tienda. Preguntó el precio, y le pidieron dos liras y media. ¡Oh desolación! Contó sus apuros a la tendera, y se llevó la liebre por dos liras. Como iba tan cargado, el hijo de la tendera le llevó la liebre.

¡Imagínese el ingreso del chico, con todos aquellos trofeos, en su casa! El estupor de la madre y de la tía ante aquellas vituallas no es para descrito. En esto, llega el padre y, puesto al corriente de la cosa, se irritó de tal modo que, lleno de cólera, obligó al muchacho a acompañarle a casa del banquero para saber toda la verdad, pues le sublevaba pensar que su hijo hubiera pedido limosna. Afortunadamente, el banquero, que conocía el carácter irritable del padre, comprendió en seguida de lo que se trataba, y explicó tan bien las cosas, que el padre tuvo que confundirse en acciones de gracias. Rossini respiró, pues temía una paliza monumental. Al salir se encontraron con la señora, que, al enterarse de lo ocurrido y ver que el pequeño había llorado, abrazó y besó a Rossini. «¿Lo debo confesar?—dice Rossini en sus memorias;—la señora era feísima, y

yo, por instinto, tenía horror a las mujeres feas, y sentí tal asco ante aquel contacto, que si me lo hubiera imaginado hubiera preferido mil veces una paliza del padre.»

Vueltos a casa, todos quedaron contentos, y la mesa se cubrió de rajadas de sandía y cartuchos de dulces. En cuanto a la liebre, era ya tarde y se dejó para el día siguiente. Entonces fue el gran apuro para quitar la piel al animal, acontecimiento que jamás había ocurrido en aquella casa; el padre, la madre y la tía se pusieron a la obra y estuvieron trabajando cerca de una hora para desollar al animal. Despojada de la piel, se pensó en el modo de cocinarla, no habiendo en la casa ningún recipiente para bestia tan grande; el padre propuso cortarla en pedazos; pero la tía tuvo una idea luminosa: fué a casa de una vecina que tenía una caldera grande, y se la pidió prestada; se metió en ella la liebre entera, se la hizo hervir a fuego vivo con un manojo de cebollas, y cuando la comieron todos, convinieron en que no valía un higo, y Rossini lamentó amargamente su gasto de dos francos, reconociendo su incompetencia en materia de comestibles.

HISTORIA

EL HOME RULE.—La autonomía irlandesa es cuestión tan antigua como batallona, que ha ocasionado en Inglaterra numerosas contiendas y larguísimos debates. Podría estimarse como causa originaria el Acta de unión del 1.º de Abril de 1800, que al suprimir el Parlamento de Dublín, suscitó la indignación de todos los patriotas irlandenses; pero buscando bien, se observa con Ernesto Lemonon, en *La Revue Bleue*, que la cuestión irlandesa es mucho más antigua, y nació el día en que los Plantagenets conquistaron la isla. Aunque Enrique II, en 1169, no hubiera entrado en Dublín, sino a petición de Dermot Mac Murrough, uno de los cinco reyes que gobernaban entonces la isla, y para pacificar ésta, y por más que

no encontrara en su marcha ninguna oposición, las poblaciones no tardaron en rebelarse contra el yugo que pretendía imponerlas.

Desde fines del siglo XIII, Irlanda tuvo su Parlamento propio; pero la representación de los elementos indígenas no figuraba en él para nada: el poder real no había llevado al Parlamento sino colonos ingleses que no tuvieron escrúpulo en votar en 1367 los estatutos de Kilkenny, que tendían a la completa anglicización de la isla. Un siglo más tarde, el estatuto de Poyning marcó el servilismo del Parlamento irlandés al establecer que toda ley votada en Dublín tenía que recibir la aprobación del Consejo privado. Peor fue todavía cuando en 1719 el Parlamento de Westminster votó el Acta, «para mejor asegurar la dependencia del reino de Irlanda y su sumisión a la corona de la Gran Bretaña»; cuando en 1800 fue suprimida la autonomía legislativa de Irlanda y disuelto su Parlamento, y cuando, más tarde, hubo que reprimir con el mayor rigor las manifestaciones del nacionalismo.

Los nombres de O'Connell y de Parnell dominan toda la historia de las reivindicaciones irlandesas; pero al lado de estos nombres merecen figurar los de William Molineux, Jonathan Swyft y Carlos Lucas. La guerra de la Independencia logró, el 17 de Mayo de 1782, que renaciera el Parlamento de Dublín, pero sólo por pocos años. Pitt, apelando a todos los recursos, logró en 1800 que el Parlamento inglés votara, y el irlandés aceptara, la unión de Irlanda y de la Gran Bretaña, y con ella terminó la autonomía irlandesa.

Apenas entró en vigor el Acta de Unión, comenzaron los patriotas irlandeses a trabajar contra ella. Roberto Emmet pagó con su vida, en 1803, su tentativa de insurrección; pero ni la renovación anual del Coercion Act, ni las violencias de Peel, impidieron a O'Connell luchar treinta y tres años, de 1814 al 47, por la emancipación de los católicos, a quienes se negaba el acceso a los cargos públicos, fundando la Asociación católica, que de 1826 á 1829 dominó verdaderamente todo el

país. O'Connell triunfó, la emancipación se votó y él mismo entró en los Comunes como diputado de Clare. Su único afán fue desde entonces conseguir la derogación de la Unión, la independencia de Irlanda; para ello organizó ligas, presentó mociones, fundó periódicos, se alió con los partidos turnantes, y muchas veces creyó ver llegada la hora de realizar su sueño; en 1843, sobre todo, organizó inmensos mítines que obligaron al Gobierno a severa represión. Su tenacidad no tuvo éxito, ni tampoco la agitación de los fenianos con la proclamación en Nueva York de la República irlandesa, en 1863. Cuando Parnell tomó, a su vez, la dirección del movimiento, arrojando amenazas y procesos, y hasta yendo a América en busca de dinero para la lucha, tampoco logró nada. A pesar de la célebre obstrucción contra el bill de Gladstone para extinguir la agitación agraria, el bill fue votado, aunque el mismo Gladstone atenuara sus efectos por la ley de 1881, al ver el efecto producido en Irlanda.

La agitación irlandesa llegó a su colmo cuando el Gobierno, aplicando el Coercion Bill, metió en la cárcel a miles de patriotas sospechosos y a Parnell mismo. Tomó como órgano la National League, y fue tan hábilmente dirigida, que ganó para la causa de la independencia administrativa de Irlanda a muchos de los que habían sido sus más encarnizados adversarios; el mismo Gladstone se declaró partidario del *home rule* (la ley en su casa), término lanzado en 1873 por el Rev. Galbraith, profesor en Trinity College, y que sintetizó desde entonces las aspiraciones del nacionalismo irlandés. El 8 de Abril de 1886 Gladstone, contra la opinión de sus colaboradores, Chamberlain y Trevelyan, que prefirieron dimitir, presentó a los Comunes su famoso *home rule bill*, que fue rechazado por 343 votos contra 313, gracias a que numerosos liberales se unieron en la votación a los conservadores.

En Irlanda el efecto fue enorme: el Gobierno trató de aplacar la agitación nombrando una Comisión encargada de estudiar la cuestión agraria; pero los labradores, guiados por Di-

llon y O'Brien, y a pesar de Parnell, obligaron a los Landlords a reconocer sus pretensiones y a bajar sus rentas. El Gobierno respondió al movimiento con persecuciones y violencias; pero los labradores se mantuvieron tan unidos y resueltos, que hubo que autorizar, por una ley agraria, la revisión de los arriendos, ganando así una trinchera más el avance autonomista.

Balfour esperó, con la reforma y la mejora del Gobierno de la isla, hacer olvidar la cuestión del *home rule*; pero su táctica no le dió resultado, porque Gladstone persistió en su campaña, y tras varias vicisitudes logró que en tercera lectura fuera votado su nuevo bill por 34 votos de mayoría. La Cámara de los Lores, sin embargo, rechazó el bill por 409 votos contra 41, dando al traste con las esperanzas irlandesas.

La agitación empezó de nuevo en Irlanda, y los conservadores que habían vuelto al poder, trataron de contenerla; la ley agraria de 1896, la del 12 de Agosto de 1898, que reformó el Gobierno local, y la *Irish Land Purchase Act* de 1903, relativa a las condiciones de venta de las tierras, fueron de saludable efecto, pero no contuvieron a los patriotas. Las disputas entre parnellistas y antiparnellistas cesaron, y reconocido Redmond como jefe único, se desplegó tanta energía, que el Gobierno se ha visto obligado a ir cediendo terreno poco a poco, sintiéndose los nacionalistas cada vez más fuertes. En 1908, la *Irish University Act* resolvió la cuestión delicadísima de la enseñanza superior. En 1909, el *Land Act* fue nuncio de una nueva victoria que ha preparado el camino al nuevo bill del *home rule* presentado por Asquith al Parlamento de Westminster, con lo que ha pagado la deuda que tenía con los irlandeses por haberle apoyado contra los conservadores.

*
**

LA SUERTE DE LOS TEMPLARIOS.—Uno de los estudios que más han cautivado la atención de los historiadores, ha sido la trágica suerte de la más poderosa y considerada de las Orde-

nes de caballería de la Edad Media, la que más que otra alguna sirvió de dique en Oriente y en España al victorioso empuje del Islam. Godofredo Buschbell dedica un trabajo más al célebre proceso, en el *Historisches Jahrbuch* de Munich.

Poco después de la fundación de la Orden, los templarios aparecen en Aragón, Castilla, Portugal, Francia, Provenza, Flandes, Inglaterra, Alemania e Italia, y con su extensión crece su riqueza en dinero y posesiones, tierras y castillos, en todo el territorio de Occidente. Así, los bravos caballeros que luchaban contra los infieles se veían protegidos en todas partes, y centenares de breves pontificios les garantizaban la posesión de sus bienes. La bula de 1163 de su bienhechor Alejandro III les colocó en situación tan favorable, que llegó a excitar la envidia de las demás Ordenes caballerescas. Todavía, durante más de cien años, continúa, sin embargo, el desarrollo normal de la Orden con combates en Tierra Santa, aumento de su riqueza, compras constantes, sin ninguna venta, y obtención de nuevos privilegios. ¿Cómo de semejante esplendor han caído en la infinita miseria en que se han visto desde 1307? Eso es lo que todos los historiadores se han preguntado, sin que después de las investigaciones de Dupuy en el siglo xvii, Wilkins en el xviii, Rainouard, Michelet y Schottmüller en el xix, pueda todavía resolverse el enigma de si la Orden fue o no culpable.

La obra de Enrique Finke sobre la orden de los templarios, resuelve definitivamente esta cuestión, según Buschbell, constituyendo una obra de primer orden, apoyada en documentos inéditos y autorizados.

Cuando los templarios sufrieron fracasos y el sultán Bi-hars les hubo tomado su fortaleza de Safed, en 1260, se les echó en cara su cobardía; reconvención de que no se salvó ni el gran maestro Guillermo de Beaujeu, a pesar de su muerte heroica, ni su sucesor, Tibaldo Gaudin. Santiago de Morley, que sucedió como gran maestro a este último, en 1293 o 94, está lejos de ser el héroe de que muchos hablan. No se trata de una

política europea que hubiera puesto la Orden frente al Papa y a los reyes, pues los Papas han considerado hasta el fin a los templarios como formando parte de la Iglesia. En cuanto a los reyes, aunque Felipe III y luego Felipe el Hermoso hubieran tomado medidas contra el gran aumento de sus bienes, el mismo Felipe les otorgó gran favor en 1303. La decadencia de la Orden no está probada, ni mucho menos, pues no pueden tenerse en cuenta confesiones arrancadas por el tormento, y no hay ninguna otra prueba que demuestre la realidad del escándalo de que fueron acusados, cuando las hay para la Orden de los hospitalarios. La importante correspondencia de los templarios de Aragón, estudiada por Finke, prueba que la regla era severamente mantenida en aquel país.

Por otra parte, los templarios prestaban al reino de Francia un gran servicio, aportándole el auxilio de su fortuna, y no hay que pensar en que pudieran ser un peligro para el trono dos mil caballeros repartidos en todo el territorio francés. Sus bienes mismos, aunque considerables, no lo eran tanto como los de los hospitalarios, y sus rentas no alcanzaban ni a la tercera parte de las que tenían los cistercienses. ¿Cómo se comprende que en tales condiciones llegara a perseguirles Felipe el Hermoso? A ello fue inducido por un traidor, el francés Esquin de Floyrán, cuya denuncia se ve señalada por primera vez en la obra de Finke. Este traza un paralelo sorprendente entre Felipe el Hermoso, calculador frío y naturaleza enérgica, y el Papa Clemente V (el arzobispo de Burdeos, Beltrán de Got), criatura del rey, enfermizo, débil de carácter y ávido de bienes, que retrocedió ante la voluntad de Felipe, como ningún Papa lo había hecho hasta entonces ante soberano alguno.

Esquin de Floyrán compareció, sin duda, en la primavera de 1305, ante Jaime II de Aragón, y le confió el gran secreto: el *factum Templariorum*. En él se lanzaba una doble acusación, tremenda por ambos lados: renegación de Cristo, escupido al crucifijo y relación con el diablo en cuanto a lo religioso, y práctica de un repugnante vicio oriental, en cuanto a las cos-

tumbres. Jaime no dió crédito a ninguna de estas acusaciones; pero prometió a Esquin, si las probaba, una renta anual de mil libras y el pago de una suma de tres mil sobre los bienes de los templarios españoles. Las condiciones no debieron ser aceptadas por Esquin, que dirigió sus tiros a otra parte, al no encontrar en el monarca aragonés, que había sido educado por los templarios, el instrumento que buscaba.

Felipe el Hermoso, que vió en el *factum Templariorum* un medio de apoderarse de los bienes de la Orden, tomó sus medidas desde el otoño de 1305 para perder a los templarios. Hizo entrar a doce espías en la Orden, y, utilizando sus declaraciones, se entrevistó con el Papa, en Mayo de 1307, y le comunicó las inculpaciones de Floyrán. El Papa las consideró al principio como rumores sin fundamento; pero, como el rey insistiese, Clemente V fue cediendo poco a poco, hasta que, en Agosto del mismo año, autorizó al rey para abrir una información. Felipe mandó en seguida prender a todos los templarios, y así se hizo por iniciativa del inquisidor general, Guillermo de París, que era al mismo tiempo *confesor del rey*.

El Estado, que deseaba los bienes de la Orden, era, pues, el que dominaba en la Inquisición. No se trató en el proceso de probar los hechos alegados, sino de arrancar a toda costa confesiones, acudiendo sin vacilar a los tormentos. Terrible fue, entre otros, el martirio del eclesiástico Bernardo de Vado, cuyos miembros fueron tostados al fuego hasta que los huesos cayeron de las coyunturas. El Papa, temiendo que los demás soberanos, a ejemplo de Felipe el Hermoso, se apoderasen de los bienes de la Orden, invitó, en Noviembre de 1307, a los demás reinos, a perseguir en su nombre a los templarios, con la esperanza de que la Iglesia recogiera aquellos bienes. Finke muestra el papel preponderante del rey en la organización de la persecución, y su acción sobre las comisiones papales y episcopales.

Morley, que en su carta (cuya fecha exacta ha fijado Finke en el 25 de Octubre de 1307) confesó haber renegado de Cristo

a su entrada en la Orden, no recobra su dignidad sino ante las llamas de la hoguera, habiendo siempre impedido el rey que se viera con Clemente V. Finke, al consignar que el problema de los templarios no hubiera existido si se hubiera tratado sólo de países distintos de Francia, en todos los cuales quedó probada su inocencia, se pregunta si la Historia debe tener en cuenta el testimonio de las dos comisiones de investigación que actuaron fuera de todo sentimiento de derecho, y se responde redondamente: ¡No! Las declaraciones de los testigos oídos no concuerdan de ordinario, y además, esos testigos han sido cuidadosamente escogidos por los agentes del rey, entre los que, por miedo del suplicio, habían ya reconocido su inculpabilidad.

La condena y disolución definitiva de la Orden por el Concilio general de Viena se verificó el 3 de Abril de 1312. Sus bienes fueron adjudicados a los hospitalarios, herencia que los empobreció, pues Felipe se había apoderado de aquellos bienes e hizo pagar por los herederos cuantiosas sumas, entre ellas 60.000 libras por gastos de sostenimiento y tortura de los prisioneros. Las personalidades más interesantes de la Orden habían sucumbido en las cárceles, en el tormento, en la hoguera o en la desesperación; la suerte de los que quedaron fue muy variada; unos volvieron al mundo, y otros vivieron como frailes. Si hay empeño en acusar, no hay que fijarse sólo en el hecho de que la situación hubiera cambiado y se hubiera dejado de luchar en Palestina, sino que hay que considerar ante todo la avidez y el deseo de poder de los círculos directores de la Edad Media; ellos son los que ejecutaron la obra de destrucción proyectada desde hacía muchos años, hallando apoyo para semejante obra en la debilidad misma de la autoridad de la Iglesia en aquella época.

HIGIENE

LA RESPIRACIÓN.—El sufrimiento, según el profesor Penne en *Ultra*, no es otra cosa que el resultado de nuestra ignoran-

cia. Si hubiéramos conservado nuestro cuerpo constitucionalmente puro y sano, como nos fue dado en su origen, viviendo según la Naturaleza y no contra ella, sin abusar ni cometer excesos, deberíamos tener un cuerpo físicamente válido y apto, como buen instrumento para las funciones requeridas por nuestro espíritu y nuestra voluntad, en perfecto equilibrio para corresponder armónicamente a las vibraciones de nuestras facultades. La ruptura de este acuerdo es la que ocasiona la enfermedad, que, por lo mismo, debería constituir una excepción rara y casi un fenómeno extraordinario, cuando precisamente en nuestros días la salud es la excepción y la enfermedad la regla, dándose el caso de que cuanto más aumentan las medidas públicas y privadas para la observancia de la higiene, más en aumento están las enfermedades, los especialistas y los específicos de todas clases; hasta en las casas de obreros ilustrados es frecuente encontrar pequeños botiquines con los específicos más indispensables y más en boga como el fernet, la ferroquina, el bicarbonato, la vaselina, la glicerina, la menta, la manzanilla, el árnica, el citrato de magnesia, yoduro, sublimado, amoníaco, etc. Luego las mesas se han convertido en una especie de dispensario farmacéutico: las gotas para la señorita, las píldoras para la señora, los polvos para el señor, los sellos para el señorito y aguas especiales para todos, son hoy cosa corriente.

¿Por qué esto? Porque el hombre se ha divorciado de la Naturaleza, y ésta se venga afligiéndole con toda clase de miserias, fruto de la vida artificial del hombre moderno. Mientras el sol es fuente de vida para todo lo creado, el hombre ha llegado a considerarlo como espantable enemigo; todos se han hecho lucífobos, todos quieren sombra y semioscuridad. Luego el aire es el pérfido tirano, la insidia más peligrosa:—«¡No os esponzáis al aire!—¡Guardaos de las corrientes de aire!—¡Aire de hendidura, aire de sepultura!»—se oye repetir frecuentemente, cuando el aire es el alimento esencial de los pulmones. Por eso no hay que maravillarse de que en Occidente, hasta

ahora, se haya prestado tan poca atención a las funciones, acciones, influencia y uso del aire.

Parecerá un insulto decir que en Occidente no se sabe respirar bien, y que no se conocen los beneficios de una buena respiración, ignorándose que muchas indisposiciones pueden curarse simplemente respirando bien. Casi siempre, por ejemplo, cuando uno se encuentra molestado por cierto malestar general y pierde el apetito, recurre a estimulantes, vermut y licores, elixires y cordiales, aguas y sales, cuando en la mayor parte de los casos bastaría un ejercicio de diez minutos de respiración completa, alternada con algunas respiraciones purificadoras al aire libre, o lo más puro posible, para sentirse revigorizado, con el estómago desembarazado y recobrado el apetito.

Parecerá también injurioso afirmar que hasta estos últimos tiempos sólo algún químico había sospechado que además de los componentes conocidos, oxígeno, hidrógeno, ázoe, etc., hubiera en el aire otro elemento inaprehensible, que es el *prana*, substancia nervina, mental, vital y vivificadora, conocida hace mucho tiempo por los *yogui* de Oriente, que en sus «escuelas de respiración» enseñan el modo de recoger el *prana* del depósito universal que hay en el aire, para almacenarlo en los pulmones y distribuirlo en todo el cuerpo, y especialmente en las partes que necesitan ser vigorizadas. No solamente saben esto, sino que pueden socorrer a los pacientes enviándoles, con prácticas especiales, el *prana* o energía que les falta para sanar cualquier órgano o el organismo entero.

No es aventurado afirmar que la respiración encierra secretos y misterios cuya clave encontrará la posteridad. La creación del universo fue efecto de una espiración, un *fiat*, un soplo, un verbo, una verberación o vibración; el hombre mismo fue animado con un soplo en la frente. El niño viene a luz y vuelve a empezar con una aspiración o inhalación la vida que había abandonado con una espiración o exhalación; así se reconstituye la cadena o el ciclo de la vida de las muertes y de

los renacimientos. Puede decirse que todo el universo y todas las cosas creadas están fundadas en la respiración, y que todo respira y vibra: mares, montes, plantas y animales. El hombre puede vivir varios días sin comer; menos, sin beber; pero sólo puede resistir muy pocos minutos sin respirar. Autoridades eminentes han asegurado que bastaría una generación de respiradores normales, para reformar una raza, y hacer rara la enfermedad.

En Oriente, el *yogui* conoce el *prana* y sabe manipularlo para ponerlo en armonía con las vibraciones de la Naturaleza mediante la respiración rítmica. Esta respiración puede obtenerse modelándola, al principio, sobre el ritmo de las propias pulsaciones. Para ello deberá tratar de sentir bien el latido rítmico de su corazón o de su pulso, y luego iniciará sus ejercicios de respiración inspirando y contando mentalmente «uno, dos, tres, cuatro, etc.» en sincronismo con el latido del pulso; después hará una retención, de una duración igual a la mitad de la duración de la inspiración o aspiración; de modo que si ésta ha durado ocho pulsaciones, la retención deberá durar sólo cuatro. Luego, volviendo a contar mentalmente «uno, dos, tres, cuatro», exhalará o espirará, procurando concordar siempre la espiración con las propias pulsaciones; luego se hará una pausa o interrespiración igual en duración a la retención, es decir, la mitad de la espiración. De modo que la respiración rítmica resultará compuesta de cuatro tiempos: 1.º, inhalación, que consiste en absorber el aire almacenándolo en los pulmones; 2.º, retención, que consiste en suspender el respirar manteniendo el aire almacenado; 3.º, exhalación, que consiste en la expulsión del aire introducido; y 4.º, interrespiración o pausa, que consiste en inhalar o inspirar de súbito.

Al principio, el practicante, al ponerse de acuerdo con la pulsación, contando mentalmente sus latidos, lo ejecutará a pequeños golpes correspondientes a los latidos de la pulsación; pero deberá advertirse que estos golpes sean lo menos pronunciados posible, y vayan disminuyendo poco a poco hasta des-

aparecer por el hábito, y entonces se habrá llegado a ejecutar automáticamente la respiración rítmica.

Algunos respiran apenas a medio pulmón, como si temieran hacer un derroche de aire, y por eso sus pulmones están insuficientemente alimentados, y por falta de acción y de ejercicio, sus puntas se atrofian con marcada propensión a la tuberculosis. Es indispensable para la buena circulación y oxigenación de la sangre respirar profundamente aire puro; así la sangre se purifica, se hace más fluida y se enriquece con principios vitales que absorben y expelen los microbios morbosos.

Es necesaria una respiración profunda de abajo arriba, y no viceversa; esto es, tratando de llenar de aire primero la parte inferior de los pulmones, subiendo luego poco a poco hasta sus ápices. Esta necesidad deriva no sólo de la importancia de alimentar íntegramente los pulmones, sino de que el plexo solar, llamado «el cerebro abdominal», que se encuentra en la región epigástrica, es el acumulador central del *prana*, y ejecuta en la vida una función importantísima como uno de los centros vitales. Los boxeadores conocen bien esto, pues cuando pueden dar un golpe al adversario en el plexo solar, le pueden vencer fácilmente, perdida momentáneamente toda fuerza.

Otra sorprendente ignorancia se refiere a las diversas maneras de respirar. Muchos respiran por la boca lo mismo que por la nariz, exponiéndose a varios inconvenientes; muchos enfriamientos, bronquitis y pulmonitis, se evitarían conociendo y practicando los principios de la perfecta respiración, con la que quedaría derrotada, en sus comienzos, hasta la misma tuberculosis. En Occidente podrá todavía sorprender, y no se creerá, en la práctica de una respiración psíquica para calmar el dolor y para curarse a sí mismo y a los demás, tanto de cerca como de lejos; pero en Oriente son bien conocidos esos ejercicios y sus resultados. Y fuerza es decir una vez más: «Ex Oriente lux.»

BIOLOGIA

EL MAR Y LA VIDA.—En la serie de investigaciones y doctrinas del materialismo empeñado en resolver los orígenes de la vida con datos experimentales, sin experimentación ni comprobación posible, viene recientemente la teoría del biólogo francés Renato Quinton, sucintamente expuesta por Esquilo de la Seta en la *Nuova Antología*.

Partiendo siempre del principio de que la vida animal ha tenido su origen en la célula, Quinton sostiene en su obra *El agua de mar medio orgánico*, que la vida animal en estado de célula ha aparecido en el mar, siendo éste el ambiente original de la vida. El protoplasma de la célula requiere, para desenvolver sus propiedades vitales, un 75 por 100 de su peso en agua; luego el origen de la vida animal es necesariamente acuático, pues la vida no puede desenvolverse en un ambiente seco; y como la Geología demuestra que las aguas dulces derivan del agua de mar, el origen acuático es marino. La vida animal, al crear la escala zoológica con organismos cada vez más complicados e independientes, habitantes primero del mar y luego de la tierra, ha atendido siempre a mantener las células componentes de cada organismo en un ambiente marino, natural o reconstituído; de modo que, salvo algunas excepciones que parecen referirse a especies inferiores o en decadencia, todo organismo animal es como un acuario, en el que viven, en las condiciones acuáticas de origen, las células que lo constituyen. Tal es la doctrina en sus líneas generales. Veamos los hechos y argumentos en que se funda.

Los primeros organismos de la serie animal (espongiarios, hidrozoarios, scifozoarios) viven en el mar y están anatómicamente abiertos al ambiente exterior; su ambiente interno, esto es, el líquido que se encuentra en su organismo, es la misma agua de mar que baña todas las células, penetrando en el organismo por multitud de canalillos semejantes a los vasos ca-

pilares de nuestro cuerpo. En los vertebrados marinos más elevados se produce un fenómeno importante: la pared externa del animal es permeable al agua y a las sales de modo que, por simple ósmosis, el ambiente vital interno del animal sigue siendo, por las sales que contiene, un ambiente marino. En los invertebrados de agua dulce, el cuerpo del animal no es ya permeable al agua y a las sales; vive en un ambiente externo casi sin sales; pero contiene en sí mismo un ambiente vital interno de elevada percentual salina, constante y específica, semejante en todo al ambiente del mar, como lo demuestra el análisis químico, cosa que se repite en los más elevados organismos de la especie zoológica. Puede decirse que todo organismo animal está compuesto, en una tercera parte de su peso, de agua de mar verdadera, en la que se bañan, respiran y segregan todas sus células; así, por ejemplo, un hombre de 75 kilogramos de peso contiene 25 kilogramos de agua de mar, líquido vital sin el que le sería imposible la vida.

Entre los experimentos de Quinton, cita Seta dos perros desangrados, hasta el punto de que hubieran muerto si se les hubiera abandonado. Se les inyectó una cantidad de agua de mar igual a la de la sangre perdida, y se provocó además una infección. Al día siguiente, los perros saltaban alegremente, y la resistencia de sus organismos en tales circunstancias era tal que triunfaron de la infección, reconstituyendo rápidamente la hemoglobina de la sangre perdida; al cabo de algunos días, los animales estaban perfectamente normales, y su aspecto era más vivaz que antes del experimento.

En otro experimento, tres perros, sin quitarles sangre ninguna, recibieron inyecciones de agua de mar. El primero, el 66 por 100 de su peso, en ocho horas y catorce minutos; el segundo, el 81 por 100, en ocho horas y cuarenta minutos; el tercero, el 104 por 100, en once horas y cuarenta minutos. Los riñones eliminaban el líquido a medida que se iba haciendo la inyección, sin mostrar ninguna agitación ni perturbaciones digestivas ni nerviosas; a las veinticuatro horas estaban en

condiciones perfectamente normales y más vivaces que antes. De estos experimentos se deduce que el agua de mar puede reemplazar a la sangre en sus efectos fisiológicos, facilitando la reconstitución de sus componentes normales y vigorizándolos.

Los glóbulos blancos de la sangre son de tal modo delicados, que no pueden vivir en ningún medio artificial. Pues bien, Quinton ha tomado una unidad de sangre de cinco clases de vertebrados: tenca (peces), rana (batracios), lucertola (reptiles), hombre, conejo y perro (mamíferos) y gallina (aves), poniéndola en 25, 50 y 100 unidades de agua de mar. El resultado fue positivo en todos los casos: los glóbulos blancos de todas las especies substraídas del organismo vivían normalmente en el agua de mar. El análisis químico por su parte demuestra que las sales del plasma sanguíneo son las mismas sales del agua de mar.

Establecida así la concepción orgánica marina, es natural que se pensara aplicarla a la terapéutica. El agua de mar recibe y ha recibido siempre aplicaciones terapéuticas. Muchas aguas clorurosódicas que tanto ayudan en la tuberculosis ósea y cutánea, en el raquitismo, parálisis, etc., son verdaderas aguas marinas modificadas en las proporciones de las sales que contienen. La Medicina moderna emplea el cloruro de sodio en inyecciones subcutáneas e intravenosas en las enfermedades más diversas, y en el uso diario se emplean las sales marinas en multitud de usos. Quinton preconiza el tratamiento del agua de mar en cierto número de enfermedades debidas al envenenamiento químico del plasma orgánico.

El método terapéutico aconsejado por Quinton recibió inmediatamente aplicaciones prácticas, y aparte de un centenar de trabajos presentados a la Academia de Medicina de París, a la Sorbona y a varias Sociedades y Congresos, han sido consagrados por la fundación de un *Dispensario marino*, bajo el patronato de la «Liga fraternal de los niños de Francia», cuyo éxito ha sido tal, que habiendo empezado el primer mes con 268 inyecciones, llegó en el décimo a 9.902, obligando a fun-

dar un segundo Dispensario patrocinado por la marquesa de Mac-Mahón. Tras estas dos instituciones, las fundaciones de Quinton han servido de ejemplo a otras ciudades de Francia, a Egipto y últimamente a Londres, donde, con el título de *Quinton Polyclinic*, se ha inaugurado el mayor de los Dispensarios. El método de la cura marina es especialmente eficaz en las enteritis de los niños, en las que se obtienen verdaderas resurrecciones. En la tuberculosis pulmonar no se llega a la curación, pero se consigue bastante mejoría, desapareciendo los insomnios, los sudores nocturnos y recobrándose el apetito. En la escrófula y en la tuberculosis ósea, los resultados son excelentes. En la anemia aumentan los glóbulos rojos y los glóbulos blancos, y mejora siempre el estado general. Las úlceras varicosas se restringen rápidamente y se cicatrizan. El eczema de niños o adultos mejora rápidamente, aunque sea de larga fecha, y lo mismo la psoriasis. El agua de mar introducida en el organismo, no obra como una medicina en el sentido corriente de la palabra, sino como un líquido natural reconstituyente.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA GENTRY.—La *Gentry* es el conjunto de personas que en Inglaterra tienen la categoría de *gentleman*. La *Revue de Hongrie*, de Budapest, dedica un estudio a su génesis y al papel que representa en Hungría, reconociendo que, independientemente de la riqueza territorial, que es en lo que se fija el pueblo, y especialmente la servidumbre, la *Gentry* se distingue por lo cuidado de la educación, lo más completo de la instrucción, el conocimiento del mundo, el buen tono y las maneras de la buena sociedad. Según Víctor Concha, para el verdadero conocedor, la esencia del verdadero *gentleman* es el corazón.

Taine, con su espíritu observador, ha fijado en un párrafo lisonjero los rasgos característicos del *gentleman*: «A los ojos de todo inglés—dice,—el *gentleman* es un verdadero gentil-

hombre apto para mandar, irreprochable, desinteresado, capaz de exponer su persona y hasta de sacrificarse por sus subordinados. Es un hombre de honor y de conciencia en quien las nobles inclinaciones están fortificadas además por una cuerda reflexión, que, aun siguiendo las impulsiones de su naturaleza, obra todavía más según sus principios. En este retrato ideal se reconoce al conductor eminente que marcha al frente de la tropa. Añadid, además, las cualidades especiales inglesas: el imperio sobre sí mismo, la seriedad natural, las maneras llenas de dignidad, la ausencia de afectación y de jactancia, y tendréis a la vista el modelo superior que se trata de realizar, y ante el cual todos se inclinan. Un novelista lo ha representado en la escena bajo este título: *John Halifax gentleman*. Es la historia de un pobre muchacho abandonado que se convierte al fin en jefe reconocido de la comarca. Una sola palabra resume el carácter de la obra. Cuando John, después de muchas peripecias, conquista el bienestar y compra una casa y un coche, su hijo exclama:—Al fin somos *gentleman*.—Hijo mío—contesta el padre,—siempre lo hemos sido.

*
* *

LA MUJER TROGLODITA Y LA MODERNA.—El Sr. Wangh sostiene, en *The Alienist and Neurologist*, que nuestros contemporáneos, varones y hembras, pero especialmente éstas, son semejantes en corazón y sentimientos al hombre y a la mujer de las cavernas. Según él, las brutales máximas que regían la vida *sentimental*, llamémosla así, de nuestros antepasados trogloditas, siguen rigiendo en nuestras existencias. Estas máximas son cuatro: 1.^a Cuando encuentres a la que debe ser tu compañera, apodérate de ella, porque te esperaba. 2.^a Cuando la poseas, vive para ella, porque lo desea. 3.^a Cuando excite tus celos, golpéala, porque lo necesita. 4.^a Si te hace traición, máatala, porque lo merece.

«Toda mujer espera la venida de su amo; está dispuesta a

seguirle cuando se lo mande; él es el amo. El no adora, no ruega, no implora, no se inclina; se apodera de su bien cuando lo encuentra; manda sabiendo que será obedecido, y ese gesto es el que ella espera. Su progenitor se apoderaba sencillamente de su mujer, la echaba en tierra cuando se resistía, y la arrastraba brutalmente hasta su cubil. El hombre de hoy, más próximo a este tipo, y el que realiza más sencillamente este método, es el que tiene más éxito entre las mujeres.»

Lo que cada mujer reclama es que las demás mujeres no existan para el hombre que la posee. «No tiene confianza en las demás mujeres. Que su amo, por casualidad, se quede junto a una de sus hermanas, e inmediatamente y fatalmente, supondrá que se han establecido relaciones entre ellos. Ella no cree, no concibe siquiera que sea posible, entre mujeres, ni un sentimiento de generosidad. Siente que toda mujer está dispuesta a tender sus redes para aprovecharse de cada hombre que pase a su alcance; rarísimamente cree al hombre que está a su lado capaz de un afecto único, pues su instinto le hace verle como un polígamo. No implora la atención del varón, sino de tiempo en tiempo, pero sabiendo que casi siempre es sensible a sus deseos, lo imagina incesantemente animado de los sentimientos que ella no experimenta, sino por intermitencias. Cuanto más segura está de la exclusiva posesión de su viril compañero, más cerca se siente de la verdadera felicidad. Ella se pregunta sin cesar sobre su propia dicha: ¿es el hombre superior que creía? Por eso se sirve de su coquetería para excitar sus celos y probar su fuerza de carácter. Si él se aguanta cobardemente y su autoridad desfallece, se convierte en su esclavo. Entonces, ella no siente por él más que desprecio, y su compañía le es odiosa; no lo siente a su altura. Pero si se vuelve hacia ella con viril furor, si la reduce a sumisión con sus puños, ella se agarra a él ensangrentada, desfigurada, quebrantada, pero en el colmo de la alegría.»

Hay, en efecto, bastantes mujeres que necesitan ser golpeadas. Si les faltan los golpes, se hacen incapaces de gober-

narse a sí mismas. La mujer se envilece; y es como un barco sin timón en el océano social, una amenaza, un peligro constante. Hacedla justicia, y así como se quema una casa para evitar el contagio, si una mujer os falta, matadla. Eso es lo que ordena la bárbara naturaleza primitiva que reaparece bajo el frágil barniz de la civilización, incapaz de neutralizar completamente nuestras inhibiciones psíquicas. De ese modo se explican procesos como el del esposo abandonado a quien su mujer ha dejado por otro hombre. El marido la suplica que vuelva, y ella se niega. El, oprimiendo sus labios sobre los de su mujer en un supremo beso de amor, la mata: el más humano de todos los gestos en tales circunstancias.

*
* *

HISTORIA DEL CANAL DE PANAMÁ. — Guillermo H. Burr describe, en la *Revue Economique Internationale*, las diferentes fases de la historia del canal de Panamá. El rey de España, Carlos I, se preocupó ya, desde su advenimiento al trono de crear un canal a través del Istmo; pero a medida que se ensayaban los proyectos, fracasaban. En 1519 se construyó un camino para que pudieran pasar las bestias de carga, y es el que sirvió para el transporte de metales preciosos expedidos a España por las galeras reales. Poco después, otros dos caminos, muy importantes también para el comercio internacional, quedaron establecidos: el camino de Nicaragua y el de Tehuantepec; en 1634 se encargó a una comisión que explorase la región situada entre el Chagres y Panamá, buscando el medio de enlazar aquel río con el Océano Pacífico. Los resultados fueron poco alentadores; volvieron a emprenderse nuevos estudios en el siglo XVIII, sin mejor éxito.

En 1814 se decidió construir un canal que sirviera de paso para grandes buques, pero nada se realizó. En 1823, un ciudadano de Nueva-York trató de organizar una sociedad con el mismo objeto, pero no pudo conseguirlo. En 1835 se hizo

otra tentativa, pero esta vez por las repúblicas de la América Central y Nueva Granada. En 1838, una sociedad francesa se interesa en la cuestión del canal. En 1846 se entablan negociaciones entre los Estados Unidos, Nueva Granada y Nicaragua. En 1850, el tratado Clayton Bulwer entre Inglaterra y los Estados Unidos, tiende a provocar la construcción de un canal marítimo o de un ferrocarril que atraviese el Istmo de Panamá. Se hace una nueva exploración de los lugares, y se forma un presupuesto, pero no se encuentran los fondos necesarios. En 1875, en París se verifica un Congreso internacional, y se decide la construcción de un canal que pase por Panamá y que se halle al nivel del mar. Entonces se constituye la Compañía Universal del Canal Interoceánico, presidida por Fernando de Lesseps, y se comienza la construcción en 1883, habiéndose colocado las 600.000 acciones de 500 francos que se emitieron. En 1885, la Compañía quiebra y se disuelve; el liquidador designa una comisión de estudio que elabore un plan de canal con esclusas. Se reanudan los trabajos, y en 1904 se cede el negocio al Gobierno americano, adoptándose un plan de canal de 150 pies de ancho, y 40 de profundidad mínima; pero Rossevelt adopta el plan de esclusas de la minoría de la comisión, y ese es el canal que está a punto de terminarse.

*
* *

LAS LENGUAS VIVAS MÁS EN BOGA.—¿Cuáles son las lenguas extranjeras más estudiadas actualmente? En este punto se ha producido un cambio bastante apreciable en la estimación que los diversos países otorgan a las lenguas extranjeras. Entre los factores que contribuyen a determinar las preferencias de los gobiernos y del público por tal o cual lengua, se cuenta, no sólo el valor literario de esa lengua y sus afinidades con la del país que la estudia, sino las relaciones políticas y, sobre todo, las comerciales. El español, por ejemplo, apenas estudiado antes en los Estados Unidos, es objeto hoy de una enseñanza

seria y continuada, a consecuencia de nuestra ruina colonial. El alemán, hasta hace poco preferido en Inglaterra, ha decaído extraordinariamente con motivo de la rivalidad notoria y de la lucha latente entre Inglaterra y Alemania.

La lengua francesa se ha aprovechado de esa hostilidad, ganando terreno lo mismo en Inglaterra que en Alemania; los alumnos ingleses que tienen que optar por una lengua viva, prefieren el francés al alemán; los alumnos alemanes que se hallan en el mismo caso, optan por el francés en lugar del inglés; y si no fuera porque el Gobierno les impone el conocimiento del inglés por favorecer la expansión económica de Alemania, es seguro que el francés sería el dominante.

La hostilidad entre dos países produce, sin embargo, a veces, el efecto contrario. Así, por ejemplo, en Francia, antes de la guerra del 70, la enseñanza del inglés era la preponderante casi exclusivamente. Pero después de la guerra el alemán ha hecho tales progresos, que hoy comparte con el inglés el favor del público, y a veces le supera.

El italiano y el español, gracias a los programas franceses de 1902, han hecho también grandes progresos, siendo las lenguas más estudiadas en la región del Mediodía. En Italia, la más favorecida es la lengua francesa; pero desde que Italia entró a formar parte de la Triple alianza, el alemán ha recogido bastante fruto de esa inteligencia, estando hoy su enseñanza muy desarrollada.

En cuanto a España, el primer puesto lo ocupa el francés por toda clase de motivos. Tras él viene, pero a mucha distancia el inglés, y por lo que hace al alemán, los informes del *Mercure de Francia* no son exactos, pues lejos de estar descuidado su estudio, está más favorecido oficialmente que el del inglés, pues mientras este sólo figura en las Escuelas de Comercio, aquel se enseña en todas las cabezas de distrito universitario, y si el inglés es más favorecido por la gente del *turf*, el alemán lo es por los sabios. La enseñanza verdaderamente descuidada en España es la del italiano y el portugués,

sin duda porque se cree que son lenguas tan fácilmente asimilables para el español; que apenas exigen estudios serios; error lamentable.

En resumen: de las lenguas europeas, la más favorecida es la francesa, siguiendo luego la inglesa, la alemana y la española.

*
*
*

EL OPTÓFONO.—Conforme a su etimología (ver sonidos), el optófono es un ingenioso aparato, presentado por Fournier d'Albe, de la universidad de Birmingham, que permite a los ciegos substituir el oído a la vista para discernir los objetos. El fundamento de la invención está en las propiedades del selenio, cuya resistencia varía bajo la acción de la luz. La corriente de una pequeña batería pasa a través de una red de cuatro conductores, dos de los cuales son hilos metálicos ordinarios, el tercero de selenio y el cuarto de grafito. Mientras las resistencias son iguales, no hay corriente en la red o puente de Wheatstone; pero en cuanto la resistencia del selenio se modifica bajo la influencia de la luz, se establece la corriente, produciendo un sonido en un teléfono adaptado al aparato.

Este se compone de dos partes: una formada por una pareja de teléfonos de alta resistencia, como los usados en la telegrafía sin hilos, y otra consistente en una caja de 45 centímetros de largo por 10 de ancho y 15 de alto, que contiene el selenio, la batería, los hilos de resistencia y un interruptor automático destinado a hacer intermitente la corriente, que no se oiría en el teléfono si fuera continua. Se aplican los receptores telefónicos a las orejas, y se tiene en la mano derecha la caja enlazada con los teléfonos por conductores flexibles. Se abre la corriente haciendo marchar el mecanismo del interruptor, y se oye en seguida indistintamente un tic-tac en los teléfonos al mismo tiempo que la caja se hace luminosa en el interior; pero el sonido no se percibe mientras esta luz no varía de intensidad, o la caja permanece opaca. Hay, pues,

para el que se sirve del optófono, según el Dr. Caze, correspondencia exacta entre la audición y la vista, es decir, que el ciego a quien se pone el aparato en la mano, ve por las orejas. Así oye perfectamente la claridad de la luna, y un rugido de trueno le anuncia el brillo del sol. Claro es que esta audición no reemplaza realmente la vista; pero, por de pronto, permite abrir todo un mundo de nuevas sensaciones a los ciegos, y es de esperar que con el tiempo se perfeccione el aparato, y sus resultados sean completamente satisfactorios.

FERNANDO ARAUJO

LA AMÉRICA MODERNA

Un libro sobre España y América. *España en el siglo XX*. La nueva España, según Angel Marvaud. Necesidad de un ideal nacional. Determinación del ideal español. El movimiento americanista. La nueva escuela española de los revisionistas de la Historia.—Méjico y las revoluciones. Un libro para el Presidente Wilson.—Nicaragua y el imperialismo yanqui.—Conclusiones del primer Congreso de Confederación Española, celebrado en Buenos Aires.—El comercio del libro español. Condiciones para su difusión en América. El proteccionismo literario.

Pocos países han sido materia de juicios tendenciosos en la medida que España. Gran parte de la crítica extranjera nos ha juzgado a los españoles sin conocernos lo bastante, más bien por prejuicios arraigados que por examen puro del material histórico y humano. Así como hay cosas que viven de los prestigios pasados, hay otras que sufren los pecados cometidos hasta mucho después de haber merecido la absolución. En cuanto a los críticos de la casa, hemos dado ejemplares de estrepitosa iracundia contra el prestigio español, contra la tradición cultural, contra la capacidad mental de la raza... En suma: poca serenidad y ausencia de realismo en las críticas. Cuando estuvo en moda entre los literatos españoles hablar de la llanura castellana, y se saltaba de la égloga hinchada a la canción elegiaca, recuerdo que contesté con unas cifras relativas a la producción de las llanuras castellanas a un articulista de rico vocabulario filosófico y retórico que se empeñaba en no

ver más que ruinas en España. El tal articulista se disculpó diciéndome que él no había querido hacer sino una impresión literaria, pero no un examen sociológico. Olvidaba el escritor que ningún literato puede ser osado a hacer deducciones científicas de impresiones retóricas. La literatura tiene sus límites. Y esto es lo primero que se piensa cuando se lee el libro recientemente publicado de Angel Marvaud: *L'Espagne au XX^e siècle*. Desde la dedicatoria, que reza así: «A los verdaderos amigos de España dedico este libro, en el que no se trata ni de castañuelas ni de corridas de toros», hasta su última página, todo él es una ponderación realista, serena, objetiva, pitagórica e intuitiva a la vez, de la vida española, de su pasado y de su presente, sin perturbaciones de orden pintoresco ni tendencioso.

Bastante más de una vez he dicho y he escrito que la imagen real y completa de la España de hoy y la que se anuncia para el mañana, no hay que buscarla en la generación anterior a 1898, cuyos hombres todavía dominan en gran parte la vida pública, sino que hay que separar dos Españas: la de la catástrofe y la formada después de ella. Así lo entiende también Marvaud al describir a los hombres nuevos: «Estos hombres constituyen la España nueva ante la España tradicional de los malos políticos, de las dilapidaciones financieras, del caciquismo y de las corridas de toros. Esta es la España de ayer, y aun la de hoy. Aquella es la España del mañana, *poco conocida en el extranjero, porque sus esfuerzos han estado largo tiempo comprimidos y porque trabajaba en silencio*. Sin embargo, ya no es posible desconocerla, porque ella ofrece a la hora actual, la más importante, casi la sola razón de esperar, en medio del pesimismo y de la torpeza general. De su triunfo o de su derrota, en la lucha que ha emprendido contra la *otra España*, depende, en verdad, todo el porvenir de este país.»

Aún hay patria, pese a todo linaje de agoreros, propios y extraños.

El escritor francés trata las causas de la decadencia española, el establecimiento del régimen constitucional y parlamentario, la administración pública, la realeza y los partidos políticos, el movimiento regionalista en Cataluña y en Vizcaya, el clero y la cuestión religiosa, el ejército, en un libro que dedica a estudiar la España militar, y en otro que emplea para la España económica, hace un examen histórico, describe la hacienda pública, la política aduanera, la agricultura, el subsuelo, la industria, el comercio y la navegación, el capital, el crédito, las vías de comunicación, la enseñanza; después aborda el tema de la cuestión social, el de la expansión española y el movimiento americanista.

¿No ve el lector cómo en este trabajo no aparecen los temas simples y fáciles que sirven de banderín de enganche a muchos políticos españoles de todos los campos? Angel Marvaud, como científico escrupuloso, deja fuera de su libro todo lo que no constituye para España un valor real, y se fija concienzudamente en los temas que aquí se consideran del exclusivo dominio de los técnicos o de la preocupación de los intelectuales; quiere esto decir que se trata de una obra seria, de una obra científica.

La impresión que deja la lectura de la obra de Marvaud, prescindiendo de detalles y retoques propios de toda obra, es que en España se opera un verdadero renacimiento.

La cuestión magna, para el pueblo español, es la cuestión del ideal. El ideal puede decirse que es la base de la personalidad de un pueblo, porque la personalidad no está precisamente dada en la constitución política, ni en las definiciones jurídicas, ni en las características de raza, sino en el ideal, que es el fin, la razón de ser de un pueblo. Con nombres de distintas nacionalidades se podrá constituir una asociación y una personalidad jurídica, pero no un ideal popular en el sentido nacional de la palabra: el mismo socialismo no es un ideal popular, sino de clase; es un ideal proletario. El ideal es una dirección espiritual colectiva sobre bases que la Historia hizo

homogéneas; es fuerza y es orientación. Históricamente, se ve a la Iglesia dando un ideal al pueblo español de consuno con la Monarquía; la unidad espiritual así conseguida fue un ideal; Granada y América, dos fines propuestos al pueblo español. No por venir de la Iglesia ni de la Monarquía hubo un ideal, sino porque éstas supieron darlo. Hoy, ¿qué ideal debe darse a España? Porque hay que pensar que la cultura científica, artística, económica, las formas políticas, no son más que medios para un ideal, vasos para el elixir de la vida; y lo que ayer fueron ideales, en la vida de ayer quedaron. Hay quien cree que los exotismos no pueden dar un ideal a España, y que precisa hacer salir a flote lo que haya en nuestras entrañas espirituales... Pero ¡ay!, que en nuestras entrañas espirituales no hay más que lo que en ellas se pone; lo innato en lo humano no es más que sangre de bestia, dicho sea con todo el respeto debido a Platón y a Azorín.

No me atrevo a señalar el ideal cuya ausencia estima Marvaud para el pueblo español como un gran mal, pero sí diré que la determinación del rumbo de vida para España se ha de hacer teniendo presente, conociendo la realidad española, haciéndola firme y pensando que el pueblo español no es una masa de protoplasma desgarrada de la vida europea y que, a semejanza de la vida futura que señalaron Fichte y Gioberti para Alemania e Italia, debemos señalar los horizontes en España. «Lo que España necesita ante todo—escribe Marvaud,—es un ideal nacional... A los directores, a los que guían y hacen la opinión, corresponde el ponerse de acuerdo sobre este ideal. Pero para esto será necesario que abandonen el dominio de la pura literatura y de la retórica, de las cuales son aún voluntariamente esclavos, y que busquen en el estudio atento y profundo del pasado y del presente una idea *objetiva* de las fuerzas y de las necesidades de la nación, indispensable para asegurar su porvenir.»

Así han de producirse los profetas: confiando en el estudio, y no en la genialidad retórica, que entre nosotros suele inter-

pretarse por destello espiritual. Pero los obstáculos no son pocos, el escritor francés lo sabe, como si hubiese vivido la vida de nuestras tertulias y cotarros, en los cuales la emulación se substituye por la rivalidad o la maledicencia, y empujan a los intelectuales sinceros a un voluntario ostracismo. En la política, «la característica es, aun a la hora actual, la miseria y la mediocridad. Los grandes problemas nacionales están subordinados a las ambiciones personales y a las luchas de los partidos... Los grandes diarios, que son esencialmente órganos de partido, se ocupan, ante todo, de la defensa de las personalidades de su grupo...»

Angel Marvaud repite las afirmaciones de un anglosajón como Havelock Ellis, respecto de la realidad de las energías de la raza española y de la excelente primera matriz que puede ofrecer para la educación.

El camino está bien mostrado. Sólo falta apretar el paso tizona en mano, como invoca Ricardo León, el gran prosista español, para limpiar la tierra sagrada de malandrines y follones. El pueblo es sano...

Después del sano optimismo que Marvaud desparrama en su obra sobre el pueblo español, pasa a estudiar el movimiento americanista, sin perder detalle. Aduce la opinión de autores meritísimos que se han ocupado del movimiento americanista, a Altamira, Posada, Labra, Rojas, Hubert, Gaylor Bourne, Scelle, Van der Linden, Garica, Fuenzalida, Ranola, Blanca de los Ríos, Basto, y a otros muchos, entre ellos al autor de este artículo. Contrasta notablemente esta riqueza de datos, aportados por un escritor extranjero, con la parquedad que ofrece un profesor español de la Universidad de Salamanca, el Sr. Bernis, en su artículo sobre las relaciones económicas de España con la América latina, publicado en la *Weltwirtschaft* del profesor Harms. El escritor francés realiza una ponderación completa de todas las relaciones hispano-americanas, haciendo atinadas observaciones en lo que al orden económico respecta.

Marvaud admite las reservas que de poco tiempo a esta parte se hacen respecto de la Historia de la colonización española en América; examina el material aportado por mí en los trabajos de revisión que se han publicado en esta Revista, por espacio de algunos años, y considera que esto constituye una dirección histórica, que llama la nueva escuela de los historiadores revisionistas. La explicación del sistema mercantilista y las particularidades de su aplicación en España; la Historia interna de la colonización española, de sus instituciones, de toda administración de la época, hecha por mí y por algunos americanos, sirve de base a Marvaud en sus consideraciones de justicia, recordando el origen de algunos ataques infundados que los americanos del Norte hicieron a su antigua metrópoli. El humanitarismo de las casas nos ha hecho mucho daño, faltando para ello un cierto fundamento.

Que en cierto sentido se ha ganado con la pérdida de las colonias, lo repite nuestro autor recordando unas palabras de Rahola. «Los españoles — se ha dicho a este propósito — eran víctimas de los errores y de las faltas de sus Gobiernos; los americanos miraban con simpatía a los filibusteros de Cuba; pero una vez desaparecida la causa de tal querrela y manifestado el peligro del imperialismo yanqui, la situación quedó invertida. Los adversarios de antes resultaron amigos y aliados; poco a poco apareció el sentimiento de la nacionalidad común y el patriotismo de raza...»

El Congreso de Madrid, celebrado en 1900 bajo los auspicios de la Unión Ibero-Americana, fue la primera manifestación de la reconciliación de España con sus antiguas colonias, seguida de una manera ininterrumpida, en la que la madre Patria ha recibido pruebas constantes de grandes simpatías de las Repúblicas americanas. La corriente de afecto se ha manifestado desde entonces en el intercambio cultural de escritores, artistas y profesores españoles. Marvaud examina el punto de vista económico e intelectual de las relaciones hispano-americanas. En las relaciones comerciales tiene en cuenta el peligro

de la concurrencia comercial, y es del parecer que si España sabe establecer un buen sistema de comunicaciones con América —y a esto obedece en gran parte la ley de Protección a la marina mercante,— el intercambio se defenderá con éxito. El problema emigratorio estriba para España en la adopción de medidas que protejan al emigrante y le preparen para que en la concurrencia con otros pueda vencer. Las escuelas para emigrantes son un buen medio para ello. La influencia cultural debe concertarse, sobre todo, con el intercambio de profesores.

Es un buen libro el de Angel Marvaud, para los españoles y para los franceses. Debiera leerle el atrevido Mr. Huret.

* * *

En Méjico ha publicado, con el título *Más allá del desastre*, un estudio el Dr. Fortunato Hernández, dedicado a estudiar el estado social de Méjico y su posición internacional después de los últimos y sangrientos disturbios.

Es interesante tal estudio. El sentimiento estalla en cada página; las lamentaciones ante la anarquía mejicana no acaban; el balance de grandezas y bajezas de políticos mejicanos, se suceden copiosamente. Deja la impresión que ya dominaba en todos los que conocen el proceso histórico de Méjico: la duda tenebrosa respecto del porvenir de aquel país.

No son para olvidar las palabras con que el Dr. Hernández se dirige al Presidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson. Ellas confirman los temores, tantas veces expuestos por nosotros, respecto de la absorción imperialista de los yanquis y la necesidad de nuevas orientaciones en la política de los Estados hispano-americanos.

«Nada más justo y más igualitario—dice el doctor mejicano—que el liberal principio monroista, anunciando solemne y firmemente la independencia más completa de todos los Esta-

dos latino-americanos, y proclamando su inviolable soberanía perenne y absoluta.»

Pero el hecho de adherirse a un principio sostenido por los Estados Unidos, no significa, por concepto alguno, la sumisión de las naciones adherentes a una tutela o a un protectorado; y los Estados soberanos que han aceptado la doctrina de Monroe siguen siendo los dueños absolutos de sí mismos, y no tendrán que dar ni un solo palmo de terreno, ni un jirón de su libre bandera, en cambio del amparo que pudiera prestarles el pabellón de las estrellas.

Por desgracia, los grandes estadistas del pueblo protector, han retorcido la doctrina Monroe hasta trocarla en arrogante lema imperialista de opresión y despojo, y en nombre de un derecho incomprensible de redención conquistadora, van usurpando tierra y libertades a todas las naciones redimidas.

Méjico, Cuba, Colombia y Nicaragua lamentan los estragos de tan extraña forma de intervención redimidora.

«América para los americanos», proclamó James Monroe; y si la vieja Europa tiende a convertirse en fortaleza del despotismo, unamos nuestro esfuerzo para convertir este hemisferio en asilo de la libertad.

«América para los yanquis», han proclamado los ambiciosos sucesores del Presidente Monroe; y si los pueblos neolatinos han llegado a creer en el dictado de *vecinos y hermanos* que les dió Henry Clay en el año de 1816, hagámosles sentir que en el presente no son ya los *vecinos hermanos*, son Estados más débiles que el nuestro y deben someterse a la supremacía de nuestro imperio, que tiende a convertir el Nuevo Continente en otra *fortaleza de un nuevo despotismo*: la tiranía del dólar...

Claramente se ve en este comentario que el Dr. Hernández hace a la doctrina de Monroe y a la política que, inspirándose en ella, siguen los yanquis, una realidad mil veces acusada desde Europa, y que muchos yanquizantes de los países hispano-americanos se han obstinado en negar. Son ya muchos, por

fortuna, los hispano-americanos que están convencidos de la verdadera finalidad de la maquiavélica doctrina del presidente Monroe.

No cabe tener esperanza alguna en rectificaciones políticas que conduzcan a la pureza teórica y pristina del monroísmo. El Dr. Hernández, más que hacer llamamientos al sentimentalismo yanqui, debiera fijarse en soluciones definitivas para Méjico. Es pueril, aunque noble, decirle a un Presidente yanqui cosas como éstas:

«Pero vos, Profesor Woodrow Wilson, no podéis aceptar ni seguir esa execrable política de hegemonía y expansionismo, basada en la injusticia y la violencia del más fuerte. Vuestra elevada jerarquía mental en el selecto gremio de los intelectuales superiores, os permite abarcar, desde la altura, la magnitud de la misión sagrada que el Destino ha confiado a vuestro empeño, y os impone supremo acatamiento del eterno derecho de los hombres, las razas y los pueblos, a bregar, libremente, por su fe, su bandera y sus ideales en la perpetua lucha por la vida.

Méjico ha sido un pueblo infortunado; es joven y adolece, como todos los pueblos, de pecados muy negros y de muy hondos males; pero siempre ha seguido el camino del bien y del respeto al ajeno derecho.

Si actualmente se agita en el horror y en el estrago de una sangrienta lucha fratricida, la culpa es de los «truts» americanos que apoyaron aquella rebelión de vinateros, la de 1910, que bien podría llamarse *de las treinta monedas*, porque fue la codicia del oro americano la que movió el instinto de Iscariotes, de los cuatro fallidos vinariegos que en contra de su patria la iniciaron.

...Al iniciarse el insensato movimiento revolucionario de 1910, los partidarios de Madero encontraron allí, en el territorio del país amigo, capital suficiente para llevar a cabo su nefanda empresa; un arsenal completo para armar a sus hordas; un terreno propicio para desarrollar su propaganda, y un asilo

seguro para escapar a la persecución de nuestro ejército, encontrando, además, la protección disimulada del Gobierno y la valiosa simpatía del pueblo.

La Prensa americana les ayudó, mintiendo, exagerando, calumniando; y, por fin, Mr. Taft amenazó al patriota general Porfirio Díaz con la invasión armada, en plazo perentorio, para obligarle a dimitir su cargo.

El valiente soldado de mi patria, engañado, sin duda, por alguno de sus malos ministros y algunos de sus flexibles diplomáticos, abandonado por sus infieles partidarios, resentido por la creciente hostilidad de las volubles multitudes, y creyendo efectivas las apremiantes amenazas de Mr. William Taft, prefirió renunciar la Presidencia, para salvar así la integridad y la soberanía de la República.

Porfirio Díaz, al embarcarse para Europa, dejaba en pie un ejército disciplinado, cuarenta mil soldados y setenta millones de pesos en el Tesoro nacional.

Con el torpe Gobierno de Madero sobrevinieron grandes males: oligarquía, miseria y nepotismo; vandálico desorden, completo desprestigio, y, por fin, el tremendo conflicto inevitable: la salvadora rebelión de los patriotas, generales Díaz, Mondragón, Ruiz y otros valientes jefes y soldados...

...Y fue entonces, al mirar los estragos de la obra de Madero, iniciada en el suelo americano y apoyada por el influjo americano, cuando el Gobierno de la Unión envió sus poderosos barcos de combate a nuestras playas, para imponer su autoridad y sus mandatos, mostrándonos su fuerza y sus cañones...

Hablo al preclaro historiador filosofal, maestro en derecho, al gran educador, Woodrow Wilson, Ph. D., y respetuosamente le interpelo:

«¿Es ésta la conducta que ha debido observar un pueblo amigo, un vecino, un hermano?

»¿Es así como entiende los deberes de reciprocidad y de

neutralidad el esforzado paladín de la doctrina de libertad Monroe?

»Yo no encuentro sincero ese místico lema: *In God we trust* grabado en vuestro cuño... Confíais en vuestro oro.

»Dios no puede ayudaros a oprimir al más débil, ni a despojar al desarmado, ni a conculcar derechos consagrados, ni a pisotear augustas libertades.»

Creo sinceramente que el buen patriota mejicano, el doctor Hernández, pierde el tiempo. Las invocaciones a la moral internacional son incomprensibles para los políticos de Norte América. Los españoles sabemos, desgraciadamente, qué sentimientos de respeto guarda la poderosa Unión para los pueblos menos fuertes que ella.

El profesor Wilson hará lo que pueda contra Méjico, contra Cuba, contra Colombia, contra todos los países hispanoamericanos, sin perjuicio de escribir después cualquier tratadito de Etica.

¿No recuerdan los mejicanos que Mac-Kinley, después de provocar la guerra contra España, recitaba ante el periodista español Luis Morote las frases más dulcemente patriarcales de la Biblia?

¿Qué puede contarle el Dr. Hernández al Presidente yanqui que éste no sepa?

No esperen piedad alguna los mejicanos, y recuerden el proverbio español: «La mejor razón, la espada.»

*
* *

Otro botón de muestra: Nicaragua y los Estados Unidos. En tiempos de Roosevelt, Nicaragua era un feudo yanqui; en los días de Wilson será lo mismo. Mr. Bryan, gran cooperador del actual Presidente de la República norteamericana, ha presentado un proyecto de intervención permanente de Nicaragua, que viene a ser una especie de protectorado disfrazado.

Un diario de Maracaibo publica el siguiente artículo, que reproduce la Prensa de la América del Sur:

«El Gobierno de Nicaragua ha dado en arriendo a los Estados Unidos las islas Cayos Mosquitos, por la suma de tres millones de dólares. Dicho Archipiélago, situado en un punto estratégico de primer orden, domina el mar Caribe y el canal de Panamá, lo que hace suponer que será aprovechado como base naval.

»Los Estados Unidos están en el pleno ejercicio de sus derechos al tomar todas aquellas medidas que les aseguren una situación predominante, tanto en el mar de las Antillas, como respecto de la vía interoceánica que abren con un gasto fabuloso. Es natural y lógico que la nación septentrional se garantice una posición que la coloque a cubierto de cualquier sorpresa de una Potencia extranjera, especialmente el Japón, y que busque adueñarse de todos aquellos puntos que tengan saliente valor estratégico. Igual cosa, en semejanza de condiciones, harían Inglaterra, Alemania, Francia o Italia. Lo que merece la enérgica reprobación de toda la América española, lo que pide a grito herido la amarga maldición de cuantos se desvelan por el porvenir de los pueblos de habla hispana del Continente, es la gravísima, la imperdonable falta cometida por los países y los Gobiernos que vulneran la integridad territorial y coadyuvan por modo directo a los avances del imperialismo norteamericano.

»El arriendo o, en buen romance, la venta disfrazada de las islas Mosquitos, es una nueva claudicación de los hombres públicos que en Nicaragua ocupan actualmente el Poder. Ese desgraciado país es, de todo Centro-América amenazado por el imperialismo yanqui, el que más ha traicionado los fueros de la raza, y, sobre todo, de la porción hispana del hemisferio occidental. Y aquí se impone una digresión. Precisa hacer constar que la acusación no ha de ser tan absoluta. Mejor dicho, precisa sentar el precedente de que no es el pueblo nicaragüense el responsable de los delitos que han venido come-

tiéndose últimamente contra la soberanía hispano-americana, de las negras traiciones que han venido sucediéndose en estos últimos tiempos. Aquel pueblo, como el de casi todos los de Hispano-américa, es un conglomerado inconsciente, un instrumento ciego de los hombres que, ya tras la pantalla de una constitucionalidad de ópera bufa, bien llevados al Poder por afortunados golpes de mano, se erigen por sí y ante sí en representantes de colectividades que no tienen más responsabilidad que su pasividad.

»Lo que viene sucediendo en Nicaragua desde la caída de Madriz, es la obra única y exclusiva de los políticos de profesión. Los caciques que han empuñado las riendas del Gobierno son los que deben comparecer ante el tribunal de la vindicta pública. Para los Estrada, los Díaz, los Huertas y demás de su laya, deben ser las imprecaciones de la Historia. Son los mercaderes que, sin escrúpulos de ninguna especie, entregan jirones de la patria a cambio de que les garanticen el bienestar personal.

»Puede asegurarse, sin temor a equivocaciones, que la gran mayoría del pueblo nicaragüense no se ha dado cuenta de la odiosa transacción que se ha hecho con el ya citado Archipiélago. La soberana voluntad es mítica en casi todas nuestras pseudo-repúblicas tropicales. Bajo la carátula de la presidencia se oculta casi siempre una dictadura absoluta. Nicaragua atraviesa los momentos más peligrosos de su existencia. Su suerte está en manos de gobernantes nacidos en su país, pero manufacturados políticamente en Wáshington. Ejercen autoridad ilimitada sobre todo un pueblo, mas son lacayos de la Casa Blanca. Con tal de asegurarse la pitanza, se hacen reos de todas las felonías. El símil bíblico del plato de lentejas les es aplicable en todo momento.

»La República centroamericana, que ha dado una prueba más de que se encuentra a merced de los Estados Unidos, expiará dolorosamente su actitud. El imperialismo septentrional le va sustrayendo a pausa su territorio, y la tarea la faci-

litan más y más los traidores que colaboran con el enemigo común.

»De todos los ámbitos de la América española debe levantarse un clamor unánime contra los que han realizado el arrendamiento del Archipiélago de Mosquitos, porque ese acto inicuo va contra los altísimos intereses de la porción latina del Continente.

»La nueva negociación, como lo que pretende hacer el actual Gobierno mejicano, es un crimen de lesa hispano-americanismo, y los nombres de Adolfo Díaz y Victoriano Huertas deben fijarse inexorablemente en la picota de la vindicta pública.»

*
* *

El sumario de conclusiones aprobadas en el primer Congreso de Confederación Española celebrado en Buenos Aires, y sobre el cual ya hemos adelantado nuestra opinión, es el siguiente, detalladamente expuesto:

Derechos políticos.—El primer Congreso de Confederación española de Buenos Aires ha declarado:

Que reputa a todo español residente en la Argentina con derecho a ser ciudadano de la República, pero que nuestros compatriotas no lo solicitarán nunca colectivamente, y en el caso de que una ley se la impusiera, convendría que el Gobierno español permitiese aceptarla como los empleos, previa la solicitud al Consulado que de antemano significara el cumplimiento del requisito que establece el art. 24 del Código Civil español para recuperar la ciudadanía. Que como lo dicho no es factible ni se apetece, antes al contrario, deseando conservar los españoles de la Argentina los derechos de su ciudadanía, pide la Confederación que aquellos españoles tengan un representante en el Senado para abogar por los múltiples intereses que suma la colectividad española en la Argentina, asimilando las Sociedades Españolas de Socorros mutuos a las Económicas de Amigos del País.

Representación diplomática y consular.—Los ministros deben ir en condiciones de capacitarse de los intereses y variados problemas que la representación ostentada por ellos en la República Argentina somete a su amparo, bien retribuidos para ejercerla dignamente, duraderos o continuados, para que no resulte estéril su aprendizaje y penetración en el ambiente, y si estas condiciones fuese difícil acumular en un funcionario de carrera, debe nombrarse un político de altura o un intelectual descollante para aquel cargo.

Crear cuatro Consulados de carrera en Bahía Blanca, Córdoba, Mendoza y Tucumán; dos Viceconsulados honorarios en San Luis y Villa Mercedes de San Luis, y una Agencia Consular en el Departamento de San Rafael de la provincia de Mendoza. Además se crearán Viceconsulados honorarios en las cabezas de partido judicial y departamental que lo reclame la importancia de la colectividad española radicada en el mismo.

Palacio de la Legación y gastos de representación.—Conviniendo a los altos intereses de España en la Argentina que la Legación esté instalada en un palacio tan suntuoso cual corresponde a la dignidad y nobleza de la nación española, la Confederación ofrece el siguiente camino para lograrlo:

A. La venta de la actual casa donada por el inolvidable Castelar.

B. Que el Gobierno acepte el arreglo de la deuda de la Asociación Patriótica Española en 500.000 pesetas, y que esta cantidad, unida al producto de la venta de la Legación, sirva para adquirir el terreno y edificar el nuevo palacio.

C. Nombrar un Patronato de españoles arraigados, sirviendo de base la actual Junta Suprema del primer Congreso de Confederación, dando cabida a otros elementos prestigiosos hasta un número que no sea menor de diez ni mayor de quince miembros.

D. Este Patronato servirá de Cuerpo consultivo al ministro, si lo necesita, y principalmente organizará el rendimien-

PERTENECE
ATENEO B

to de los Consulados hasta elevarle a una cifra no menor de 600.000 pesetas.

E. A España se remitirá anualmente una cantidad igual al máximo que hasta ahora hayan producido sus oficinas consulares.

F. El resto servirá para terminar el palacio de la Legación y amueblarlo, si no bastasen las cantidades producto de la venta y de la deuda de la Patriótica, y con el sobrante se formará un capital cuya renta sirva para gastos de representación del ministro y del cónsul o los cónsules de carrera.

G. La duración de este patronato podrá fijarse en diez años, y después los ingresos de las oficinas consulares los percibirá totalmente el Gobierno español.

Comunicaciones marítimas.—Siendo una aspiración nacional el aumento progresivo de su Marina mercante, el primer Congreso de la Confederación resuelve:

Primero. Solicitar del Gobierno español que la subvención nacional que hoy se da a una sola Compañía, convenientemente aumentada, si fuese necesario, sea repartida entre las Compañías que presten servicios similares, con lo que el aumento de nuestro tonelaje sería inmediato.

Segundo. Rebajar el arancel de abanderamiento al igual de otras naciones, para que los armadores españoles no se vean obligados a enarbolar en sus barcos pabellón extranjero, como ocurre con la importante flota de Larrinaga, que en nuestra última guerra colonial tuvo que enarbolar bandera inglesa en sus barcos, y hoy tendría que pagar una suma fabulosa si enarbolará bandera española en sus numerosos vapores.

Tercero. Establecer un derecho de anclaje por lo menos de tres pesetas por tonelada a todo buque extranjero, como cobra Italia.

Cuarto. Prohibir el embarque de emigrantes en todo vapor que ande menos de trece millas y que emplee en la travesía del último puerto español, hasta Buenos Aires, más de veintidós días.

Quinto. Que sea obligatorio a todo barco nacional o extranjero que transporte emigrantes o inmigrantes españoles, de España para América, o viceversa, el cumplimiento de la ley española de Emigración de fecha 21 de Diciembre de 1907.

Sexto. Que se interese de las Compañías españolas de navegación el establecimiento de líneas directas desde los puntos del Atlántico al Norte de España hasta Sur-América, para evitar los transbordos, perjuicios y molestias consiguientes a los que de dichos puntos quieren emigrar cobijados por el pabellón español.

Emigración en general.—Siendo inherente a todo ciudadano el derecho de emigrar, y un deber nacional velar por el compatriota, no sólo en el terreno patrio, si que también en el extranjero, el Congreso resuelve:

Primero. Solicitar del Gobierno que consiga en los puertos de embarque terrenos del Municipio o de la Provincia para establecer granjas-escuelas con máquinas modernas para toda clase de cultivos, donde el emigrante recibirá la enseñanza práctica y adecuada a las necesidades de los tiempos modernos.

Segundo. En dichas granjas habrá cocinas económicas y carpas, en las que se cobrará a cada individuo una cantidad módica por comida y cama, para evitar que agencias y agentes sin conciencia les exploten y atenten a su economía.

Tercero. Terminada la enseñanza rápida y rudimentaria, se dará al emigrante un carnet que lleve su fotografía y en que conste nombre, edad, estado, pueblo, provincia y clima, temperatura media, productos y cultivos de su región, máquinas que sabe manejar, cultivos que sabe hacer y zona del país a que emigra que corresponde al clima y cultivos de donde procede.

Estos carnets se extenderán también a los demás oficios y artes liberales, previa presentación del certificado de competencia del maestro o establecimiento donde haya prestado sus servicios.

Entiende el Congreso que una emigración así orientada y

protegida no puede perjudicar al país de origen; antes bien, será de excelentes resultados.

Emigración «golondrina».—La primer nación que explotó la emigración así llamada fue Italia, y tanto comprendió en la práctica lo que ella representaba para su economía, que a dirigirla, ampararla y defenderla encaminó todos sus pasos, consiguiendo rebajas considerables de las Compañías navieras en los pasajes de ida y vuelta, pudiendo decirse que una buena parte de su resurgimiento económico lo debe a esta emigración.

Por todo ello el Congreso resuelve:

Primero. Solicitar del Gobierno que por las Comisiones de emigración de los puertos de embarque (que pueden ser las mismas de las granjas-escuelas), auxiliadas de las establecidas en las ciudades del interior, se tome nota de los que pretenden emigrar por el tiempo que dure la cosecha para reunir núcleos importantes y conseguir de este modo mayores ventajas en los precios de los pasajes.

Segundo. A los que formen parte de este núcleo de emigración «golondrina» se les entregará también su correspondiente carnet de identidad, menos extenso que para los otros emigrantes y válido por cuatro meses.

Tercero. Una vez embarcado el primer contingente, se avisará por cable al ministro o al cónsul el número de emigrantes «golondrina» y barco en que viajan.

Cuarto. El Patronato a que se refiere el inciso C del artículo 3.º de este cuestionario ejercerá también las funciones de Patronato de la emigración española con facultades de nombrar Subcomisiones en las provincias, y velará por que a la llegada de estos núcleos pueda distribuírseles a puntos donde tengan el trabajo asegurado.

Educación cívica.—Siendo un hecho innegable que el progreso industrial y comercial de todo país está en relación directa, más aún que de la protección de los Gobiernos, de la que le presten los ciudadanos consumiendo los artículos de producción nacional, el Congreso resuelve:

Primero. Crear en las Escuelas pequeños museos de artículos de producción nacional, con carteles en que se consignen por grupos los diferentes productos.

Segundo. Crear la asignatura que podría llamarse de educación cívica, en que gradualmente se fuera acostumbrando al niño a fijar en su retina y conocer lo que su país produce.

Tercero. Crear la misma asignatura en la segunda enseñanza para explicar al alumno el deber ciudadano de que cuando llegue a su emancipación o mayoría de edad tiene la obligación de consumir y hacer consumir a su familia todos los artículos de producción nacional, tanto en su país como en el extranjero.

Reciprocidad de títulos.—Siendo muchos los profesionales que emigran y que no pueden revalidar sus títulos porque no tienen resistencia económica para esperar el tiempo necesario para aprobar nuevamente todas las asignaturas, el Congreso resuelve:

Primero. Solicitar del Gobierno entable las negociaciones bastantes a conseguirlo.

Ahora bien; no habiendo accedido España en tiempos pasados a conceder esta franquicia que reiteradamente pidieron las naciones americanas, y muy especialmente la República Argentina, entiende la Junta Suprema del primer Congreso de Confederación, que el Gobierno español debería *ipso facto* decretar el reconocimiento de los títulos académicos expedidos por las naciones americanas de habla castellana, sin esperar ni solicitar que ellas lo concedan; pues, aparte de que esto no trae aparejado perjuicio inmediato, ni siquiera mediato, para España, sería de muy buen efecto y además un rasgo noble de cariño de la Madre augusta para con los hijos, y nos permitiría a todos los españoles de América hacer resaltar el hecho todos los días y todas las horas, hasta vencerlos por el afecto, y que en justa reciprocidad reconocieran la validez de los expedidos por los centros docentes de España.

Reimpresión de las leyes de Indias.—Quedando aún en

América resabios de otras épocas, y siendo de interés patrio hacer que desaparezcan por completo, demostrando de modo elocuente que ninguna nación ha llegado, ni en el pasado ni en el presente, a leyes ni sistemas tan liberales y sabios como las leyes de Indias, debidas al cerebro y corazón de aquella sublime reina que se llamó Isabel la Católica, el Congreso resuelve:

Primero. Solicitar del Gobierno español la reimpresión, en edición muy económica, de las leyes de Indias, para que puedan adquirirlas todos los americanos, por humilde que sea su condición.

Segundo. Encarecerle la conveniencia de encargar esta misión y este trabajo a la Casa de América, de Barcelona.

Estos son los asuntos que la Junta Suprema considera fundamentales para el porvenir de España en América.

Estas conclusiones han sido entregadas al jefe del Gobierno actual, Sr. Conde de Romanones.

*
**

El Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires se preocupa en su constante y patriótica labor, de todo aquello que tiene una significación práctica o trascendental para los intereses españoles. Recientemente ha abordado la que bien puede llamarse la cuestión del libro español en América. La difusión del libro es la difusión del pensamiento, la irradiación del foco de cultura de un pueblo, el medio más apropiado, después de la acción personal, de la pedagogía, para instalar en la mentalidad ajena el propio pensar. La propaganda de los intereses nacionales debe confiarse, por estas razones, al libro sobre todo. El libro español va extendiéndose, pero hay que procurar una acción más rápida en la difusión.

Por las estadísticas relativas a 1911 se conoce la siguiente distribución del comercio de libros de España:

Canarias, kilos, 28.927; pesetas, 86.791. Ceuta, ídem, 284; ídem, 852. Fernando Póo, ídem, 1.072; ídem, 3.216. Melilla, ídem, 45; ídem, 135. Alemania, ídem, 1.988; ídem, 5.964. Ar-

gelia, ídem, 1.020; ídem, 3.070. Argentina, ídem, 931.705; ídem, 2.795.115. Austria-Hungría, ídem, 376; ídem, 1.128. Bélgica, ídem, 1.055; ídem, 3.165. Bolivia, ídem, 7.742; ídem, 23.226. Brasil, ídem, 3.302; ídem, 9.906. Colombia, ídem, 33.336; ídem, 100.008. Costa Rica, ídem, 2.030; ídem, 6.890. Cuba, ídem, 226.092; ídem 678.276. Chile, ídem, 86.551; ídem, 259.653. Dinamarca, ídem, 446; ídem, 1.338. Ecuador, ídem, 9.221; ídem, 27.663. Egipto, ídem, 21; ídem, 63. Estados Unidos, ídem, 4.034; ídem, 12.102. Filipinas, ídem, 46.198; ídem, 138.394. Francia, ídem, 25.631; ídem, 76.893, Gibraltar, ídem, 2.010; ídem, 6.030. Gran Bretaña, ídem, 5.116; ídem, 15.348. Guatemala, ídem, 20; ídem, 60. Holanda, ídem, 1.612; ídem, 4.836. Honduras, ídem, 1.092; ídem, 3.276. Italia, ídem, 2.158; ídem, 6.474. Marruecos, ídem, 2.499; ídem, 7.497. Méjico, ídem, 227.996; ídem, 683.988. Nicaragua, ídem, 39; ídem, 117. Noruega, ídem, 8; ídem, 24. Panamá, ídem, 45.963; ídem, 137.889. Perú, ídem, 26.918; ídem, 80.748. Portugal, ídem, 4.181; ídem, 12.543. Puerto Rico, ídem, 30.856; ídem, 92.568. Rusia, ídem, 65; ídem, 195. Santo Domingo, ídem, 3.407; ídem, 2.221. Suíza, ídem, 140; ídem, 420. Túnez, ídem, 50; ídem, 150. Turquía, ídem, 145; ídem, 435. Uruguay, ídem, 28.118; ídem, 84.354. Venezuela, ídem, 10.799; ídem, 32.397. Posesiones danesas en América, ídem, 74; ídem 222. Idem inglesas en América, ídem, 185; ídem, 555. Totales: 1.804.525 kilos y 5.413.575 pesetas.

Esa estadística ofrece un buen dato: el de que el 50 por 100 de la exportación de libros españoles se hace con destino a la Argentina.

Comentando estos datos ha dicho recientemente *El Diario Español* de Buenos Aires, que esa estadística está muy por debajo de la verdad. Los libreros han dicho que la mayor parte de los envíos no figuran en esa estadística, pues no los hacen por intermedio de la aduana, sino por correo. Sólo cuando el envío excede de un peso de 100 kilogramos se deciden los libreros a utilizar el servicio aduanero. Por esto calculan que el

monto total de la exportación española puede muy bien duplicarse sobre los datos de esa estadística.

Lo primero que se debe hacer es conseguir del Gobierno español que abarate el porte de los impresos igualándolo al costo para el interior del país, y en seguida que admita con destino a los países americanos paquetes de cuatro kilogramos, en vez de los dos que es el máximo permitido hoy.

Para cualquier país de América un paquete conteniendo libros paga pesetas 2,25 en su máximo de peso los ya citados dos kilos, que suelen satisfacerse con cinco ejemplares de libro corriente, con precio fijado a pesetas 3. Resulta en este caso que cada ejemplar tiene un sobrecargo de 45 céntimos, o sea el 15 por 100 de la venta, no ya del costo.

De esto se desprende que el libro no puede venderse nunca en las condiciones de baratura que serían indispensables para luchar con éxito, desde el momento en que el Estado, por su sola cuenta, se reserva un 15 por 100 que se transforma en un 30 sobre el precio del costo. Así el Estado es el socio más beneficiado, sin exponer el menor capital.

Enviar los libros por carga en vez de hacerlo por correo, no da la menor ventaja. Se pierde un tiempo precioso y se gasta casi lo mismo en conocimientos, despachos consulares, comisiones, seguros, etc. Además, se debe tener en cuenta que el precio del transporte español es elevadísimo: una caja con libros de Madrid a Barcelona, o a Cádiz, paga tanto como de cualquiera de estos puertos a Buenos Aires.

Estas cosas han sido señaladas al Gobierno español por la Asociación de la Librería que preside D. Fernando Fe, y cuya alma es el Sr. Rodríguez Navas, benemérito de la cultura española; pero a nuestro Gobierno no interesan esas cosas. Si, en realidad, le interesaran, atendería el pedido de los editores y trataría de dar toda clase de facilidades al libro editado en España, hasta eximirle de porte, pagando por su cuenta los gastos que ese servicio ocasionara. Un par de millones de pesetas al año bastaría para regenerar esa industria y dar a la inte-

lectualidad española los medios de alcanzar un magnífico desarrollo, obteniendo al fin la recompensa de sus afanes.

Con otras dificultades lucha la librería española.

La banca española no descuenta letras americanas, como se hace en Londres y en París, y de ello resulta que debe trabajar con dinero en efectivo, aguardando el pago de las cuentas abiertas en América.

El librero francés se reembolsa de su mercadería en el momento mismo en que tiene en sus manos los conocimientos de embarque. El español debe aguardar los tres, los seis, los doce meses del plazo concedido, sin poder evolucionar en la forma que requiere el comercio moderno.

El proteccionismo económico no debe acordarse tan sólo para el producto agrícola o fabril, sino también para el producto intelectual que se vale de medios económicos como el libro para extenderse. Un libro merece tanta protección, en el comercio exterior sobre todo, como un tejido de algodón o las frutas que se exportan. ¿Por qué razón se subvenciona a la marina mercante que transporta mercancías a América, y no se protege debidamente al libro que exporta ideas?

Tal vez sea el problema de la publicidad, el del libro, uno de los más interesantes y peor estudiados entre nosotros. El problema de la difusión cultural no se plantea como lo han hecho algunos, diciendo: «No se escribe porque no se lee, o no se lee porque no se escribe.» No; no es eso. Hay que llamar la atención sobre este hecho. No se escribe todo lo que se puede escribir, porque el escritor está mal retribuido, pero la retribución subiría si el comercio permitiese con una mayor venta una retribución más elevada.

No se debe cejar en este propósito.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El «Crítico» de Baltasar Gracián, por Eduardo Ovejero y Maury..</i>	5
<i>Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero.....</i>	28
<i>El Renacimiento en Granada, por Carlos Justi.....</i>	73
<i>Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse.</i>	99
<i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch.</i>	132
<i>Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....</i>	155
<i>La América Moderna, por Vicente Gay.</i>	185